VOLUMEN
42

Rufino Blanco-Fombona

Biblioteca Biográfica Venezolana

Elsa Cardozo

EL NACIONAL

Fundación BANCARIBE

Elsa Cardozo

Caraqueña, licenciada en Estudios Internaciones y doctora en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela. Como profesora titular de esa casa de estudios en la Escuela de Estudios Internacionales, participó en la fundación y coordinación del programa de Postgrado en Relaciones Internacionales. Fue directora de la Escuela de Estudios Liberales de la Universidad Metropolitana y ha sido profesora visitante en Macalester College, Minnesota, dentro del Programa Fulbright; investigadora del Programa Faculty Research for Foreign Scholars del Gobierno de Canadá; profesora visitante en St. John Fisher College, Nueva York, como directora asociada del Programa de Afiliación Fisher-UCV.

Es autora de *Continuidad y consistencia en quince años de política exterior venezolana* (Caracas: UCV, 1992), *Latinoamérica en transición* (Caracas: Panapo, 1995) y *Cuatro escritos / Cuatro momentos* (Caracas: UNIMET, 2007) y participó como coautora y compiladora de *Transformaciones en el estudio de las Relaciones Internacionales* (Caracas: UCV, 1995), *De una a otra gobernabilidad* (Caracas: UCV, 1997) y *Democracy and Human Rights in Latin America* (Westport CT: Praeger, 2002). Ha publicado artículos y capítulos en revistas y obras colectivas, entre otras, se encuentran sus contribuciones a *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*, (Caracas: Fundación Polar, 2002) y *Geo Venezuela* (Caracas: Fundación Empresas Polar, 2009). Desde enero de 2005 es columnista del diario *El Nacional*.

Ha escrito las biografías de Esteban Gil Borges, Laureano Vallenilla Lanz, Jeannette Abouhamad y Manuel Palacio Fajardo para esta misma colección.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Rufino **Blanco-Fombona**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi
Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor
Ramón J. Velásquez
Eugenio Montejo (†)
Carlos Hernández Delfino
Edgardo Mondolfi Gudat
Simón Alberto Consalvi
Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero
Gerente General: Jorge Papatzikos
Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi
Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional: Rosalexia Guerra
Gerente de producción editorial: Nadesda Barrios

Diseño Gráfico: Eylin Serrano
Fotografías: Archivo El Nacional
Impresión: Editorial Arte, S.A.
Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf54520119003076
ISBN: 980-6518-56-X(OC)
ISBN: 978-980-388-613-4

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre Bancaribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo "afirmativo venezolano". Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy
Presidente de Bancaribe

Miguel Henrique Otero
Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Rufino
Blanco-Fombona

(1874-1944)

Elsa Cardozo

Espíritu que fluye **en cascadas**

Entra corpulento y ruidoso. Es alto, fuerte, de ancho pecho, ojos negros y vivaces, un mechón de cabello rebelde sobre la frente. Conversa despacio, acciona levemente. La energía late en sus frases, en cada palabra.

Es la impresión que deja Rufino Blanco-Fombona, ya sobre sus cincuenta y tres años, en el poeta español Francisco Carmona Nenclares. Corre el año 1927 y ya son bien conocidos los talentos y el temperamento, la obra, las polémicas y los duelos de este venezolano de sorprendentes facetas y azaroso destino.

Casi veinte años después, en su último poemario, se definirá como poeta e historiógrafo, ensayista y novelador, polémico y sociólogo, industrial y político, viajero y revolucionario. Añade enseguida: "me reconozco exagerado". En realidad no lo es: falta en esa lista la precisión de experiencias y quehaceres notables, pasados y por venir. A varias prisiones políticas sumó un cuarto de siglo de destierro y al final de sus días contará en su haber logros como editor, diplomático, diarista de prensa y de su propia vida. No es todo: fue gobernador civil de Almería y Navarra en la Segunda República Española y, en afanes de mayor significación, recibió reconocimientos académicos entre los que destaca la presentación de su candidatura al Premio Nobel de Literatura en 1928.

En setenta años, entre 1874 y 1944, este polígrafo venezolano de la generación modernista y perseverante opositor al gomecismo, transitó por muy diversos lugares y tiempos. Sintiéndose destinado por sangre, carácter y talentos a destacar en su país en la escritura y la acción política, se conjugaron con desigual peso circunstancias, oportunidades y personalidad para que pasase los años medulares de su vida, entre los 19 y los 61 años, fuera de Venezuela. Pese al obligado distanciamiento físico, sobran evidencias de sus estrechos lazos intelectuales y sentimentales con su "tierruca", como solía llamarla.

Son notables los testimonios personales que dejó en el conjunto de diarios que cubren parte significativa de su existencia: *Viéndome vivir* (1901-1903), *La novela de dos años* (1904-1906), *Camino de imperfección* (1906-1914) y *Dos años y medio de inquietud* (1928-1930). Sobre esas anotaciones escribía en 1913 que, por tratarse de un registro parcial, bien podría desplegarse otro diario muy distinto con lo que él no incluía en sus cuadernos. Uno y otro diario, nos dice, resultarían tan opuestos como el diamante y el carbón, pero siempre "estados de la misma sustancia".

Esa sustancia, que atrae y asombra, nos acerca a quien vivió entre dos siglos y dos continentes un destino que fluye por cauces inesperados: entre el sobresalto y la contemplación. Es el "Hombre, chispa de espíritu que fluye en cascadas y único siempre", que su pluma revela en un verso de la mitad de la vida.

La vastedad de lo escrito por este venezolano es reveladora de la multiplicidad de sus preocupaciones y quehaceres "exagerados". También lo es de la naturaleza del compromiso que supone intentar una visión integral y sucinta de su vida y obra.

Tomemos como referencia el estudio de Rafael Ángel Rivas Dugarte –*Fuentes para el estudio de Rufino Blanco-Fombona (1874-1944)*– cuya minuciosa investigación arroja sesenta y dos textos, folletos y ensayos en libros, nueve compilaciones, cuarenta y dos prólogos, trece ediciones anotadas, cuatrocientas veinte publicaciones en diarios y revistas, un registro parcial de cartas en treinta y dos fuentes, más una suma incuantificable de papeles, de los cuales suman centenares los que se han ido recuperando y organizando para su estudio y eventual publicación. Entre ellos fue identificado y publicado póstumamente el primer diario en 1998 y ya han aparecido textos de otros años.

Son también muy abundantes y variados, en perspectiva temática y temporal, los trabajos sobre el prolífico escritor y su obra. Rivas Dugarte identificó hasta 1979 –el año de publicación de sus *Fuentes*– trescientos treinta y un estudios en libros, diccionarios, enciclopedias, historias, monografías y ensayos, además de cerca de setecientas referencias hemerográficas. Allí, sin duda, se encuentran valiosos datos y análisis cuyos autores y aportes merecerían mención y reconocimiento mayores a los que ha sido posible ofrecerles en las páginas que siguen.

Abarcar una existencia tan llena de giros, a la vez que de tan amplia obra, impone seguir el consejo del propio biografiado respecto a sus cuentos, quizá también respecto a él mismo: procurar "dentro de la cáscara, la almendra".

Diarios, poemas, prólogos, cuentos y novelas que revelan momentos de su vida son claves para aproximarnos, entre la expresividad y los silencios del personaje, a su apariencia y esencia. Serán él y algunos testigos de su vida y tiempo quienes dicten los subtítulos de este recorrido, marcado por el intento de conciliar el seguimiento temporal con la riqueza de una biografía plena en experiencias simultáneas y transversales.

Es a la vez ineludible y grato expresar a la directiva de la Biblioteca Biográfica Venezolana y a sus patrocinantes, *El Nacional* y el Banco del Caribe, mi agradecimiento por la invitación a escribir estas páginas, que aspiro reflejen siquiera una parte de la nueva luz que encontré para entender a Venezuela en el lento y traumático tránsito del siglo XIX al XX.

Debo al doctor Simón Alberto Consalvi su generosa ayuda bibliográfica, a Diego Arroyo Gil las pistas y asistencia editorial tan amablemente ofrecidas; a ambos su mirada al manuscrito y a José González Consalvi su detallada revisión. A Maguy Blanco-Fombona su gentil disposición a aclarar dudas. A mi familia, el paciente acompañamiento de Mario, la lectura de Marianne y las precisas observaciones de Odette.

Un magnífico desorden, **un drama**

Al comenzar su primer diario, en agosto de 1901, Rufino Blanco-Fombona advertía que iniciaba con esas anotaciones una obra que sería lo que su vida, "un magnífico desorden". Allí, añadía, habría de recoger sus dramas, pequeños dramas, "Tempestades dentro de un perol, pero tempestades".

Cuán grandes fueron tales dramas, lo iremos apreciando en adelante. De lo que no cabe duda, como enseguida constataremos, es de las tempestades que lo acompañaron desde muy joven.

Entre Caracas y La Victoria

El 17 de junio de 1874 nació en Caracas, en la parroquia Santa Rosalía, el mayor de los hermanos Blanco Fombona: Rufino Antonio. Le seguirán Oscar, Héctor, Augusto, Haroldo, Humberto, Isabel y Horacio. Todos debieron alcanzar la adultez tras la temprana muerte de los padres: Rufino Blanco Toro e Isabel Fombona Palacio.

Son muchas las líneas que el primogénito dejó escritas sobre su familia. En diversidad de circunstancias, edades y estados de ánimo va pintando un cuadro, con trazos más y menos precisos, del amor y la nostalgia por el hogar perdido y de la accidentada aspiración por rehacerlo.

Su niñez transcurrió entre la capital y la provincia. Sobre los días de la infancia en la hacienda familiar de La Victoria, nos hablará en *Camino de imperfección*, en 1906, al cumplir treinta y dos años. Del reencuentro nace un poema:

Visité la casona de mi infancia:
¡con qué melancolía!
De salón a corral ¿dónde no anduve?
¿Qué no amé, del zaguán a la cocina?
En los aleros de la vieja casa
la memoria anidó sus golondrinas.
El comedor me habló de sobremesas,
ingenuas parlurias
y proyectos del hogar: íbamos todos
a ser bellos y heroicos paradigmas;
el patio, la ordeña de la vaca;
la huerta, de las piernas de la prima.
Pasé a una habitación: nuestra hermanauca
allí abrió los ojos a la vida;
y en la otra, el chinchorro
de las paternas siestas remecíase;
y una excitante biblioteca absurda
dio, en la pieza contigua
–Walter Scott, Eugenio Sue, Espronceda–
pábulo a mis primeras fantasías.

Se sentía hijo predilecto de su madre, a quien describe como "más bien hermosa" de cuyos "grandes ojos negros fluía dulzura inagotable". Mujer nerviosa y sensible, pintaba y escribía versos que el hijo mayor conservó por mucho tiempo y recordaba "encantadores como composición e irreprochable factura".

Al padre –"hombre alto, delgado, ojos pardos, nariz aquilina, el pelo rizo, abundante, negro, y las manos muy hermosas"– lo recuerda bondadoso y conciliador, laborioso y generoso, contento al ver la casa siempre llena, cual "tonel de las Danaides", feliz y abastecida. Además, habiendo sido un joven "señor feudal" y, como tal, parte de la tradición de la constante conspiración y participación en revoluciones, Rufino

Blanco Toro –hijo de uno de los fundadores del Partido Liberal, Rufino Blanco Rada– no era en absoluto ajeno a la vida política.

La tía Benigna Fombona Palacios –Manina, por madrina de los Blanco Fombona– es muy cercana a los hermanos como entrañable presencia maternal, especialmente para los menores. Su hijo, Alberto Zérega Fombona, crecerá y se mantendrá muy cercano al primo Rufino.

Otra figura femenina, evocada en la adultez del poeta, es Paulina Maracara, "la santa y noble mujer que nos ha visto nacer y crecer a casi todos –como que tiene en la casa más de treinta años". Ella debió ser influencia cálida y mágica para los niños, con sus cuentos de "hadas, reyes, brujas, culebras que hablan; pájaros de siete colores que son príncipes encantados; viejas que secuestran niños para comérselos; niños enterrados por envidia fraternal cuyos cabellos retoñan en plantas musicales que se quejan; niñas que, al peinarse, vierten corales y perlas".

También había epopeya en los cantos de la nana de los que nuestro personaje hará memoria en sus estudios sobre la conquista:

Allá viene Hernán Cortés,
embarcado por el mar;
déjale que salte a tierra,
que le vamos a flechar.

Del muy cercano tío materno Manuel Fombona Palacio, admira la vasta cultura, la memoria sorprendente, su escritura, su poesía "elegante, de vocabulario exquisito", y aprecia de modo especial su cabalidad, honor, sentido del deber y generosidad "como para servir de padre a toda su familia". También en el escritor Eduardo Blanco encontrará inspiración y apoyo en momentos decisivos de su vida; es tío político por el lado paterno a quien describe como hombre brillante, bello, simpático y gran *casseur*.

Por estos parientes y la memoria de ilustres ancestros en las dos ramas familiares, los hermanos Blanco-Fombona tuvieron temprana conciencia de las letras y la política.

Los años finales de Rufino Blanco Toro –quien había adversado tenazmente al guzmancismo y sumado su voto al de los constituyentes

que en 1878 decidieron la demolición de las estatuas del Ilustre Americano– lo encontraron participando en la Revolución Legalista y, por tanto, opuesto a los planes continuistas del presidente Raimundo Andueza Palacio. Ambos –Guzmán y Andueza– eran parientes de los Blanco Fombona, el uno lejano y el otro cercano, en una densa red de relaciones familiares con la política.

En la última de sus andanzas revolucionarias, Blanco Toro regresó muy enfermo a Caracas y debió encargar al hijo mayor de hacer llegar al General Ramón Ayala las cuentas y recursos que había cuidadosamente manejado hasta entonces para los legalistas. Ya la tisis arrasaba su salud, de modo acelerado e irreversible.

Al comenzar 1892, cuando cuenta diecisiete años y su hermano menor, Horacio, no alcanza los tres, Rufino debe enfrentar la muerte del padre y, meses después, la de la madre. Leemos en *Viéndome vivir*: "se echó en el lecho que la muerte acababa de visitar (...) Pocos meses después mi madre moría, del propio terrible mal".

Un relato, que declaró autobiográfico y mantuvo en las revisiones y publicaciones sucesivas de sus cuentos, describe el momento del fallecimiento del padre. Citemos un fragmento de "Historia de un dolor" en *Cuentos de poeta* (1900):

Aún veo (...) aún veo con precisión a mi padre en su lecho mortuorio, enflaquecido por la enfermedad, pálido, respirando ya el aliento de la Muerte, la riza cabellera negra sobre la almohada blanca.

A la vera del lecho aún miro a mi pobre madre, desolada, y contemplo cómo discurren en la sombra, los ojos enrojecidos, los rostros pávidos, mis hermanos pequeñuelos.

Aquellos niños como las fieras del bosque, presentían la tempestad, sin comprenderla.

De los rincones salían las enmarañadas cabecitas negras; y de las cabecillas, quejumbres tímidas, empapadas de llanto. Las personas grandes se condolían piadosamente.

¡Dolorosa fue la despedida!

Es una terrible tempestad que las familias Blanco Toro y Fombona Palacio procurarán atenuar para aquellos ocho hermanos.

Tras la muerte de los padres, el mayor relata que vivió con los abuelos maternos, Benigna Palacio y Evaristo Fombona. Él, académico y

escritor, había nacido en Asturias y, después de mudarse a Cuba, donde tenía familia y se graduó de doctor en Derecho, se estableció y formó familia en Venezuela. Con talento, audacia y laboriosidad hizo buena fortuna. Don Evaristo era en España miembro de la Real Academia de la Lengua, así como de las de la Historia, las Ciencias Morales y Políticas y la de Jurisprudencia y Legislación. Promotor de la creación de la Academia Venezolana de la Lengua, era un convencido de la conveniencia y posibilidad del acercamiento entre las Repúblicas de Hispanoamérica y España.

La ascendencia, el destino

Rufino creció sintiéndose producto de su casta, su ambiente patrio, su familia y su medio. Más de una vez refirió la pretensión de algunos de sus parientes sobre un "quimérico y pomposo árbol genealógico (...), cuya vetustez databa, según ellos, de los días de un tribuno romano: T. Munatius Plancus, gran enemigo de Cicerón y compañero de Salustio". En cambio, valoraba como referencia esencial de su destino la más cercana genealogía, que lo hacía descendiente directo de meritorios iniciadores de la nacionalidad, parte de familias que contribuyeron a la fundación y consolidación del país en los tiempos de la Colonia, la Independencia y la construcción republicana. Orgullo, honor y drama se mezclan en ese sentimiento.

Se enorgullecía especialmente de la sangre de los Rodríguez del Toro y los Palacio Fajardo. La abuela paterna, María Antonia de la Trinidad Rodríguez del Toro y Toro, era hija de Bernardo Rodríguez del Toro Ibarra y por tanto sobrina de Fernando y Francisco Rodríguez del Toro –el cuarto Marqués del Toro– a su vez primos hermanos de María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, esposa de Simón Bolívar. Por esa ascendencia, estaba también emparentado con Teresa Carreño y Manuel Antonio Carreño, nieto de Gertrudis Rodríguez del Toro y Silva.

Por el lado de su madre, la abuela Benigna era nieta de Manuel Antonio Palacio y Trinidad Fajardo, fundadores de una ilustre y próspera familia barinesa: hija de Ramón y, por tanto, sobrina de Manuel, Miguel, Agustín, Luis, Ramón y Carolina Palacio Fajardo. En el tío abuelo Manuel, Rufino Blanco-Fombona admira al diplomático, hombre

docto, políglota y "buena cabeza", Ministro de Bolívar en Angostura y primer historiador de la Revolución de 1810. En Miguel, aprecia al soldado, estudioso, capaz de jugarse la vida en los años finales de la Guerra de Independencia y de vivir los sobresaltos republicanos. De él, oligarca y centralista hasta el final de sus días, recordaba entre otras anécdotas sobre su sentido del humor, que estando bastante mayor y ya agonizante, después de preguntar al sacerdote si ya podía morirse, dijo: "Bueno, adiós; ahí les queda su Federación".

Son memorias que no abandonan al descendiente de tan notables personalidades. En cada momento crítico, en los nudos y giros de su vida están presentes esos recuerdos. A los treinta años añora, en algún momento, "un drama de cuantía" y reconoce una aspiración "de imperio y de gloria". Ya sobre sus seis décadas, dirá que el drama de su vida ha sido verse obligado a "una vida diferente de aquella que debí vivir y en un medio social (...) distinto de aquel para el que la educación, el nacimiento y centenarias tradiciones de familia parecían haberme capacitado".

En verdad, no han de ser las suyas "tempestades dentro de un perol". Serán, en cambio, las propias de un temperamento apasionado, inquieto, en circunstancias personales, nacionales y mundiales de agitaciones y rupturas mayores.

El estudio y la tentación política

En 1889, con quince años, después de cursar estudios en los Colegios Santa María y San Agustín en Caracas, ingresa a la Universidad Central de Venezuela a las carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Pronto abandona. En 1890 ingresa a la Academia Militar. Ya entonces bullen en el joven intereses diversos, ambiciones que parecen contradictorias. Escribirá en 1902: "Yo soy mi propia obra. Mi educación ha sido muy deficiente. A todos los estudios universitarios les tuve y les tengo horror".

La política sí que lo atrae. No es difícil imaginar los ecos que en la familia de ascendencia patricia y conservadora tuvieron a comienzos de la década de 1870 los lemas incendiarios de Antonio Guzmán Blanco contra la oligarquía. Tampoco, por tanto, podían dejar de mirar con simpatía las reacciones antiguzmancistas desde el Gobierno: durante

los periodos del general Francisco Linares Alcántara (1877-1878) y Juan Pablo Rojas Paúl (1888-1990).

Ya en la Academia Militar, el mayor de los Blanco-Fombona protesta públicamente ante sus compañeros contra los planes continuistas del Presidente Raimundo Andueza Palacio (1890-1892).

Ante el golpe presidencial a la Constitución se une, como su padre, a los Legalistas que llevarán al poder a Joaquín Crespo. Luego de desempeñarse como funcionario de la Secretaría del Congreso Nacional para trabajar junto al periodista Pedro Ignacio Romero, es nombrado Cónsul de Venezuela en Filadelfia, antes de cumplir los dieciocho años, con la idea de que lo aproveche para su formación.

Viajes, misiones, escritura

Mientras ejerce su función consular en Filadelfia, es también designado para ese cargo por el Gobierno de Perú. Durante su permanencia en Estados Unidos se impone su propia disciplina de lecturas y estudio, se mantiene atento a la situación venezolana y mundial, desarrolla vínculos con el escritor venezolano autoexiliado César Zumeta y no deja, en absoluto, de disfrutar de la vida nocturna.

Sobre un enfrentamiento violento a la salida del teatro –según nuestro personaje, provocado por la burla de un transeúnte sobre su acento al hablar–, leamos parte de lo publicado en el *New York Times* del 4 de diciembre de 1894 bajo el título "Fombona [*sic*] used a heavy cane":

> [Blanco] *Fombona llevaba un pesado bastón y con él golpeó a varias personas. Cuando un policía intentó arrestar a* [Blanco] *Fombona, este le golpeó la mano derecha causándole graves moretones.*
>
> *Otro oficial vino en auxilio del primero y cuando el Cónsul vio que había dos policías, se movió como si fuese a sacar algo de su bolsillo, pero los agentes fueron muy rápidos y lo sostuvieron de modo que no fue capaz de alcanzar el bolsillo.*
>
> *Los dos hombres [Blanco-Fombona y Zumeta] pelearon, se resistieron, y gritaron todo el camino hasta la estación policial. Cuando* [Blanco] *Fombona fue revisado, se encontró en su bolsillo una temible cachiporra [an ugly looking blackjack].*

El caso de los dos amigos detenidos en una Estación de Policía de Nueva York, que terminó en su liberación después de pagar una mul-

ta, no tuvo consecuencias diplomáticas que lamentar, pero en 1895 la Cancillería venezolana termina la misión del joven Cónsul.

Más trascendente en el tiempo que el publicitado incidente será una fructífera actividad, especialmente reveladora de la más persistente vocación de este venezolano y de su forma de asumirla.

Ese mismo año, 1894, entrega un poema bajo el título "Patria" para participar en el concurso que promovía entonces la Sociedad Alegría de Coro. Sobre estos versos, su autor dirá: "El poema cumplió como pudo, ganó el premio y me dio a conocer... en Coro".

Aparte de ser la primera manifestación pública de un afán poético que no lo abandonará nunca, tales versos son también reflejo de las múltiples facetas de quien presta cuidadosa atención a la política mundial. Venezolano, hispanoamericano, hombre del mundo, así se nos revela en esas líneas:

Hay un pueblo satánico, maldito,
Que cifra el goce del ajeno lloro,
Y quiere, como el águila del Mito,
Voraz saciarse en tus entrañas de oro.
¡Oh Guayana! No en ti su imperio ejerza
El Leopardo caduco;
Y sabe que el Derecho sin la fuerza
Es la beldad en brazos del eunuco.
A la lid! A la lid! De tus escarpas
Lanza á la fiera el ponzoñoso dardo;
Y córtale las zarpas,
Y arráncale los ojos al Leopardo.
Y ya flacia la piel, lustrosa y tersa,
Muerto, brotando sangre sus heridas,
Córtale la cabeza, como el Persa
Decapitó el cadáver de Leonidas.
Nada de imbécil compasión. Tortura
A ese mismo despojo repugnante,
Hasta que nueva muerte
Implore cual los réprobos el Dante.

Esto escribe mientras los avances ingleses sobre la Guayana venezolana y la boca del Orinoco están buscando consolidarse. Se inician los

años críticos, de 1895 a 1899, cuando Estados Unidos bajo el segundo gobierno de Groover Cleveland (1893-1897) y el de William McKinley (1897-1901) participa en la negociación del tratado de arbitraje y en el arbitraje propiamente dicho, representando a Venezuela. En nombre de la protección del continente americano ante las amenazas e intervenciones europeas, Estados Unidos busca la reafirmación de su poder en el hemisferio ante el avasallante poderío de Inglaterra, en ese momento el más grande imperio de todos los tiempos. Es la crudeza del poder, del "derecho sin la fuerza", lo que el poeta hace sentir con estos versos.

Pero también es cierto, como leemos en el estudio de Simón Alberto Consalvi sobre *Groover Cleveland y la Controversia Venezuela-Gran Bretaña*, que esa patria a la que canta el poema está entonces en su trance recurrente de revoluciones y, cuando el tribunal arbitral emita sentencia, el país estará sin Gobierno: viene en camino Cipriano Castro desde Colombia y va de salida a su destierro el presidente Ignacio Andrade.

Son las dos caras, en el país y el mundo, de las circunstancias que comienza a vivir el hombre que apenas vislumbra grandes tormentas: propias y ajenas.

En el trópico se madruga mucho

En los últimos años del siglo XIX y los albores del XX, entre sus 21 y 26 años, quien ya se asomó a la política y las letras, y también al mundo exterior –con tareas consulares en Estados Unidos y luego, por pocos meses en 1896, como agregado en Holanda– habrá acumulado experiencias con las que se comienzan a perfilar los cauces diversos de su vida. Un elocuente y resumido balance se encuentra en la carta a Don Miguel de Unamuno del 23 de abril de 1901:

La pintura de su vida laboriosa y apacible, me interesa tanto más cuanto que es lo contrario tout-à-fait *de cómo ha florecido esta primavera, esta juventud mía. Supóngase U. que aunque muy joven –en el trópico se madruga mucho– yo he sido proscrito, rebelde, revolucionario, periodista, diplomático, poeta y qué se yo cuántas cosas.*

Tan interesante como el contenido de la carta que este párrafo ilustra, es el hecho de que fuese parte de un intercambio epistolar del caraqueño con el prestigioso escritor y académico español, estudioso de las letras hispanoamericanas.

La generación de 1895

A partir de 1894, con la impresión y circulación en Caracas del poema *Patria* y el inicio de sus publicaciones en las revistas *Cosmópolis* y,

al año siguiente, *El Cojo Ilustrado*, Rufino Blanco-Fombona se proyecta rápidamente en el mundo literario. Son dos revistas que, como precisa Mariano Picón Salas en *Formación y proceso de la literatura venezolana*, congregan "los nombres y las tendencias" de la nueva literatura.

Sigamos las líneas del humanista al caracterizar este momento tan importante para la comprensión de las letras y la vida de quien nos ocupa.

Alrededor del pensamiento y los métodos del positivismo en la Sociología y la Historia se reúne la generación de 1885 con nombres como José Gil Fortoul (1861-1943), Lisandro Alvarado (1858-1929) y César Zumeta (1863-1955), y los más jóvenes Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) y Pedro Manuel Arcaya (1874-1958). De modo similar, en torno a las reivindicaciones modernistas, se perfila entonces la generación de 1895 que cuenta, entre sus más representativos escritores, a Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), Pedro Emilio Coll (1872-1946), Pedro César Dominici (1872-1954), Luis Manuel Urbaneja Achelpohl (1873-1937), Rafael Cabrera Malo (1870-1935), Eloy G. González (1873-1950), Santiago Key Ayala (1874-1960) y tardíamente, con su propio brillo, al más joven Alfredo Arvelo Larriva (1883-1934).

Blanco-Fombona, representante emblemático de la generación modernista, alternará con estos escritores, a muchos de los cuales se encontrará en las páginas de *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*.

Aunque de más corta vida, *Cosmópolis* (1894-1895), lanzada por los jóvenes Coll, Dominici y Urbaneja Achelpohl, logró dar impulso a la ambición de dar a conocer "todas las escuelas literarias de todos los países" en Venezuela. La salita de redacción con sus sillones azules, "uno de los colores de nuestro modernismo", anota Picón Salas, es centro de lectura, discusión y diálogo:

> *Se leen los libros franceses; se discute la filosofía de Renán o la recientísima poética de los simbolistas, se abren y comentan las cartas y los mensajes que otros jóvenes escritores de América, tentados por el mismo demonio de la modernidad –Leopoldo Díaz, José Enrique Rodó, Enrique Gómez Carrillo– envían al inquieto grupo caraqueño.*

Es también estimulante el ambiente que entre 1892 y 1915 propicia *El Cojo Ilustrado* para el encuentro en franca diversidad generacional. Fundada y sostenida por el entusiasta hombre de empresa Jesús María

Herrera Irigoyen, y dirigida en sus primeros años por "el fino epicúreo de la vida y los libros" Manuel Revenga, esta revista quincenal se convertirá rápidamente en referencia literaria muy respetable en Venezuela e Hispanoamérica.

En las oficinas de Herrera Irigoyen se dan cita poetas, prosistas, ensayistas e historiadores.

De 1895 hasta 1910 –aunque más adelante volverá brevemente con textos históricos–, Blanco-Fombona será un consecuente colaborador de la publicación que anuncia desde su primer número la aspiración de ser "palenque donde brille de preferencia el patrio talento", para lo cual invitaría a "escritores, hombres de ciencia y arte, e industriales venezolanos". Su intención era mantener a sus lectores "al corriente de todas aquellas obras y hechos de ultramar que por sus excelencias lleven el sello de una vida científica o artística perdurable". En efecto, junto a las colaboraciones venezolanas –de las generaciones de 1885 y 1895– habrá contribuciones, reproducciones, traducciones y comentarios de plumas de otras latitudes, contemporáneas o del pasado.

Poemas modernistas

Las líneas con que nuestro joven poeta se estrena en las páginas de *El Cojo Ilustrado* llevan por título "En el polo" –que luego revisa y publica en su primer poemario como "Idilio trágico"– y van acompañadas por una pequeña foto del autor y las viñetas usuales en poemas, cuentos y novelas, semblanzas, estudios, partituras, crónicas y misceláneas que incluye la revista, ya muy prestigiosa por la calidad y variedad de sus textos, firmas y abundancia gráfica.

En las estrofas iniciales de aquel poema se asoma la riqueza de imágenes que hará de Blanco-Fombona, en su generación, uno de los principales exponentes del modernismo literario:

Sobre el témpano enorme de hielo,
Níveo alcázar, de rayos de luna
Construido, y de todas las garzas
Y todos los cisnes con todas las plumas

Viaja joven pareja de osos:
Él, de ríspida estampa y hercúlea

Ella, ¡amante feliz! –un ensueño
De célibe oso– muy blanca y muy rubia.

Un mes después, publica "Medio-eval", que dedica a Nicanor Bolet Peraza (1838-1906). Tuvo que sentir, aparte de admiración, gran afinidad por este hombre de muchas vocaciones –periodista, tribuno parlamentario, militar, empresario y editor de revistas en Estados Unidos–, combatiente político de pluma y de lanza, ministro y diplomático. Así se lee en algunos de los versos que le ofrece:

Allá, en la cima de la abrupta roca,
Temeroso castillo se levanta,
Como cóndor de piedra
Que en la cresta plegó el ala

¡Y allí fue la lisonja!
Que es la lisonja la proteica esclava:
Para Dios culto: aplauso para el Genio
Y armonía de guzlas concertadas
Para el señor que mora
En la cresta del monte, como el águila.

En este otro poema, "Evoca los días medio-evales para expresar en un bello símbolo la rastrera ascensión de la lisonja", como escribía el poeta Andrés A. Mata en la semblanza que sobre su colega publica en las páginas de *El Cojo Ilustrado* el 15 de febrero de 1897.

En la publicación quincenal se van sumando autores venezolanos de diferentes momentos, de modo que allí estará Eduardo Blanco y también Rufino Blanco-Fombona, su sobrino, quien en lo que resta del siglo XIX se consolida como miembro de la generación modernista de *El Cojo Ilustrado* con su publicación de unas cuarenta contribuciones, entre poemas, cuentos, reseñas y semblanzas. Tempranamente, el ya referido escrito de Mata recoge la crítica de la que ha sido objeto el poeta –por "obscuro en el símbolo" y "rebuscar vocablos"– para recriminar luego que se olvide el "atenuante" de que el bardo "nació a la vida literaria precisamente en los momentos en que las letras hispano-americanas

sufrían el período enérgico del modernismo". Comprende la poesía de su coetáneo como el reflejo de "su carácter nervioso y resuelto".

También ha merecido un comentario escrito de Bolet Peraza: "sus poesías dicen siempre algo elevado, y su fantasía no le saca nunca fuera de la atracción de la verdad". En esos primeros años de publicación de sus líneas, César Zumeta le aconsejará desplegar su personalidad de artista o de *condottiero* más allá de todo límite, conocidas como ya eran para este muy culto lector las contrastantes facetas del joven amigo.

Crítica y semblanzas

En las páginas de *El Cojo Ilustrado*, Blanco-Fombona también escribe prosa, con la que manifiesta en sus primeras contribuciones su admiración por el arte del nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento -Rubén Darío-, pues de su ingenio "brota la poesía como el agua del manantial". También deja leer su capacidad para apreciar la pintura en un ensayo sobre su visita a Arturo Michelena, cuyas telas describe como "músicas de colores". Hace explícita valoración de los cuadros *Vuelvan caras*, *Pentesilea* y, particularmente, *Carlota Corday*. Sobre este último, comenta cómo entre los personajes del drama se encuentra el pintor "que trazó a última hora los rasgos de la infortunada" a punto de ser ajusticiada, mujer que representa "la belleza, el heroísmo, la juventud", cuyo sacrificio, visiblemente, sólo conmueve al autor del cuadro.

Al comentario sobre obras y autores, suma en estos años finales del siglo XIX las semblanzas de escritores. En José Antonio Calcaño (1821-1897) ve a "uno de los mejores y más eminentes representantes del romanticismo" en América, centrándose en su condición de poeta. En Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892) admira a quien conoció fugazmente y recuerda joven, casi en brazos de la multitud agitada, pronunciando un discurso: "Hay rumores, ciudadano Presidente, que no llegan hasta la altura de vuestros balcones, pero que minan su base". Así se expresa del bardo y tribuno: "De todos los antiguos poetas venezolanos (...) es hoy, salvo Andrés Bello, el más conocido en América; el más estimado por las nuevas generaciones líricas, dentro y fuera de la Patria". Pero no sólo respeta al poeta: se identifica con

el cosmopolita sin una concepción estrecha y vulgar de la patria, con quien mantuvo su libertad de conciencia y rechazó la dictadura, con el exótico precursor que "corrió la suerte de todos los que se adelantan a su tiempo sin llegar a imponerse y dominar".

En 1897, su cuento "Juanito" es premiado en un certamen literario organizado en el sexto aniversario de *El Cojo Ilustrado*. En otro conocido relato suyo allí publicado a fines de 1898, bajo el título "Alma enferma", hay seguramente algunas resonancias de su pasado, de estados de ánimo que dejará entrever en su poesía y su diario, entonces y en adelante: "El recuerdo es amargo y embriagador como el ajenjo. La memoria de las cosas pasadas, de los amores muertos, de las viejas alegrías, es de una voluptuosidad dolorosa".

Los dos primeros libros

Dos obras, una sobre el poeta francés *Alfredo Musset* (1897) y otra de poemas y sobre poetas, *Trovadores y trovas* (1899), inician el que ha de ser su muy extenso legado de publicaciones. El segundo volumen era así anunciado en las páginas de *El Cojo Ilustrado* el 15 de febrero de 1899:

Está ya en circulación el libro de Blanco-Fombona, editado en nuestros talleres. Seis cantos en galana prosa á algunos trovadores queridos por el autor y veinte y dos poesías forman el volumen, en donde aparece la íntima personalidad artística de Blanco-Fombona, original, nervioso, independiente de las comunes fórmulas. El brillante prólogo de Díaz Rodríguez, que en este número insertamos, dará a los lectores completa idea de la obra y sentimientos de uno de los más delicados representantes de la escuela modernista en América.

En efecto, el prólogo de la obra tiene méritos propios. Allí el escritor, ya conocido por sus libros de viajes –*Sensaciones de viaje*, *Confidencias de psiquis* y *De mis romerías*–, reflexiona con profundidad y fluidez sobre la conciencia cosmopolita y lo que "comunicaciones múltiples, más fáciles, más rápidas, las relaciones más íntimas en que viven unos con otros los pueblos" significan para la veloz difusión y crítica de lo que se escribe. También llama la atención sobre las consecuencias de las conquistas científicas que han obrado "robusteciendo, centuplicando, refinando todas las actividades del hombre". El progreso de la ciencia,

argumenta, ha creado "agentes civilizadores tan poderosos como el vapor y la electricidad, gracias a los cuales un hombre moderno recibe en igual espacio de tiempo mil veces más sensaciones, convertibles en afectos e ideas, que un hombre de hace ochenta años". Se multiplican así las influencias del ambiente, lejano y remoto, en la estela de "un progreso demasiado brusco". Y a la par de la vastedad de la producción artística y literaria que han alentado esas transformaciones, se incentiva la búsqueda de nuevos "modos de expresar ideas, sensaciones y sentimientos propios del hombre moderno". Enseguida, el prologuista describe cómo tales influencias y consecuencias se manifiestan en "la literatura digna del nombre de modernista", literatura que no solo busca la perfección de la forma sino "encerrar en esa perfección el alma contemporánea toda, compleja y vibrante". Allí ubica al autor de *Trovadores y trovas* –que perfila nervioso, inquieto, sensual y triste– como "el más modernista de los poetas de su generación, y uno de los más pulcros y elegantes prosadores modernistas de América":

...en sus comienzos, como casi todos los demás, rindió culto a las exageraciones de la moda, la reina fugitiva; mas, poco a poco, llevado de su carácter soberbio y brioso y de una verdadera obsesión de originalidad (...) cuyos rastros pueden verse en toda su obra de prosador y poeta, caminó en derechura a encontrarse a sí mismo en un estilo propio...

Enfrentamientos y libelos

El regreso a Venezuela de sus funciones en el exterior no supuso para Rufino Blanco-Fombona la concentración en las letras, como pudiera inferirse de lo que produjo, comentó y fue comentado sobre él en esos años. En cambio, se confirmó el robustecimiento y diversificación de actividades que Díaz Rodríguez anticipaba. Todo ello acompañaba a la personalidad inquieta, marcada por la forma como asumía las influencias de su genealogía y de su tiempo y lugar en la Venezuela que tan confusa y lentamente se movía de un siglo a otro.

A mediados de 1898 escribe en *Viéndome vivir* sobre un viaje a los llanos "con el propósito y en la lucha por unas elecciones". Eran los meses que siguieron al proceso electoral donde compitieron el popular general José Manuel Hernández, "El Mocho", fundador del Partido Liberal Nacionalista, y el candidato del gobierno del general Joaquín Crespo, el también general Ignacio Andrade.

La versión popular de lo ocurrido en aquel fraudulento proceso decía, respecto a cinco de los treinta y un candidatos presidenciales: "Hernández se quedó con las masas, Andrade se quedó con las mesas, Rojas Paúl se quedó con las misas, Castillo se quedó con las mozas y Arismendi Brito se quedó con las musas". Después del anuncio del resultado, en marzo de 1898, El Mocho se alzaba en armas. En abril, en medio de la balacera de los enfrentamientos –en La Mata Carmelera–, moría Joaquín Crespo y, menos de dos meses más tarde, el cabecilla insurgente caía preso y era enviado a La Rotunda.

Comenzando el año 1899 nuestro poeta fue llamado a la residencia del presidente Ignacio Andrade, en El Valle, pues sería designado Secretario de la gobernación del estado Bermúdez, jurisdicción política que a partir de 1909 se fragmentaría en los estados Sucre, Anzoátegui y Maturín. Ya en la antesala, uno de los edecanes del Presidente lo provocó, según relata el propio Blanco-Fombona, situación que derivó en un intercambio de disparos. No hubo víctimas fatales, pero el candidato a Secretario fue encarcelado y, aunque puesto en libertad a los pocos días gracias a la intermediación de conocidos, siguió siendo objeto de constante vigilancia y acoso. Llega a hablar de una "caza asesina" y de asedio con la anuencia de las autoridades y bajo el comando del oficial con quien se inició el incidente armado. En el estilo propio de los dos primeros volúmenes conocidos de sus diarios, escribe que se siente forzado a salir del país "enfermo, triste, pobre, rumbo a lo ignoto".

Parte del Puerto de La Guaira a Nueva York, donde por pocos meses logra apenas sobrevivir como profesor de español. Estimulado por César Zumeta viaja a República Dominicana, donde según la cronología de Rivas Dugarte, habría llegado como vendedor de armas.

Media el año 1899 y la situación política dominicana es complicada: son los últimos días del gobierno de Ulises Heureaux. Al caer el Gobierno y morir el dictador, el régimen que se instala nombra al exiliado venezolano, simpatizante con la causa revolucionaria, Cónsul de ese país en Boston. Ha trabajado como periodista y cultivado relaciones de amistad con el poeta Fabio Fiallo. A este político, escritor y diplomático dedicará el libro *Cuentos de Poeta*, que sale de la imprenta al año siguiente.

A comienzos de 1900 publica en Caracas su primer libelo político, titulado *Ignacio Andrade y su gobierno*. Esas páginas, tan distantes en vocabulario y propósito a sus refinamientos líricos, las presenta como "el espejo en donde podrá verse la deformidad de este enano".

Noticias de Venezuela cambiarán rápidamente la voluntad de autoextrañamiento.

Entre el 23 de mayo y el 22 de octubre de 1899, Cipriano Castro avanza desde la frontera andina sobre Caracas e instala en el poder el régimen de la Revolución Liberal Restauradora. Los lemas revolucionarios prometen el restablecimiento de la legalidad, la veneración al hogar, el respeto a la propiedad, la práctica de los principios republicanos, la franqueza política, la tolerancia a todas las opiniones, la pulcritud fiscal y el progreso de la Nación.

Tras renunciar al consulado, que tanta crítica despertó entre algunos dominicanos, el autoexiliado vuelve a Venezuela. Llega en el mes del arribo de los restauradores a la capital.

El recién instalado Gobierno lo nombra Secretario General del Estado Zulia. No pudo asumir el cargo en un primer intento a causa de la insurrección de un cuartel en la ciudad de Maracaibo. Será en febrero de 1900 cuando pueda hacerlo. Con él va el coronel Benjamín Ruíz para la jefatura civil y militar. Pronto crecerán las tensiones entre ellos hasta desembocar en el enfrentamiento armado del Secretario con oficiales enviados por Ruíz a detenerlo. En el intercambio de balas, Blanco-Fombona da muerte al coronel Felipe Iturzaeta y por ello es detenido en la cárcel de Maracaibo. Poco después será declarado inocente por haber actuado en defensa propia.

Al salir de su breve apresamiento escribe al presidente Castro: "...de mí, General, le aseguro que nada tengo que reprocharme, antes bien, estoy satisfecho de mí mismo (...) Yo no pido gracia sino justicia, General. La opinión pública, sin distinciones partidistas, me absuelve".

Tenía disposición a hacer justicia por sí mismo cuando, al salir en libertad, retó a duelo –finalmente suspendido por la policía– a quien había propiciado una campaña contra él y lo había reemplazado en el cargo estadal.

Sobre este proceso penal deja anotado en las páginas de *Viéndome vivir*:

No es aquí el sincerarme de aquella muerte; ni jamás lo habré de menester. Estoy satisfecho de mi conducta. No quiero que un estúpido pudor social haga por echar tierra sobre un acto de mi vida, del cual no me arrepiento; no quiero que algún biógrafo del porvenir tienda un velo piadoso y ridículo sobre esa página de mi vida.

Esa experiencia inspira el libelo titulado *De cuerpo entero. El negro Benjamín Ruíz*, que publicará en Holanda meses después.

Movimiento de tierra

De nuevo en Caracas, el autor de crudos y ofensivos panfletos reanuda su escritura literaria. Prepara y publica *Cuentos de Poeta*. Sobre este libro recibirá un comentario de don Miguel de Unamuno, en correspondencia del 3 de agosto de 1900, incluida por Marcos Falcón Briceño en *Cartas de Blanco-Fombona a Unamuno*. El académico español le escribe: "todo lo que a la lengua se refiere me interesa muy en especial, y en la lengua de sus *Cuentos* me he fijado". Luego precisa:

Me agrada sobre todo en sus Cuentos *la preñada concisión, el toque fino y rápido. Casi todo es preciso, sobrio, burilado y sin embargo, con claroscuro, matizado. Responde muy bien a la idea que de tales trabajos tengo y que condensaría diciendo que hay que saber dibujar la niebla sin que deje de ser tal. Diseñar lo inconcreto sin quitarle su inconcreción es un triunfo. Con notas precisas, argentinas, limpias, sonoras, se hace una melodía vagarosa. Muy bien.*

Respecto a la vida política, el escritor de libelos, poemas y cuentos mantiene cierta cercanía al Gobierno, no obstante que observa con su actitud siempre crítica los desafíos de la política mundial y las fragilidades de Venezuela ante ellos.

Sorpresivas fragilidades se harán sentir en la madrugada del 29 de octubre de 1900: "Nunca pensé que dentro de mí existieran tan enormes yacimientos de pavor y de asombro, como vino a descubrírmelo aquella brutalidad de la naturaleza", leemos en *Viéndome vivir*, y enseguida: "Cuanto a mis nervios, desde entonces, apenas oyen cerrarse una puerta con estrépito, se ponen a vibrar de improviso, al recuerdo del terremoto".

Pasado el aterrador sismo inicial, durante quince días se mantendrían el temor a los temblores y las noches en vela. "Caracas –escribe– invadió los campos vecinos", se mantuvo como "ciudad yacente, silenciosa, desierta", donde

(...) tendido en un carro, a la intemperie, o sobre el catre en una casita de lona, en el campo de mi tía Benigna (...) [con] *numerosos miembros de la familia, fraternalizados por el terror, nos uníamos en la misma ansiedad, en la propia angustia. La noche aumentaba el espanto. Las mujeres se ponían a rezar el rosario, bajo la indiferencia del cielo.*

Con el tiempo, asoma en la franca prosa de su diario, que el miedo "empezó a ser un pretexto para el *flirt*; y bajo los toldos de trapo se cobijaron los amores".

Vienen movimientos de tierra muy distintos: comienza otro año y en el umbral entre dos siglos parte a Europa como Cónsul en Ámsterdam.

Finas rimas, **finas dagas**

El traslado a Holanda abre nuevos horizontes a Rufino Blanco-Fombona: a su producción literaria, a los vínculos con brillantes contemporáneos, hombres de letras del nuevo y el viejo mundo, a la vez que a revistas y editoriales de renombre. Conviene detenerse en estos años –de 1901 a 1904– que tanto marcarán el rumbo de su vida.

Si bien instalado en Ámsterdam, no deja de viajar a otros países europeos: Bélgica, Alemania, Rusia, Italia, España, Inglaterra y, con particular frecuencia, a Francia. En las páginas del cuaderno de anotaciones que entonces iniciaba –cual "pintoresco y no siempre fidedigno anecdotario" como nos advierte Guillermo Servando Pérez Delgado– dejó detallados apuntes que nos aproximan a su vida en ese tiempo, del modo como él quería entonces dejarla registrada.

"Voy a empezar el libro de mi vida": así se lee en la primera línea del cuaderno que comienza a escribir en agosto de 1901. Aunque la decisión expresa de publicar los diarios será posterior, ya su relato se nos presenta como parte de su obra escrita, con su egotismo, espontaneidad, silencios y exageraciones, con sus contradicciones, inconsistencias y oscilaciones intelectuales y emocionales.

Se trata de una peculiar escritura cultivada por algunos modernistas, entre los que destaca nuestro personaje por su "realismo inquieto,

aboceteado", que recoge "los datos principales" y los somete "a una subjetivación ardorosa", como propone Ángel Rama en su estudio preliminar sobre tres de los cuatro diarios.

Recordemos además, con Jesús Sanoja Hernández, que los diarios y las memorias fueron, en tiempos de tiranía, mezcla de expediente y testimonio personal, a la vez que recurso para la denuncia y el combate contra la opresión. El prologuista de *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1990) hace referencia a memorias o diarios de autores venezolanos previos y contemporáneos a los de José Rafael Pocaterra y Rufino Blanco-Fombona, como Eusebio Baptista (*Historia de un gran crimen*, 1888); Ramón Illaramendi (*Recuerdos de La Rotunda*, 1892); Antonio Paredes (*Diario de mi prisión en San Carlos*, 1901); Pedro María Morantes, "Pío Gil" (*Cuatro años de mi cartera*, 1911, y *Diario íntimo*, 1965); Rafael Bolívar Coronado (*Memorias de un semibárbaro*, hacia 1920) y José Heriberto López (*Veinte años sin patria*, 1933).

En la sucesión de cuadernos que comienza en 1901, Blanco-Fombona combina lo que Rama y Sanoja Hernández ven en este tipo de escritura: arte y parte en su tiempo. Valga anticipar, por lo expresiva, la posdata de una larga y muy formal carta que la poeta chilena Gabriela Mistral escribió a su amigo desde Génova, el 1 de febrero de 1930, cuando ya circulaba *Diario de mi vida. La novela de dos años* (1929): "¿Por qué no mandarme su libro de Memorias? ¿Por qué no han de gustarme? Yo no soy ni farisea ni santurrona, aunque sea católica".

En la capital de la *Belle Époque*

La holgura que le permite el trabajo en Holanda y el desagrado por la larga estación de frío, lluvia y nieve se suman al afán viajero del Cónsul venezolano. Va a España varias veces, visita Alemania, Polonia, Rusia, Italia e Inglaterra, pero pasa la mayor parte del tiempo en la capital francesa. París era la meca cultural, ciudad de las letras, epicentro de la celebración de las artes, el progreso científico y la pujanza económica que caracterizó los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. En buena medida ajenos a las tragedias que se avizoraban, quienes vivieron esos años no sabían que ese umbral entre dos siglos sería bautizado, con nostalgia, la *Belle Époque*. Así podemos mirarla ahora,

desde la biografía de quien vio de cerca los esplendores, y también las miserias, de la primera mitad del siglo XX.

En la ciudad francesa se habían establecido hacia 1900 muchos escritores latinoamericanos. Rufino Blanco-Fombona se encuentra allí a coterráneos como Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici, César Zumeta, Pedro Emilio Coll y el pintor Tito Salas, junto con un respetable grupo de hispanoamericanos. Entre los mencionados por el Cónsul en Ámsterdam en las páginas de su diario, se encuentran el colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), el mexicano Amado Nervo (1870-1919), el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), el argentino Manuel Ugarte (1878-1951), el peruano José Santos Chocano (1875-1934) y, algo más jóvenes, la chilena Gabriela Mistral (1889-1957), el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946), los peruanos Francisco García Calderón (1883-1953) y Ventura García Calderón (1866-1959), y el uruguayo Hugo Barbagelata (1885-1971).

Destaca entre ellos el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), instalado en París como corresponsal del diario argentino *La Nación* en los días de la inauguración de la Exposición Universal. Valgan unas líneas de sus primeras crónicas, reunidas en *Peregrinaciones*:

Visto el magnífico espectáculo como lo vería un águila, es decir, desde las alturas de la torre Eiffel, aparece la ciudad fabulosa de manera que cuesta convencerse de que no se asiste a la realización de un ensueño (...)

Y el mundo vierte sobre París su vasta corriente como en la concavidad maravillosa de una gigantesca copa de oro. Vierte su energía, su entusiasmo, su aspiración, su ensueño, y París todo lo recibe y todo lo embellece cual con el mágico influjo de un imperio secreto (...)

La gente pasa, pasa. Se oye un rumoroso parlar babélico y un ir y venir creciente (...). Todos sienten la alegría del vivir y del tener francos para gozar de Francia.

Desde comienzos de 1901, nuestro personaje conoce al ya muy respetado autor de *Azul y Prosas Profanas*, entre otras muchas páginas. Le fue presentado por Manuel Díaz Rodríguez en el bar Calisaya que como otros bares y cafés –Napolitan, Soufflet, Vachette, Café d'Hartcour, Bullier, Closerie des Lilas, Taverne Vienoise– es lugar de tertulias que se prolongan hasta la madrugada.

Acerca del primer encuentro, dejó escrito: "Eran las seis de la tarde. Tomamos uno, dos, varios aperitivos. Los invité a comer; y a las seis de la mañana del día siguiente Rubén Darío y yo nos separamos, en un cafetín de Montmartre, disgustados".

Al final de esa discusión se refiere Edelberto Torres en *La dramática vida de Rubén Darío*. El impetuoso venezolano no duda en transformar la divergencia de opiniones en desafío de fuerza. La disparidad de temperamentos ayudará a conservar la amistad por más de una década. En algún tormentoso encuentro de esos meses Darío disipará el disgusto con esta cuarteta:

La palabra de Darío
la volverás a encontrar
cuando las ondas del río
sean las ondas del mar.

Se harán en adelante, como otros escritores, compañía en largos vagabundeos nocturnos: "¡qué tempestad de aguardiente!", anota nuestro poeta al resumir dos días y dos noches de farra, en discusiones que podían ser "sobre Cristo Nuestro Señor, sobre el poder de Venus, sobre el mérito de un salero de oro", como prosa el bardo nicaragüense, quien alguna vez habría reprochado a Blanco-Fombona, al mirar las primeras páginas del diario: "Usted me va a hacer un gran daño (...) más daño que todos mis enemigos juntos".

Ahora bien, pese a lo que escribiera o dijera en sus explosiones pendencieras, la admiración del venezolano hacia el arte de Darío no desaparecerá, y se va a manifestar en diversos momentos y maneras: "(...) yo no cambiaría su blasón de poeta por el del más empingorotado archiduque"; "¿No resplandece el castellano moderno, no vuela con alas de mariposa en las obras maestras de Rubén Darío...?"; o, en otro momento, "En verdad os digo que muchas veces encontraréis en la boca de este león el panal de miel de que habla el versículo de la Biblia".

En medio del intenso disfrute de la vida cultural parisina y sus estridencias, aparece la inconformidad consigo mismo: "No leo, no escribo, no pienso, no sueño. (...) Mi juventud, mis energías vuelan, sin que yo

me aperciba, y vuelan para no volver; vuelan llevándose la savia y la flor de mis abriles, vuelan dejándome, ¡ay! mustio, carcomido, estéril".

Don Juan y poeta

El autor de diarios, llenos de confesas contradicciones, se precia de su vida despreocupada, por la que a ratos se recrimina. Son el hombre y el artista, fundidos en la exaltación de la personalidad y el lirismo.

De 1901 es la anotación en *Viéndome vivir* que revela al seductor:

La carne ha ocupado buen lugar en mi vida. Soy sensual hasta la punta de las uñas. Sentimentalismo y sensualismo se juntan en mis amores. Ya sé que me esperan, según Dante, los huracanes del segundo círculo del infierno. Una sola vez en mi vida conocí el amor casto, el amor puro, el amor a lo Bernardino de Saint-Pierre (...). La duda, que en los asuntos del corazón se llama celos, ha puesto su mancha negra sobre mis mejores blancuras sentimentales. Cuando empiezo a enamorar, ya sé el proceso de mis afecciones, ya sé adónde me llevarán mi naturaleza y mis caprichos (...) las suposiciones más ridículas vienen a mi cabeza, los más estúpidos celos me asaltan; me trueco de amable y meloso en irónico y ofensivo, hasta convertir en un infierno mi propia vida y la vida de la que amo.

El más conocido episodio donjuanesco de Blanco-Fombona, descrito por él mismo, se desarrolla en el vapor "Cittá di Milano", en julio de 1908, en viaje de Francia a Venezuela. En la travesía corteja a una monjita napolitana –Sor Dorotea– quien ya en las redes del seductor y próxima a arribar a Colombia, su destino, le dice estar dispuesta a irse con él, a todo trance. Él intenta disuadirla con razones legales y, finalmente sin voluntad de cumplirlo, le promete mandar a buscarla, a lo que la joven responde: "Tú temes al obispo y yo no he temido a Dios. Tú tienes miedo a la cárcel y yo he desafiado al infierno...".

Sobre esta dimensión de su vida dejará algunos registros de sus caprichos, que asume con arrogancia: "Podría interesar a una mujer, proponiéndomelo, en la primera entrevista. Pero luego me aburro porque la mujer requiere solicitud; y aspira a que el menor de sus gestos sea norte de vuestra vida y de vuestras palabras y acciones", escribió en marzo de 1903.

Es simultáneo otro anhelo, como aparece en las líneas que traza en uno de sus regresos a Ámsterdam: "A mí lo que me hace falta es una

casita entre los árboles; agua, horizontes, soledad, un libro y una mujer, una sentimental que sepa mimarme y a quien yo pueda abrir mi corazón, contándole ternuras, sin ponerme en ridículo".

En esos vaivenes y los de la vida bohemia, se repiten sus exaltaciones poéticas y la confesión de sus vacíos de inspiración. Sobre ello, así escribe a mediados de 1904:

No busques, poeta, collares de rimas
en casas de orfebre. Cinceles y limas
ni labran ni pulen los cantos mejores;
los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores;
las dulces quimeras, los casos de angustia,
idilio que enflora, pasión que se mustia;
visiones de encanto
al vuelo de un tren;
y cosas de llanto
y cosas de bien.

Nombra "Explicaciones" al poema completo que aparecerá ese año en su *Pequeña ópera lírica*. Allí encuentra Picón Salas un camino de ruptura con el alambicamiento –"lo versallesco y decorativo, que era lo más accesible e imitable" en el modernismo– en busca de "un arte más instintivo y suyo, menos pulido y más elemental". No ha de entenderse esto como abandono a la mera espontaneidad. Un conciso y sugerente análisis del poeta Joaquín Marta Sosa nos persuade de que "tanto en sus poemas más civiles, comprometidos, políticos, épicos como en aquellos de atmósfera más íntima, personal, recogida", el irreverente poeta mantuvo su conciencia estética, manifiesta en la persistencia de una "personalísima voluntad suya de estilo" que, "con pocas excepciones, admite que lo poético requiere de un lenguaje propio y un tratamiento peculiar de los asuntos en que se implica".

El prólogo de Darío

Entre 1903 y 1904 el poeta y prosista envía escritos breves a España. Allí los publica la revista modernista *Helios*, dirigida por Juan Ramón

Jiménez y Gregorio Martínez Sierra. Su nombre también aparece en las páginas de *Nuestro Tiempo*, al lado de figuras literarias como don Miguel de Unamuno y don Ramón María del Valle-Inclán, y políticas como el dirigente socialista Pablo Iglesias. Igualmente, hace llegar sus textos a la revista dirigida por Gómez Carrillo, *El Nuevo Mercurio*, que cuenta con las firmas de Unamuno, Amado Nervo y Rubén Darío, entre otros.

Ya ha publicado sus *Cuentos Americanos* (1901), edición revisada de los *Cuentos de poeta* que tan elogiosamente había comentado Unamuno, luego traducida al francés (1903) y reeditada en España; *Autores americanos juzgados por españoles* (1902); *Más allá de los horizontes* (1903), páginas de impresiones de viaje con palabras iniciales de Enrique Gómez Carrillo; y el poemario *Pequeña ópera lírica* (1904), prologado por Rubén Darío.

No era el ya afamado nicaragüense dado a este tipo de escritura y, cuando la hizo, prefirió destinarla a libros de poesía de amigos suyos a quienes, con refinamiento poético, supo expresar la crítica junto al aprecio. Del venezolano, a quien dedica uno de los de mayor originalidad artística –como demuestra Mary Lee Cozad–, dice no gustarle su "fosco aspecto de ateísmo, tal contagio de superhombría germánica, tal llaneza de expresión", pero lo explica por "el cansancio, la tristeza urbana, la enfermedad de las lecturas, el residuo de las varias filosofías apuradas".

Estas líneas iniciales serán atesoradas por Blanco-Fombona hasta el final de sus días y reproducidas en su último poemario. Hay en ellas arte, delicadeza y afecto. Es preciso leer al menos algunos párrafos:

En cuanto a la persona del autor de esta Pequeña ópera lírica, diré que es un antiguo conocimiento mío. (...) Juntos visitamos frecuentemente, en sus horas laboriosas, al insigne Benvenuto Cellini, a quien solíamos acompañar, algún tiempo después, en la ciudad de Florencia, cuando salía de paseo y aventura, durante cuatro días que allí permaneció. Benvenuto le tenía en estima y cariño, porque mostraba un gentil hablar, una gallarda figura y un ímpetu brillante para cosas del placer y pendencia, además de sus relaciones con las musas, docto en finas rimas, finas dagas y finas palabras. (...)

Él tenía en veces súbitos ataques de intransigencia y ponía yo como escudo paciencia grande para no acabar tanto intelecto de amor en choque y sangre. (...)

Una noche, en una hostería, apaleó a un mozo, se armó camorra, sacó la espada, llegó la justicia; yo me escurrí. (...)

Apenas había comenzado a vivir verdaderamente y ya quería escribir el diario de su vida. Era injusto porque la juventud es pasión y la pasión no es justicia. (...)

Amador del gozo, había sido desde la infancia sabedor de sufrimiento; y en su fragante primavera, miraba a todos lados azorado, cual si sospechase que iban de pronto a salir cabezas de lobos entre las rosas. Desconfiaba de la más dulce amistad, pues en el corazón de cada próximo bien podía haber un nudo de perfidias. Gustaba largamente del buen vino de España, del excelente acero, de la carne en flor. Se exaltaba con facilidad, mas de la violencia pasaba en un instante a la blandura.

Así reconstruye la "camorra" el autor privilegiado con tan hermoso prólogo:

Eso es verídico. Solo que la ciudad no fue la del Arno, sino la del Sena; sucedió la ocurrencia no en villana hostería, sino en el Grand Café, y la época fue la de Rubén Darío y no la de Benvenuto. En vez de espada se blandió un bastón; y el poeta se escurrió, es cierto, pero no con tanta presteza que no lo alcanzaran y lo llevasen junto conmigo a la prevención.

Lee el final de esas palabras como superstición, como señal: "Un nuestro amigo romano me dijo saber que habiendo partido a un país lejano, y entrado en guerras, se había hecho coronar Rey. Otro me refirió que lo habían matado". Tiene en mente a Venezuela, la Presidencia, quizá la muerte prematura en un episodio que quisiera lleno de heroísmo.

Lances de honor

Quien trae consigo la leyenda de los enfrentamientos con la policía de Nueva York, los edecanes de Benjamín Ruiz en Maracaibo y los del presidente Ignacio Andrade en El Valle, será tentado muchas veces por la confrontación personal, llana y simple, así como por desafíos formales a duelo, como en los que entonces aún derivaban, y pretendían solución, disputas de honor entre caballeros.

Dedica unas cuantas líneas de su diario a describir las circunstancias y el desenlace de uno de esos desafíos, motivado por la supresión, a última hora, de un artículo suyo de la revista *La Renaissance Latine* y las descortesías de los redactores. Sucede en los primeros días de diciembre de 1902. Comenta: "Estos hombres no saben qué culebra han pisado.

Hoy mismo, contra la voluntad de todo el mundo, envío un cartel de desafío al Príncipe de Bracorán (el director de la revista) haciéndolo responsable de la grosería de sus súbditos".

Se refería a los señores Binet-Valner, redactor en jefe, y Albert-Erlande, secretario de redacción. El lance cumple con todos los protocolos del caso y, al recibir a dos pares de padrinos -Marcel Boulenger y André Labeya en nombre de Binet-Valner, y el Conde Gilvert des Voisins y otro Boulenger en representación de Erlande-, queda acordado el doble duelo. El primero será de espadas, y el esgrimista recibe consejo de sus amigos espadachines y escritores. La noche previa al encuentro escribe:

Leo varias veces el proceso verbal, me visto ropa interior limpia, me fricciono con agua de colonia y arreglo todo para mañana. Me han entrado hasta ganas de hacer mi testamento, pero me parece ridículo. Lo que posea es para mis hermanitos por partes iguales, y una porción igual, como a un hermano, para mi primo Alberto Zérega. No puedo negarlo, estoy nervioso. ¿Podré dormir?

Resuelto el primer lance, sin muerte alguna que lamentar, se batió dos días después en duelo a pistolas en el mismo lugar -Parc des Princes- con igual resultado. Luego anotará: "El combate a pistola es ridículo, o es trágico; pero generalmente es ridículo, porque no todo el mundo es tirador como Buffalo-Bill".

En las circunstancias, su descripción y calificación, está presente el espíritu de la época, el carácter del personaje, su cultivo de la esgrima y el arma siempre cercana. De modo que el estilo del diario no resta verosimilitud al cuadro.

Años después, en 1911, dejará anotada la suspensión de un lance con Tito Salas, en París, gracias al poeta Gómez Carrillo -también duelista y ducho en la esgrima- quien hace de mediador con todas las formalidades del caso. Y en lugar de enfrentamiento, nos dice el diario, terminan "en parrandón y muestras de afecto".

En 1931, al cumplir cincuenta y seis años, anota: "Desde el día de los bastonazos al periodista Alonso, he resuelto cambiar". Enseguida leemos, de quien se ha visto debilitado por problemas de salud: "Que me falte primero la vida que el vigor".

La vocación de hombre de acción también lo encontrará siempre dispuesto a conspirar y armas tomar en lances colectivos. De ello deja trazos en *Viéndome vivir* cuando, en 1901, narra que estuvo explorando en Bruselas la posibilidad de estudiar para hacer carrera militar. Con otro sentido, a comienzos de 1903, cuenta haber considerado favorablemente incorporarse a un proyecto "bello y osado" de invadir Alsacia y, enseguida, manifiesta su recurrente sentimiento de predestinación: "Comprendo que he nacido para estas cosas grandes. Si uno es poeta de veras, debe probarlo, no rimando canciones, sino haciéndose digno de cantos. La poesía, quien la lleva por dentro, inspira no solo verso, sino acciones. Una vida vale más que un poema".

Ante el bloqueo

Los intelectuales latinoamericanos que se encuentran en la capital francesa, en aquel umbral entre dos siglos, discurren y escriben estimulados por el cosmopolitismo y la aceleración de los cambios, la luminosidad y los aspectos sombríos que apenas se vislumbran.

Al final del siglo XIX, las guerras y los acuerdos que las siguieron pretendieron haber logrado una cartografía política definitiva. En pocos años se comprobaría dolorosamente el error de tal certeza. Hispanoamérica, en cambio, tenía muy cercana en su memoria la precariedad de sus coordenadas de soberanía. Recordemos apenas algunas situaciones: la guerra entre Estados Unidos y España (1898), que trastocó –entre otras cosas– el proceso de independencia de Cuba; el ya mencionado arbitraje y Laudo de París (1899), que tanto desfavoreció a Venezuela en la disputa territorial con Gran Bretaña, y la competencia entre ingleses y estadounidenses por la construcción y el control de un canal interoceánico en Centroamérica, que provocaría la Independencia de Panamá (1903) con expreso aliento y apoyo de Estados Unidos. Antes, entre diciembre de 1902 y febrero de 1903, se había producido el bloqueo y ataque anglo-alemán a las costas de Venezuela para cobrar compulsivamente deudas originadas en las reclamaciones más diversas.

Autores y libros hispanoamericanos reflejarán entonces la búsqueda de lo propio, por contraste con Europa y Estados Unidos, con explícito

sentimiento antiimperialista enlazado a la aspiración de unidad latinoamericana. Basta recordar apenas tres títulos de autores cercanos a Rufino Blanco-Fombona, en quienes se unen la vocación por las letras y el interés por los problemas latinoamericanos: *El porvenir de la América Española* (1910), de Manuel Ugarte, y *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), de Francisco García Calderón.

Como otros de sus contemporáneos, el venezolano había cultivado la perspectiva antiimperialista, particularmente respecto a los norteamericanos. Justo antes del bloqueo, había publicado en París un breve texto –*La americanización del mundo* (1902)– que confrontaba la homónima publicación de un escritor inglés, William Thomas Stead, quien proponía la alianza entre Inglaterra y Estados Unidos. Advierte allí las acechanzas internacionales sobre las frágiles naciones latinoamericanas y propone –ante las ideas de pangermanismo, paneslavismo o panlatinismo– un proyecto panhispano, o una alianza lusohispanoamericana. Considera en ese momento que es urgente convocar un congreso de plenipotenciarios latinoamericanos para procurar un acuerdo que dé forma a la solidaridad "para guardar el continente para sí, para la raza que lo posee".

Vale adelantar que casi una década después, en su obra *La evolución política y social de Hispanoamérica* (1911), volverá sobre esta argumentación y, tras lamentar la inconsistencia de los intentos de unión latinoamericana –cuyos lazos se ajustan ante las amenazas pero se aflojan una vez que se aleja el peligro–, señala que se precisan dos nuevas corrientes en las relaciones de Hispanoamérica con el mundo: "...el panamericanismo, con la influencia predominante del elemento angloamericano, y el panhispanismo, que tiende a contrarrestar y evadir esa influencia en obsequio de intereses raciales, contra los argumentos de mancomunidad continental".

Corre el mes de agosto de 1901 cuando, preocupado por el conflicto de Venezuela con Colombia, escribe al presidente Castro: "Si se conjurase el actual peligro de la guerra con Colombia, U. que ha alcanzado con esta tempestad renombre europeo y americano de hombre superior, U., digo, podría hacer mucho para una alianza latino-americana en

contra del panamericanismo". Dos meses después, escribirá que la política exterior venezolana y de los demás países latinoamericanos debe "valerse del monroísmo contra Europa, y de la idea latina, que es necesario fomentar, y de los intereses comerciales de Europa contra los Estados Unidos".

Para hacer explícita la fórmula realista, añade que para evitar depender de los negocios de un solo país: "De una política de rivalidad, sabiamente balanceada, podrán vivir nuestras raquíticas nacionalidades".

No cesa en los años por venir su insistencia en la importancia de cultivar lazos con Europa y, específicamente, en la proximidad con España, a cuya construcción cultural ha de contribuir de modo encomiable en los años más productivos de su vida.

En 1902, del 7 al 9 de diciembre, entre el ultimátum y la orden de fuego contra la flota venezolana desde los buques *Panther* (alemán) y *Retribution* (inglés), quedaba expuesta la total vulnerabilidad del país deudor ante la *Diplomacia con cañones (1895-1905)*, título del estudio que con amplia perspectiva histórica publicará en 1975 Miriam Blanco-Fombona de Hood, hija de Humberto. El tío, citado al comienzo del libro, escribió en los días del bloqueo el poema "Guillermo II", que así inicia su feroz descalificación del Káiser: "Es un monarca aparatoso / este Nerón de pacotilla".

El bloqueo fue una agresión inadmisible, de extrema gravedad, que habría de merecer reacciones de solidaridad y respuestas internacionales. Entre ellas destaca la conocida tesis del Canciller de Argentina, Luis María Drago, que quedó bautizada con su nombre, como doctrina.

Por su parte, nuestro poeta y Cónsul escribirá al presidente Cipriano Castro una carta, fechada 19 de diciembre de 1902, con un crudo diagnóstico sobre la debilidad del país, a la vez que precisas recomendaciones. Considera que la situación venezolana deriva del aislamiento, por carencia de un buen servicio exterior y el desorden interior del país; le parece adecuado que se haya excarcelado a revolucionarios presos, pero propone medidas adicionales: fusilamiento para los que persistan en las armas contra el Gobierno y renovación del gabinete con ex presidentes y otras personalidades que inspiren confianza. Respecto a los aliados, recomienda estrechar vínculos con países latinoamericanos –en primer lugar, con México, Brasil, Argentina, Chile

y Colombia– y, en cuanto a Estados Unidos, procurar "el ala del águila norte-americana; pero sin olvidar un punto en que la sombra de esa ala, como la del manzanillo, es mortal". Indica también el acercamiento comercial a pequeños estados europeos –como Holanda, Bélgica y España– a la vez que el mejoramiento de la proyección hacia el resto de Europa desde Francia.

Iba adjunta una entrevista publicada en el diario *Le Français*: "Conversación con el Cónsul de Venezuela en Ámsterdam. La doctrina de Monroe y el presidente Castro". Allí, el entrevistado considera una probable intervención de Estados Unidos en nombre de la doctrina de Monroe, pero advierte sobre la "complejidad" de tal doctrina: bien como protección de la intervención de Europa en América, mal por el riesgo de que consagre la de Estados Unidos. Insiste en que, por lo pronto, la seguridad de Venezuela está bien defendida, a cargo como se encuentra de la presidencia "un hombre sobresaliente", de "inteligencia clara, de carácter enérgico y dominante".

Esa carta a Castro lleva también una posdata con una solicitud, en los días de la Revolución Libertadora (1901-1903): "Yo no oí las invitaciones que se me hacían a menudo para la revolución; desgraciadamente mis hermanos sí las oyeron. En la cárcel de Caracas hay un joven de nombre Augusto; yo no creo que si Ud. lo pone en libertad peligra el gobierno".

En una nota de finales de 1901, dejaba escrita en su diario su preocupación por lo más cercano, no sin cierta dosis de sarcasmo:

Dos cosas me preocupan: la suerte de mis hermanitos y la suerte de mi patria. Me duele en lo más íntimo la orfandad de mis hermanos y la deficiencia de la educación que reciben. No hay ninguno torpe, sino todo lo contrario. Algunos de ellos podrían culminar por la inteligencia, caso de que el estudio les prestara un apoyo. Pienso traerme a dos hermanitos próximamente. Los enviaré primero a Inglaterra para que olviden las soñaciones atávicas de raza y de familia, para que abran los ojos a la verdad, para que se endurezcan y aprendan a ser egoístas y sacar ventaja de todo, hasta del infortunio; después los enviaré a París a que se pulan, adquieran tacto, barniz de enciclopedismo, amor del arte, conocimiento de las mujeres, poder de la lisonja y demás virtudes de Francia, como la garrulería. Con ese lastre ya no se irán a pique. Cuanto a los caminos del éxito, no se aprenden a conocer en la geografía. La Escuela no los enseña, sino el instinto.

Durante y después del bloqueo su ansiedad por el país y su familia debió ser mucho mayor. El afán de regresar a Venezuela está en muchas líneas y entrelíneas de *Viéndome vivir y La novela de dos años*.

Ha esbozado un plan para transformar su país, es vasto y a la vez breve: inmigración española y del norte de Europa; educación y creación de ciudadanos; desarrollo de las comunicaciones; estudio de Estados Unidos, sin caer bajo su influencia y control; reforma y profesionalización de la administración pública; fortalecimiento material y organizativo de las Fuerzas Armadas, con un buen sistema de defensa naval; nuevas bases para la economía nacional y creación de pequeños propietarios que posean la tierra que trabajan; colonización de las fronteras; unión con Colombia, menos en política extranjera; trabajo por la unidad hispanoamericana y con España; "latinidad contra los yanquis" y "americanidad" frente a los europeos; atención al riesgo de los desbalances geopolíticos regionales (con mención del peso de Brasil); estímulo a la independencia de las colonias europeas en América, comenzando por Canadá. Respecto al orden interno, propone crear una guardia civil como la española para acabar con bandoleros y revoluciones y "enseñar que a los tiranos se les debe castigar con dinamita, personalmente, y no por alzamientos".

Comenzando septiembre de 1904 escribe: "¡Si yo fuera a Venezuela y ese hombre me oyese!". Ya ha cumplido 30 años y quiere tener presencia y actuar en su país.

Orinoco arriba, **contra la corriente**

Rufino Blanco-Fombona deja el consulado en Ámsterdam para volver a Caracas en septiembre de 1904.

Regresa de la bohemia, los viajes, las tertulias y los papeles, pero sin haber dejado de estar atento a la situación de su país y a los rápidos giros de la política mundial. Tampoco ha dejado de estar presente en la prensa de Caracas. Ha mantenido sus contribuciones, cierto que con menos frecuencia, lo que alguna vez atribuyó y reprochó a los amigos que "no quieren que yo piense como yo, sino como ellos", pues habían desaconsejado la publicación de algunos de sus artículos.

Por lo que él mismo precisó en *La novela de dos años* sobre esos escritos, estaban llenos de referencias muy crudas sobre la política inglesa ("Ved la fórmula de la Gran Bretaña: libertad para sí; esclavitud para los demás"); el anarquismo (del asesino del presidente William McKinley pregunta: "¡Czolgosz!!!!! ¿Nadie escribirá de ti, mártir generoso?"); la política externa estadounidense (sobre el héroe de la volátil independencia filipina en 1898, Emilio Aguinaldo, exclama: "¡Pobre guerrero vendido! ¡Pobre gran patriota asado en la parrilla de los porqueros de Chicago!"); y todas las potencias (que en su campaña contra China, denuncia, "no mataron, asesinaron; no robaron, pillaron; no desearon la mujer del prójimo, sino la violaron").

No serán menos polémicas sus miradas al subcontinente al que está regresando: lamenta la "vía láctea de países microscópicos" en que quedó convertida Hispanoamérica, débil frente a Europa y Estados Unidos. Mide el contraste con la sociedad para la que Washington quería vida "retirada, modesta, ajena a los grandes combates e ideales de los pueblos por el dominio del mundo y el imperio y difusión de la propia cultura". Ironía, considera, que los estadounidenses realicen "lo que para nosotros quiso Bolívar".

Respecto a Venezuela, toma distancia del realismo positivista que va echando raíces. Insiste en la actitud crítica, ni fría ni patriotera: "A nuestra patria debemos amarla tal como sea; pero (...) aprender a verla como es y como podría llegar a ser (...) impulsarla, obligarla, por amor mismo, para que sea mejor". Con ese ánimo y la disposición a actuar llega a su terruño.

De Caracas a Ciudad Bolívar

En los últimos meses de 1904, cuando se reinstala en Caracas, el gobierno de Cipriano Castro, que ya ha superado diplomáticamente la crisis del bloqueo y derrotado militar y políticamente la Revolución Libertadora, luce afianzado. Es más, ha impulsado una reforma constitucional para permitir al "Cabito" mantenerse en el poder provisionalmente hasta 1905 y presentarse a la reelección para el período 1905-1911.

Se estaban, por tanto, organizando las elecciones y, cercano como era el recién llegado a los círculos gubernamentales, el Gran Consejo Electoral lo incorpora como Secretario, cargo desde el cual apoyará la candidatura de Castro.

De sus impresiones sobre el Gobierno, no podía faltar la observación sobre el Presidente que "no piensa sino en bailar" en fiestas interminables, en las que con los favores y arreglos de colaboradores cercanos –que así aumentan su cercanía al poder y a sus repartos– incurre en escandalosos excesos.

En 1905 comienza a escribir en *El Cojo Ilustrado* las "Notículas" –con apuntes de viajes, comentarios a sucesos, autores y libros– que reunirá en *La lámpara de Aladino* (1915).

El sábado previo al Carnaval de 1905, quien esperaba una posición en el Gobierno que le permitiera influir en grandes decisiones y políticas, es citado en Miraflores por el Secretario General del Presidente para ofrecerle la Gobernación del Territorio Amazonas. Aunque sus aspiraciones eran distintas, acepta el cargo que lo llevará Orinoco arriba.

Esta decisión tiene como efecto inmediato que el reencuentro que habían logrado los hermanos Blanco-Fombona, trece años después de la muerte de los padres, se deshaga nuevamente. El recién designado gobernador pasa el Carnaval en la casa familiar, con la alegría de la compañía de la hermana Isabel y sus amigas... "Una noche se bailó", anota con una sobriedad ajena a sus notas europeas, sobre los días cuando preparaba el apresurado viaje al sur de Venezuela.

El movimiento al Amazonas va a ser una aventura inimaginable para quien venía de la experiencia cosmopolita.

La primera parte del largo viaje supuso cinco días de navegación desde La Guaira a bordo del *Manzanares*, bordeando la costa oriental hasta el delta del Orinoco y por el cauce del gran río. Así describe el encuentro con Ciudad Bolívar: "...en la bruma del amanecer, con sus torres blancas, sus casas blancas, sus contornos áridos y en el fondo una pirámide berroqueña, aparecía en el horizonte, acurrucada sobre una roca, a orillas del famoso Río". Recuerda el fusilamiento de Piar en 1817 y la fundación de la Gran Colombia en 1819.

Todo indica que viajó solo y que sus hermanos Haroldo y Augusto se reunieron luego con él en Ciudad Bolívar. Allí también se encontraría con el barinés Alfredo Arvelo Larriva, buen conocedor del Territorio Amazonas, donde había estado entre 1901 y 1903 por negocios familiares relacionados con la explotación de caucho en la zona del Río Negro.

Detengámonos en este joven poeta, a quien Blanco-Fombona conocía por los versos que desde enero de 1903 publicaba en *El Cojo Ilustrado*.

En 1905, a sus 21 años, Arvelo Larriva llegó por vez primera a Caracas. Así describe Luis Alejandro Angulo Arvelo en *El fauno cautivo* al personaje ya entonces estimado y respetado por su biografiado: "...pudo conocer a intelectuales de gran prestancia en el país y, desde luego, a Rufino Blanco-Fombona, al que probablemente admiraba más, ya

bastante influyente en ese círculo y, en general, en el mundo de las letras venezolanas", quien aparte de sus escritos, viajes y cargos, era conocido como "político raras veces, impolítico casi siempre, hombre de rompe y rasga, huésped de varias cárceles, y duelista a espada, a plomo, a pluma o a palos".

En Ciudad Bolívar, ya reunidos los Blanco-Fombona y sus acompañantes, debieron ocuparse de preparativos que se prolongaron más de lo previsto, postergando el largo viaje por el Alto Orinoco. Los viajeros eran llamados "legión de diablos sueltos" por alguno de los habitantes de la apacible ciudad.

En el Hotel Guevara, donde se hospedaban, ocurrió un altercado entre el dueño del hotel y el poeta barinés. Éste, desalojado y en trance de mudarse a otro hospedaje, terminó enfrentándose y dando muerte al hotelero. Quedará preso en Ciudad Bolívar, acusado de homicidio. No puede imaginar que permanecerá encarcelado por esa causa hasta 1913.

El nuevo gobernador del Territorio Amazonas deberá seguir su viaje "con el dolor de dejar a Arvelo Larriva en la cárcel". Así se lee en el cuaderno que nos servirá de guía para conocer los acontecimientos de aquellas semanas.

Por el río inmenso

De Ciudad Bolívar a Caicara, frente a la desembocadura del Apure en el Orinoco, el viaje transcurrió a bordo de un vapor con "música, champaña y compañía de innúmeros caraqueños que se enderezaban para sus negocios a los llanos de Apure".

El trayecto que vendrá luego para Rufino Blanco-Fombona y su pequeño grupo será muy distinto: en piragua, a vela y remo, con tripulación de indios. Así lo describe en sus notas:

Iba allí, Dios sabe cómo, bajo provisional y arqueado techo de palmas, toda la expedición: mis hermanos Augusto y Haroldo, Francisco Alvarado, que iba a ser mi secretario; Rafael Benavides Ponce, que se devolvió un poco más adelante, y un criado; además el patrón del barco y cuatro marineros.

Les acompañaba otra embarcación, en la que un cauchero de Río Negro les servía de guía.

El relato del viaje –una reconstrucción posterior de las páginas perdidas de su diario– está lleno de matices poéticos.

Narra la navegación por el Orinoco "inmenso, reverberando al sol, como un río de plata y de oro, hasta perderse de vista en el horizonte". De la selva describe la partida de "garzas róseas, de un rosa pálido, y albicantes de nieve"; sobre alguna peña, observa "una garza impoluta, cristalización de espumas clarísimas". Otras veces, ve partir "verdes vuelos estridentes" de loros y pericos, cuando no "una bandera caprichosa, azul, rosada, verde, roja y amarilla" que "abigarraba el cielo con sus detonantes colores".

Orinoco arriba, contrasta el paisaje de las dos riveras del cauce que "separa dos regiones de distintas naturalezas: a la margen derecha (...) empieza una zona quebrada de bosques, la selva; a la margen izquierda se tiende, interminable, la pampa llana, cubierta de gramíneas y sellada de ganados". Enseguida narra la "escena indescriptible" de una noche de tempestad:

Y los llanos y el río y el cielo y la selva, todo comenzó a iluminarse a la luz de los relámpagos, no de fugaces relámpagos, sino de relampagazos lentos, vastos, magníficos. Espectáculo nunca visto por nuestros ojos, y que nos sobrecogía de espanto y nos llenaba, al propio tiempo, de encanto.

El cielo se abría, al Este, cada medio minuto, y de aquella apertura salía no un zigzag de oro, no una raya de fuego, no un chorro de luz, sino una pálida y luenga llamarada que se espaciaba, iluminando toda la pampa y reverberando en el solemne río, cuyas aguas, de turbias, corrían trocándose en aguas de topacio.

El Orinoco rugía como el mar. La naturaleza nos hacía la revelación de su fuerza y magnificencia. Era imposible no pensar en la infinita pequeñez del hombre ante aquella potencia de los elementos.

Maravillado ante la naturaleza virgen, llegará a escribir con mirada retrospectiva: "París, Berlín, Roma, Londres, Varsovia, Bruselas, Madrid, Ámsterdam, ciudades en las que viví, o por las que pasé, me parecían cosa de artificio, incompatibles con lo íntimo de mi ser". También reconoce que "El Territorio Amazonas, entre los límites de Brasil, Colombia y Venezuela, es un fragmento de América tan crudo, en pleno siglo XX, como la América de los Conquistadores". Y sí que lo era.

En el trayecto, recibe noticias de que el gobernador al que debía sustituir estaba moribundo, se decía que por envenenamiento. Se van confirmando los peores temores respecto a la resistencia y violencia que esperan a quien ha viajado con poca compañía, indefenso. Ni miedos ni lluvias que van y vienen ni lo pesado de la travesía le restan entusiasmo al caraqueño. Lee poesía, ensaya versos (alguno que califica detestable: "Yo tengo el alma antigua de los conquistadores"), imagina a Bolívar de regreso de la Nueva Granada escribiendo sobre esas aguas su mensaje al Congreso de Angostura, y piensa en quienes surcaron el gran río en busca del Dorado, en aventureros y guerreros, desde el conquistador Diego de Ordaz hasta el libertador Manuel Cedeño.

De la piragua a una gabarra y luego a caballo y curiara, a través de corrientes de agua, terrenos y vegetaciones cambiantes, el viaje depara muchas dificultades, pero también inspiradoras imágenes:

Mientras cruzábamos aquellos bravíos paisajes iba pensando en los maravillosos conquistadores españoles del siglo XVI, profesores de energía con quienes la historia ha sido mezquina en justicia; en aquellos gigantes de voluntad acerada, que vencieron a los hombres después de vencer a la naturaleza; en aquellos para quienes no fueron valla Andes bastante empinados, Orinocos bastante profundos, calor bastante tórrido, fiebres mortales, alimañas feroces y una humanidad desconocida y, en muchas partes, guerrera.

En recorrido que hasta el presente no cabe sino pensar como riesgosa aventura, llegaron los viajeros, en su bamboleante embarcación, a los Raudales de Atures:

El monte avanza contra la corriente sus proas de granito que el ímpetu del Orinoco ha ido lentamente desmigajando. Esas migajas de roca, esos fragmentos de piedra, no son vil rocalla, menudo ripio, sino peñas gigantes, redondas, como cúpulas de sumergidos templos; otras veces las rocas se levantan erguidas como estelas, monolitos, muros, o esbeltas como árboles en selva de berroqueña y tupida vegetación.

Tras cruzar esta "puerta de piedra, puerta sellada que puso la naturaleza a la civilización", el nuevo mandatario del Amazonas se sentía dentro de los límites de su "Ínsula Barataria".

La blanca capital

Desde el Orinoco, remontando el Guaviare y luego el Atabapo –río de "aguas rojas" de las que los golpes del remo "no levantan, sin embargo, rubíes, sino topacios, franjas y chispas de un amarillo de ámbar"– arriban el mandatario regional y sus acompañantes a la capital del Territorio Amazonas, San Fernando de Atabapo, "la blanca", cuyas casas se reflejan en el río "como grupo de garzas".

La recepción les dejó sensaciones ambivalentes: una relativa multitud próxima a la playa, en la que los vecinos disparaban al aire con sus *winchester*.

Blanco-Fombona creó un Consejo Municipal, decretó la instalación de escuelas en cada pueblo, proyectó carreteras y bienhechurías para la ciudad –Casa de Gobernación, Escuela, Iglesia y Cárcel–, se propuso el estudio de las tribus y sus lenguas, planeó una expedición a las cabeceras del Orinoco, contactó a un estudioso de las riquezas del Ventuari, en tanto que enviaba a su hermano Haroldo a Caracas, con una carta dirigida a Cipriano Castro, "sabiendo que la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios". En esa comunicación solicitaba maestros para las escuelas, materiales y personal para trabajos de construcción y armas para la fuerza pública, lo que en su casi totalidad se proponía pagar con concesiones de cauchales.

Eran muchas las iniciativas y proyectos, pero los problemas comenzaron muy pronto, "con la velocidad del relámpago". Se encuentra en "uno de los rincones más hermosos, fértiles, ricos e incógnitos del planeta", suerte de "país de fábula", pero también,

> *...inmenso, despoblado, donde se viaja días y días sin encontrar un alma, sin comunicación con grandes centros, opulento, carente de una justicia severa y vigilante, carente de policía, de ejército, de efectivo control de ninguna especie, sin telégrafo, sin teléfono, sin correos, sin comunicaciones y tan lleno de pillos –de pillos nacionales e internacionales...*

Ya era largo el historial de gobernadores caídos en desgracia y, rápidamente, el recién llegado engrosará la lista. Anota en su memoria que su negativa a hacerse parte del negocio con los cauchales que le propusieron en su paso por Ciudad Bolívar Luis Varela y Eliseo Vivas Pérez, presidente y secretario general del estado Bolívar, provocó

que estos encargaran al general Víctor Modesto Aldana de echar del Territorio Amazonas al nuevo mandatario. El propio Aldana estaba interesado en controlar políticamente la región y era sospechoso del envenenamiento del recién fallecido gobernador Díaz.

Los acontecimientos se precipitaron rápidamente: habiendo colocado partidarios suyos en el Atabapo, frente a la capital y en los alrededores de la Gobernación, Aldana le pidió la renuncia a Blanco-Fombona en medio del revuelo callejero. En lugar de aceptar y tomar la pluma para firmar, el desafiado cuenta que tomó un arma. En la trifulca, el agresor huyó herido y, una vez en Ciudad Bolívar, comunicó al presidente Castro que su designado se había levantado contra el Gobierno en Río Negro.

En persecución de Aldana, el Gobernador llegó a Ciudad Bolívar. De inmediato, al desembarcar, Varela y Vivas lo mandaron a encarcelar en el Cuartel de Policía.

Cayó preso el 5 de julio de 1905. Su prisión se prolongaría por diez meses.

Del Cuartel de Policía lo mudaron, en pocos días, a la Cárcel de Ciudad Bolívar. Seis meses después –fracasado, felizmente, el plan de enviarlo a la prisión de Río Negro– era trasladado a la Prefectura de La Guaira y enseguida al Cuartel de Policía de Caracas, de donde finalmente saldrá en libertad en mayo de 1906.

El hombre de hierro

A finales de julio de 1905, Blanco-Fombona se había reencontrado con Arvelo Larriva en la Cárcel de Ciudad Bolívar, donde compartieron la misma celda por un par de meses. "Fue un milagro que no hubieran reñido entonces por cualquier motivo, según la costumbre del uno y del otro", leemos en las páginas de *El Fauno Cautivo*.

Lo cierto es que el Gobernador desplazado por la fuerza está en situación de completa indefensión y el poeta barinés es buena y solidaria compañía para quien ha sido mal puesto por sus captores con el Presidente, presentándolo como cabecilla de una rebelión en Amazonas. Está incomunicado y sometido a un proceso judicial controlado por el presidente del estado, enemigo jurado. Teme por su vida, por lo que decide confiar sus papeles al amigo Juan Fernández Hurtado y planifica

la publicación de lo escrito hasta entonces: crítica literaria, cuentos y novelines, "notículas", versos y "que se publique el diario íntegro".

Igual, su pluma no tiene descanso. Aparte de las anotaciones diarias, tiene en mente una novela. En ocho semanas la habrá terminado: "... anoche a las nueve -escribe el 7 de noviembre de 1905- terminé mi novela, que llevará por título *El hombre de hierro*". En el Liminar del que llamará "efímero novelín" advierte: "...no deseo que se confundan mis ideas ni mis opiniones políticas con las que expresan personajes en acción". Y sigue con una referencia a Castro:

Del Presidente Castro he sido y soy admirador y amigo. Creo firmemente que si el General Castro, hoy enfermo, llegara a faltarnos antes de cumplir su período constitucional, Venezuela se daría cuenta cabal -y sólo entonces- de quién es y cuánto representa ese hombre famoso.

El título de la novela se refiere al personaje central, que en su "Historia de Libros" Blanco-Fombona describe como "un hombre de gelatina, un hombre honrado, pero sin malicia ni voluntad", que "es víctima de la vida", pues "le falta lo que se necesita en el medio en que vivió, lo que tiene su pueblo: pillería. Por eso sucumbe".

El relato contiene la historia de amor y desamor entre Crispín y María. Él es el hombre de hierro, engañado, abusado en su ingenuidad y dogmática simpleza, en una trama que se despliega en la Caracas de comienzos del siglo XX. La historia se entreteje con el drama de un país lleno de posibilidades, donde no cesan las revoluciones; una nación que se debilita ante sí y ante el mundo en el contraste entre los proyectos de progreso material y los vacíos de ideas e identidad propias.

En la novela están muy presentes vivencias del autor manifiestas en sus diarios: su modo de ver a Venezuela, sus problemas y debilidades, pero también sus oportunidades y bellezas. Atengámonos a un par de fragmentos.

Respecto a las revoluciones -con el escepticismo de quien ha visto desde su infancia una larga sucesión- leemos hacia el final de la novela:

Joaquín les dejó, al partir, la proclama del jefe insurrecto, publicada en Caracas y circulando ya, de fijo, en todo el país; una proclama impresa, repartida con antelación

al alzamiento, ampulosa, como buen documento subversivo, en donde se juraba derrocar la tiranía, salvar la patria y difundir, a bayoneta limpia, la felicidad. Allí se invitaba a los venezolanos, con toda la altisonancia de nuestro altisonante lenguaje político, a cumplir la tremenda obra de redención.

Prosigue describiendo el entusiasmo que el enrevesado documento despertaba en peones y campesinos, "improvisada carne de cañón, futuras víctimas", provistos de rudimentarias armas para el combate.

El capítulo que incluye esta rebelión había sido adelantado en *Cuentos Americanos* bajo el título "Un Alzamiento" y de ese mismo libro es oportuno recordar un relato afín, "Democracia criolla". Este describe una campaña electoral en la que los ganaderos y sus seguidores campesinos "ignorantes de todo, hasta de la función electoral que iban a practicar", confundían sin remedio la campaña por votos, con un alzamiento en armas contra el Gobierno: el único método "electoral" que conocían.

En cuanto al país, encontramos en *El hombre de hierro* referencias a las riquezas naturales –con detallada descripción de las amazónicas– y adelantos materiales, como la ruta a La Guaira en tren. También una hermosa descripción de Caracas, desde El Calvario, al despuntar el siglo XX:

Ya serían las siete. Por las calles empezaban a hormiguear los transeúntes. (...) Aquella población, chata, como una ciudad griega; pintoresca, como una ciudad árabe; encajonada en el valle, surcada de cuatro riachuelos y ceñida por un cintillo de montañas verdes y azules; aquella ciudad de techos rojos, entre verdes jardines, con su blanca torre de la Catedral en el centro, como un atalaya, su claro cielo azul atravesado por vuelos de palomas y sus tapias por donde saca la copa un rumoroso chaguaramo, o languidece un sauce o trepan rosadas trinitarias, hacía evocar, como evocó Rosalía, los versos de La vuelta a la patria del gran poeta Juan Antonio Pérez Bonalde.

Es la capital que el reo de Ciudad Bolívar extraña. Quizá teniéndola en mente y también pensando en los hermanos que le han acompañado fielmente en esta desafortunada designación –Horacio y especialmente Augusto, cuya salud es muy frágil–, se pregunte cómo aceptó la complicada Gobernación. No parece lamentarlo. Él es el polo opuesto al apocado Crispín Luz, "el hombre de hierro".

Aun no siendo tan explícita en la crítica a la política y los políticos de su tiempo como otras novelas que vendrán del mismo puño y letra, la Imprenta Nacional suspendió la publicación de *El hombre de hierro* hasta que fuesen modificadas o suprimidas quince páginas del manuscrito. El autor se negó y solicitó le devolvieran los pliegos, que entregó luego a la Tipografía Americana. El libro salió a la venta en 1907, con razonable éxito, a juzgar por sus cuatro ediciones en trece años y la traducción al italiano en 1930.

Traicionar **al traidor**

El encarcelamiento de Rufino Blanco-Fombona habría de extenderse hasta mayo de 1906, solo que gracias al empeño de sus hermanos y la pericia de sus abogados, terminó de cumplirlo en Caracas. El 25 de diciembre de 1905 parte en el vapor "Restaurador", del que desembarca en La Guaira. Allí termina el año, teniendo por prisión la propia Prefectura, "sin guardia ni espías; con todo género de comodidades".

Inspirado en el encierro, publicará su poema "De la mazmorra", dedicado a Gómez Carrillo, uno de los amigos que le ha ofrecido palabras de aliento durante su presidio. Tras un epígrafe de Oscar Wilde, cuyo *De Profundis* (1905) consideraba "obra de sinceridad y de martirio", comienza la poética denuncia:

Mi cautiverio es ruda inharmonía
que en la copa del sauce y del maría
los pájaros censuran con su canto.

A principios de enero de 1906 es trasladado a la cárcel de Caracas. El 27 de abril, día que llegó la orden de excarcelación, reseña su agradecimiento al alcalde Gutiérrez Méndez, "que me ha tenido entre sus garras sin que sangraran mi cuerpo ni mi alma".

Ha iniciado en ese cautiverio un estudio sobre la Guerra a Muerte que dará origen a un artículo, un prólogo a la edición francesa de la *Biografía de José Félix Ribas* por Juan Vicente González, un ensayo más extenso y un soneto (1907):

La patria en cruz y con las venas rotas
cintila, salpicada de rubíes;
las campanas son todas de alelíes
bermejos, y de grana las garzotas.

¿No perecen millares de patriotas
en los dientes de hispanos jabalíes?
¿No exponen las cabezas carmesíes,
palpitantes, en bárbaras picotas?

y sucedió un fenómeno celeste:
la aurora despuntó por el Oeste;
Bolívar los Andes parecía;

y, tempestad de purpurinas olas,
en la tumba rodaron aquel día
ochocientas cabezas españolas.

La pasión bolivariana de Blanco-Fombona, de la que va dejando referencia en su diario, su correspondencia, y cada vez más en sus artículos para revistas y periódicos, producirá su estela de polémica y una vasta obra escrita con la que nos encontraremos más adelante.

La Restauración hace política bailable

Al salir de la cárcel a mediados de 1906, está muy al tanto de los problemas que confronta el gobierno de Castro y de los riesgos que corre el país en medio de los reclamos de la Compañía del Cable Francés y la New York and Bermúdez Company. Ha comenzado la secuencia de la Aclamación, la Conjura y la traición.

El año de la Aclamación, 1906, ya es el año de los "excesos demenciales", de *La guerra de los compadres* que así introduce Simón Alberto Consalvi:

Cipriano Castro enloqueció en 1906, pero no enloqueció solo, lo acompañó todo el país, todo a una, como Fuenteovejuna. No fue solo su reputación la que se puso en la berlina, fue la reputación de toda Venezuela que entró en conflicto consigo misma, la que dio carta blanca al desenfreno, al carnaval de la política, a la guachafita, al joropo, al coleo, a los bailes hasta el amanecer, a los discursos monótonos del "Siempre vencedor jamás vencido".

A comienzos de abril, el Presidente se mudaba a La Victoria al separarse transitoriamente de su cargo. El 23 de mayo –en el séptimo aniversario de la partida de la Revolución Restauradora a Caracas– anunció su "retiro absoluto de la vida pública", aunque quedaba pendiente la formalización de la renuncia ante el Congreso. Todo esto era "una argucia apenas, un duelo de sombras", como observa el historiador al recordar que, cuando ya en la provincia el renunciante respondió a quienes le pidieron reconsiderar su decisión, asomó que volvería si todos los pueblos de la República solicitaban lo que en ese momento, por sus oradores, el pueblo de Aragua le requería.

Blanco-Fombona se ha instalado en la capital en una casa en las faldas del Ávila, y observa de cerca la política. Se confiesa "cogido en el engranaje de los sucesos políticos" para apoyar el regreso de Castro a la Presidencia. No deja de ver la farsa en esta jugada y se pregunta y responde: "¿Pero la política toda no es vil comedia? Solo que en este caso la comedia nos evita el drama". Piensa, más por cálculo que por benevolencia, que Castro –con "cien defectos, algunas virtudes públicas"– sigue siendo garantía de paz interior y respeto exterior, mientras que todos los candidatos a sustituirlo, "sobre todo Gómez", son peores que él.

Viaja a La Victoria, donde los recuerdos inspiran el poema sobre su infancia que leímos en las páginas de *Camino de imperfección*. Allí es testigo cercano de la reunión de delegados de los Consejos Municipales del país que piden al renunciante mantenerse en el poder. El 5 de julio, el día del retorno del Presidente a su cargo, escribe en su diario: "Como Castro es un bailómano, la Restauración hace política bailable: bailemos al son que nos tocan".

En ese bailar se encuentra la recurrente trascendencia y complejidad de las relaciones de nuestros intelectuales con el poder.

Es el problemático vínculo que con particular atención sobre Venezuela recoge Consalvi en su ensayo "Una fascinación que no cesa". También lo estudia Sanoja Hernández en las páginas que preceden la edición de los *Ensayos Históricos* –"Blanco-Fombona y el país sin memoria"– en la Biblioteca Ayacucho (1981). Las dos aproximaciones ayudan a entender el contexto y la naturaleza de las oscilaciones de los intelectuales en las tres décadas finales del siglo XIX y en los años de Castro y Gómez.

La "conciencia pendular" que Sanoja Hernández identifica entre 1870 y 1899 –entre la Revolución de Abril y la Liberal Restauradora– se caracteriza por las "pasiones mudadizas de los intelectuales" ineludiblemente cercanos al Estado y las luchas más y menos civiles por controlarlo.

Escritores, artistas, periodistas y sacerdotes, militantes de causas políticas más o menos efímeras, viven una sucesión de rebeliones que solo en la última década del siglo XIX suman media docena, con más de cuatrocientos choques militares. Es la suya una búsqueda interminable de estabilidad y certidumbre, más o menos oportunista, más o menos patriótica, en un torbellino de tránsitos "de La Rotunda [o el exilio] al palacio de gobierno y viceversa".

Es desde ese cuadro que el texto de Consalvi argumenta la persistencia del paralelismo entre la historia política y la de las ideas y las letras, pues "en no pocas ocasiones los protagonistas eran los mismos que intentaban o realizaban la una y la otra", en la legalidad o la clandestinidad, desde la prisión o el exilio. Es observación particularmente pertinente para la comprensión y valoración, en su tiempo y circunstancia, de la vida y obra de quien, sin nunca completar el ciclo del tránsito al Gobierno, se mueve entre la política y las ideas manteniendo una posición de autonomía crítica frente al poder arbitrario, la sociedad que lo cultiva y los intelectuales que lo legitiman y se alistan con él.

Al inicio del siglo XX, con Castro en la Presidencia, se aceleró el péndulo de las mudanzas políticas. Blanco-Fombona apoyó a Castro hasta mediados de 1908, en la "comedia que nos evita el drama". En su diario ya se leían referencias críticas al Presidente, su régimen y su círculo de cortesanos desde septiembre de 1904. Al cotejar las anotaciones de

nuestro personaje con los papeles que se han ido conociendo póstumamente, el prologuista de los *Ensayos Históricos* encuentra un "temple de sinceridad", en quien "no delató, como la vergonzante mayoría de los cónsules; no pidió de rodillas, sino con elegancia de señor de la literatura; no aduló, tampoco glorificó".

Los hermanos, las conspiraciones

El recién salido de prisión alterna sus días en la capital con paseos a la hacienda El Conde, de su prima Rosa Amelia Blanco, acompañado por sus hermanos Héctor y Haroldo, y una estancia más larga y de rutinas rurales en la propiedad familiar aragüeña "Las Escaleritas", con Augusto y Oscar. Al escribir sobre uno de sus viajes a Macuto, donde Castro se encuentra muy enfermo, describe perfiles que ya están en *El hombre de hierro* y aparecerán en sus otras novelas: beatas, familias que se regodean en su linaje superior, jóvenes enclaustradas que se marchitan, muchachos que crecen vegetando, algunos a la espera de hacerse coroneles o generales revolucionarios para asaltar el poder y enriquecerse.

En Caracas, lleva una vida tranquila y confortable. Suele almorzar en compañía de alguno de los hermanos o amigos, pasear en coche a El Paraíso, cenar en el Club Concordia y jugar bacará hasta la una o dos de la mañana, aunque su temperamento no esté hecho para ello: "el apasionamiento, en juego, es la perdición". Esta afición, que a ratos le producirá pérdidas que lo harán renegar de ella, lo ha de acompañar por muchos años.

Desde finales de 1906, reflexiona sobre la situación lamentable del país, con el Presidente tan mal de salud y con Gómez, "un bárbaro", y "otros perros de presa" pendientes del "momento en que el enfermo cierre los ojos" para hacerse del poder.

Castro, que fue tan poderoso, temido y adulado –escribe el agudo observador– "sólo es ya un estorbo" para los que aspiran a sucederlo, para los que temen la rendición de cuentas, para quienes ya se han alejado y esperan regresar a un nuevo reparto. Quien esto anota, también conspira. El 19 de diciembre de 1906, escribe:

Nosotros, los Blanco-Fombona, por nuestra parte, aliados a uno de los círculos más potentes, abrigamos nuestros proyectos, que no pueden ni confiarse en papel. Nuestro grupo lo tiene todo, todo. No falta sino arrojo en los encargados, por la circunstancia de su actual posición, de encabezar el movimiento y poner por obra el plan. Es necesario un golpe de audacia suprema para alcanzar el Poder y la felicidad. Treinta años no se tienen más que una vez.

El acompañamiento entre los hermanos ha sido y seguirá siendo recurrente. En los meses siguientes, en marzo de 1907, Augusto, con apenas veinte años, muere de un mal contra el que había luchado toda la vida, rodeado por Rufino, Oscar, Héctor, Haroldo, Horacio, la tía Benigna y el primo Alberto Zérega. Solo estuvieron ausentes Humberto e Isabel, ya entonces instalados en Holanda.

La vida no se detiene. El 1º de abril, el mayor de los hermanos habla en su diario de "un nuevo plan": con "un poderoso aliado de un Estado vecino" y con "comisionados al interior del país donde hay amigos; al exterior donde se cuenta con muchos de los exilados; a todas partes". Afirma que barcos de guerra "están en inteligencia" y que la conspiración cuenta con "jefes de fuerza, con dinero". Pero falla el compromiso. El 23 de mayo de 1907, día de la Restauración, escribe en la prensa:

...los poderosos no deben engañar a los que ayer adularon para, valiéndose de ellos, subir al poder o defender su poder cuando estuvo amenazado. Porque entonces se perderá la fe de unos hombres en otros, reinará la anarquía, y nadie hará nada por nadie, o lo hará con segunda o torcida intención.

Abortado el intento, decide partir a Europa.

En La Haya

La llegada a Holanda, en agosto de 1907, coincide con el desarrollo de la Segunda Conferencia de Paz de La Haya. Rufino y sus hermanos Humberto e Isabel se instalan, muy cerca, en la costera Scheveningen.

En los siguientes días se reunirá frecuentemente con José Gil Fortoul, delegado de Venezuela a la Conferencia de Paz, persona a quien aprecia y cuya obra admira.

Describe un encuentro de ambos con el bogotano Santiago Pérez Triana –poeta, periodista y diplomático radicado en Europa– y con el

delegado argentino, Luis María Drago, el ya mencionado Canciller de Argentina que tras el bloqueo a las costas venezolanas, había formalizado la tesis de la prohibición del cobro compulsivo de deudas entre países.

Blanco-Fombona es partidario de la reducción de armamentos, de la protección de la paz en cuyo seno crecen las industrias, se abre horizontes la ciencia, se despliegan las artes y la felicidad de los seres humanos. Pero también reconoce que, no obstante el progreso que pueda alcanzarse en un mundo sin guerras, persistirá "el viejo, indestructible sentimiento de ferocidad" mientras las cargas de la paz y del progreso pesen desigualmente sobre los seres humanos. De mantenerse esas inequidades en el reparto del esfuerzo -augura- se mantendrá "un intimidante y sordo tropel que surge del horizonte, negro de lástimas: la Revolución Social".

La Conferencia debía ocuparse del cobro de acreencias por la fuerza, un tema sensible para toda Latinoamérica y particularmente fresco en la memoria de Venezuela. En 1906, el asunto había sido postergado por la III Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, dada la insistencia de Estados Unidos en que la proposición del canciller argentino debía ser discutida en La Haya para ganar legitimidad y alcance internacional. Sin embargo, una vez allí, la tesis de Drago, apoyada por Latinoamérica, no fue aceptada. En cambio sí lo fue la estadounidense -conocida como Cláusula Porter- que, a partir del principio general de prohibición de cobrar deudas compulsivamente, definía condiciones que sí justificaban los medios coercitivos.

En medio de las deliberaciones, una vez conocida la posición de Estados Unidos, el presidente Castro instruyó a Gil Fortoul para que abandonara las sesiones. Blanco-Fombona insiste en que el delegado venezolano no se retire, para lo cual le propone razones a presentar al Presidente sobre la conveniencia de quedarse. Antes, por instrucciones similares, el ahora representante en La Haya había abandonado la II Conferencia Panamericana (México, 1901).

¿Con qué derecho invocaría mañana Venezuela pactos internacionales que no quiso firmar, y aquellas ventajas jurídicas que no aceptó? ¿No hacía más daño a la proposición de Norte América el voto de

Venezuela en contra que el retiro de su delegado? Fueron esos los argumentos que finalmente envió a Caracas el representante venezolano y le permitieron permanecer en las deliberaciones de La Haya. Lo hizo por insistencia del amigo y consejero, quien escribió en su diario sobre el veterano historiador y diplomático: "dispuesto a todo, menos a desagradar al Presidente y perder el puesto".

Sobre los resultados de la Conferencia, considerados muy magros por los críticos, declara a la prensa: "De nada que empiece a andar se puede decir: no llegará".

A Castro había enviado una comunicación donde le proponía trabajar en la reanudación de las relaciones con España y, a partir de allí, buscar el acercamiento a Francia, en lo que él personalmente podría ayudar. Ante la falta de respuesta, reacciona: "¿Pero qué piensa el gobierno de Venezuela? ¿Pensará que puede seguir viviendo, aislado del mundo, en desacuerdo y pelea con todo el universo?".

De nuevo a París

Al término de la Conferencia de La Haya, a comienzos de octubre de 1907, vuelve a Ámsterdam y se instala, con Humberto e Isabel, en 173 Weteringschans, una bella casa ubicada entre jardines y canales. La hermana se casará pocos meses después, en abril de 1908, con el banquero holandés Cristóbal Löscher. Sobre la boda, leemos en el diario: "Todos estamos contentos. Sin embargo, ¡qué tristeza! Cuán duro es separarnos (...) En el vagón, durante el viaje he llorado casi toda la noche. Sin embargo, es menester estar contento".

Con buen ánimo está trabajando en la reconstrucción de las páginas de su viaje por el Orinoco, arrebatadas como le habían sido con otros papeles en la cárcel de Ciudad Bolívar. Las ha prometido a *La Revue*. Sigue armando sus ensayos históricos, para lo cual intercambia correspondencia con Carlos A. Villanueva, incansable y minucioso investigador en los archivos de Europa. De la opinión de este ilustrado diplomático e historiador venezolano sobre la vacuidad de la escritura histórica que no se sustente en el riguroso trabajo en los archivos, Blanco-Fombona dirá: "Registrar los archivos es muy bueno; pero hay que hacer algo más. El oro de las minas es menester acuñarlo". Admira la paciencia y laboriosidad de Villanueva, en quien buscará colaboración para sus estudios de Historia.

En realidad, ya entonces se había abierto la brecha entre los historiadores que privilegiaban la escritura sobre los datos y los que daban renovada importancia a la solvencia documental y precisión interpretativa. No obstante su acopio de fuentes primarias y revisión de autores respetables, Blanco-Fombona se identifica con el primer grupo y en ocasiones, en particular cuando desarrolla sus ensayos sobre Bolívar, acoge sin reparos la prosa poética. Ello no niega su empeño por recuperar, ordenar y difundir documentos de valor histórico.

Comenzando 1908 viaja a París. Había recibido la traducción al francés de *El hombre de hierro*, que rechazó porque "se parece al original español como un retrato, como un inerte retrato". Trabajará personalmente con el traductor mientras –aparte de retornar más sobriamente a la bohemia parisina– ve salir de la imprenta la edición bilingüe de *Más allá de los horizontes / Au-delà des horizons* (1903), libro con "impresiones de viaje y vida –como él mismo lo describió– a través de Francia, Holanda, España, Rusia, Venezuela y los simpáticos Estados Unidos". Además, cuida la traducción francesa de *Pequeña ópera lírica* y avanza en su estudio literario *Letras y letrados de Latinoamérica*, que recoge, revisados, trabajos publicados con anterioridad en revistas de Venezuela, Francia y España.

Valga dejar anotado que serán muchos y en buena medida quedarán dispersos sus estudios, artículos y prólogos en los que demuestra agudeza en la crítica literaria. Entre ellos sobresaldrán sus trabajos sobre el venezolano Andrés Bello, que "contribuyó a salvar la tradición española en lo que tenía de bueno, la civilización europea en lo que tenía de fundamental"; el argentino Domingo Faustino Sarmiento, a quien admira, en *Facundo*, por su "temperamento sanguíneo" que "dice lo que piensa"; y el peruano Manuel González Prada, "el librepensador; el joven mundano, un demócrata; (...) el viajero, un patriota; el mal poeta, un gran prosador". A cada autor lo aprecia en su individualidad desde precisos trazos del cuadro social, político y cultural de su lugar, de su momento.

En 1908 publica diez textos en *El Cojo Ilustrado*, entre poesía y prosa, cuatro de ellos sobre Bolívar, incluidas las páginas que escribió en los días de prisión en Caracas: "La Guerra a Muerte".

Su interés por estudiar al Libertador, antes que disminuir, crece con los años. En mayo deja constancia de estar trabajando con Villanueva, quien "traslada los documentos (...), enhebra notas, hace apuntaciones, planea capítulos", lo cual permite a Blanco-Fombona seguir "la pista

de la verdad, a través de la papelería". Tienen en mente dos proyectos: "De los archivos de Europa pueden salir un Bolívar y un Miranda, desconocidos del Viejo Mundo", comenta quien está por volver a Venezuela. De regreso, encuentra tiempo para trabajar en la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, donde se sienta regularmente a tomar notas para un libro sobre el Libertador.

Caracas: el poder es una fruta

El 8 de julio de 1908 embarca rumbo a Caracas. Es el viaje en el "Cittá de Milano", de la anécdota de la joven monja. Los temores a una epidemia de peste bubónica que alteran la ruta del viaje, la noticia de que Oscar ha caído preso por conspirar contra Castro y el saber que Humberto –que recién viajó con intención de establecerse en Venezuela– ya va de regreso a Holanda, parecen de mal augurio. Escribe entonces: "¿Adónde he venido? ¿Para qué?".

Apenas llega, intenta conversar con Castro para procurar la liberación de su hermano y discutir un proyecto que cree beneficioso para el país, quizá relacionado con la reconstrucción de las relaciones con el mundo. Abundan los obstáculos, "manos que cierran puertas en la sombra".

Mientras observa la degradación del régimen restaurador, crece el interés por actuar junto con sus hermanos "contra la barbarie andina", aunque: "No todos nuestros andinos son bárbaros; pero los andinos que nos desgobiernan, en su mayoría, sí lo son. El mejor de ellos es Castro. Y para muestra basta ese botón".

El 24 de noviembre el Presidente enfermo se embarcaba a Berlín y Rufino Blanco-Fombona siente que la liberación de Oscar, el 7 de diciembre, tras cinco meses de prisión, es "la reacción que empieza". Se mantiene atento y crítico ante los acontecimientos que se desencadenan rápidamente.

No confía en el Presidente encargado, lo considera "discípulo cómplice y primer teniente de Castro", pero comprende que es pieza clave para el golpe. En principio, considera: "Gómez ya ha traicionado a Castro. Lo que debemos es aprovechar la traición y abandonar al traidor; sustituirlo, deponerlo, convocar a elecciones libres y que el país decida su destino".

En esos primeros días de diciembre, en conversaciones con el canciller José de Jesús Paúl en que participa con Leopoldo Baptista, se entera del llamado que "con el beneplácito y el consejo de Gómez" se hará a las

Potencias, incluido Estados Unidos, para que protejan el movimiento contra Castro. Es una iniciativa que Blanco-Fombona objetará, sin éxito, y criticará en adelante como pésimo comienzo, a la par de equivocada, grave, absurda e innecesaria petición.

El 13 de diciembre fue el día de la concentración en la Plaza Bolívar que, en vez de lemas anti-holandeses –como se había anunciado para que no fuese impedida–, dio lugar a discursos enardecidos contra Castro y el periódico oficialista *El Constitucional*. Se cruzaron entonces las fogosas palabras de Elías Toro en la Plaza y el grito de "¡Muera Castro!" que, desde el balcón de la Casa Amarilla, lanzara Juan Pietri al lado de un silencioso Juan Vicente Gómez. La multitud había aclamado a Pietri, y luego fue nuestro biografiado quien la encabezó en su recorrido hacia San Francisco, la Plaza del Panteón, hasta volver a la Plaza Bolívar, donde arengó a los manifestantes.

A propósito de la trascendencia de esa jornada, volvamos a *La guerra de los compadres*: "Si Gómez no ascendió al poder ese 13 de diciembre, ese día cayó Castro, o comenzó a caer, sin pausa".

Sobre los seis días de incertidumbre que siguieron, se lee en *Camino de imperfección*: "El poder, hoy, es una fruta, al alcance de la mano audaz que la coja". El 19 de diciembre Gómez se adueñaba de la fruta, como anticipó quien no se dejó engañar por el "pretexto burdo y sin gracia" de la conspiración develada por un cable.

Así queda registrado en el diario ese momento:

Cuando supimos la noticia –como a las ocho y media o nueve de la mañana– volamos a la calle. La gente salía apresurada de sus casas, rumbo a la Plaza Bolívar (...) Allí, en la Casa Amarilla, encontramos al general Gómez recibiendo las felicitaciones y los vítores de mucha gente madrugadora. Lo peor es que la mayoría de esos felicitadores eran hasta ayer amigos de Castro (...) Pero el contento por la caída del Cipriano es unánime y sincero.

La oferta de Gómez, la carta

No habían pasado diez días cuando Rufino Blanco-Fombona fue llamado a la Casa Amarilla: Juan Vicente Gómez lo quería de ministro en Europa. Se resiste, quiere quedarse en Venezuela. Gómez le dice: "¿No cree que es bastante? ¿No se arrepentirá luego?".

Tal réplica –que seguramente recordará muchas veces en los años por venir– lo indujo a no enfrentarse a quien quizá hacía un gesto de buena

voluntad. De modo que responde al Presidente: "Si cree que puedo ser más útil en el extranjero que en el país, preferiría ir a Holanda, donde ya he vivido y tengo dos hermanos". Gómez terminó el encuentro con estas palabras: "El amigo irá a Holanda".

Al salir, el convocado a la cita conversó con Leopoldo Baptista, Secretario General de la Presidencia, quien le sugirió que se fuese del país por seis meses, hasta que se hubiesen desvanecido "algunas malas impresiones". Ante la pregunta: "¿malas impresiones?", Baptista respondió: "Al general Gómez le han asegurado que usted opina que después de haber salido de Castro, hay que salir de él".

En los siguientes días la proposición le será reiterada, primero por el Secretario y luego, nuevamente, por el Presidente *de facto*. Sin embargo, se sigue resistiendo, le parece una fórmula de destierro.

Ronda los 34 años cuando se pregunta:

Espero algo; ¿pero qué espero? ¿Cómo va a cambiar mi existencia, o mejor, cómo va a fijarse, por fin? Que este es un período provisional en la vida pública de Venezuela, se me arguye. Pero, bien: nuestra juventud, nuestra existencia ¿no son también provisionales, transitorios, fugaces? ¿Cómo es posible dilapidar los mejores años y llegar al mezzo del cammin di nostra vita, *haciéndonos la ilusión de estar atravesando un puente?*

Ya había comenzado a cruzar el puente hacia un incierto destino, y con la carta dirigida a Gómez el 5 de marzo de 1909 apuraría el paso.

Esa comunicación trata de la ya comentada invitación del gobierno entrante a potencias extranjeras para proteger al país y el ofrecimiento que se les hizo de un "arreglo satisfactorio de todas las cuestiones internacionales" pendientes. Allí califica de traición a la patria la iniciativa del ministro Paúl, quien, de acuerdo con él, debía ser depuesto y juzgado o el Gobierno todo sería cómplice de sus actos. Habla también del peligroso antecedente que quedaba establecido, especialmente respecto a Estados Unidos; del pavor a un improbable retorno de Castro; de la invitación a la incómoda comparación entre las políticas de este y las del nuevo Gobierno, que podría parecer "presto a vender la progenitura nacional por un plato de lentejas". Al final de la carta, que pide no sea leída como oposición al Gobierno sino como desinteresada expresión de lealtad a la patria, anticipa que esta pudiera acarrearle desazones.

Bien reitera su biógrafo Andrés Boersner que este temperamental venezolano se aferró a sus ideas y las difundió aun "cuando resultaba inoportuno y peligroso recordarlas", de modo que "no cobró ni escaló posiciones" gracias a ellas; al contrario. Ese ha de ser precisamente el caso de quien nunca fue un "felicitador".

Congreso, planes políticos y prisión

Habiendo dado pasos tan firmes en la transición entre Castro y Gómez, Blanco-Fombona se incorpora como secretario de la Cámara de Diputados en el Congreso que se instala el 24 de mayo de 1909. Ya descartada la posibilidad de una Asamblea Constituyente para facilitar el pronto llamado a elecciones –de lo que era partidario el propio Secretario–, el legislativo aprobará enmiendas y adiciones a la Constitución de 1904. En adelante, siete cambios sucesivos (1909, 1914, 1922, 1925, 1928, 1929 y 1931) irán haciendo de la Ley Fundamental mera expresión legitimadora de la voluntad de poder del "Jefe Único".

El Congreso Nacional aprobó la reforma constitucional el 5 de agosto de 1909. Entre otras modificaciones, prohibió la reelección presidencial, redujo el período de 6 a 4 años y creó el Consejo de Gobierno con funciones de control sobre ciertas decisiones ejecutivas y atribución para elegir al Congreso, cuyo poder para legislar se reafirmó como indelegable. Al Congreso correspondería elegir al Primer Mandatario. No obstante la esencia liberal de la Constitución resultante, la provisionalidad concentró y amplió los poderes del Presidente para la organización política y administrativa del país durante la etapa que se extendió hasta el 19 de abril de 1910, cuando la reforma entró en vigencia.

El 11 de agosto de 1909, Gómez fue elegido constitucionalmente Presidente Provisional. El 27 de abril de 1910 recibió del Legislativo el ascenso al rango de General en Jefe y dos días después, las cámaras lo eligieron Presidente Constitucional de Venezuela para el período 1910-1914. Aunque solo cerca del final de ese período terminará lo que se ha llamado la "luna de miel" del gomecismo, Rufino Blanco-Fombona recela cada vez más del nuevo Presidente.

En sus meses en el Congreso, participa en reuniones –alguna en la propia Casa Amarilla– donde se encuentra con Pedro Manuel Arcaya,

César Zumeta, Manuel Díaz Rodríguez y José Ladislao Andara, entonces presidente del Senado. Describe la intención de crear un partido político "radical, civilista, civilizador, sano, honrado, que luche contra la barbarie soldadesca". Lo considera un empeño necesario para la renovación del país donde "amenaza levantarse y prevalecer, como en la época de Castro y con un hombre inferior a Castro en todo, el personalismo más rastrero y peligroso". Se siente parte de un plan para conquistar "una verdadera república sobre la indolencia de nuestros compatriotas".

Una mañana de septiembre de 1909 dos policías fueron a buscarlo a su casa para que pasara a la Prefectura. En ese momento intenta asimilar el alcance de aquella visita reconstruyendo el pasado reciente: se había distanciado de Castro en los últimos años de su Gobierno; había sido designado secretario de la Cámara de Diputados; se había aprobado el presupuesto a su cargo para que preparara un texto de historia con miras a publicarlo para la celebración del centenario de la Independencia; se le había ofrecido un cargo diplomático tanto por medio del secretario Baptista como por el mismo Gómez y, aun más, el propio Presidente le había enviado una tarjeta citándolo para esa tarde.

Valga leer el registro que de estos hechos deja en sus *Memorias* Francisco González Guinán –Canciller entre 1908 y 1910 y Secretario de la Presidencia hasta 1912– por lo que revela de la opacidad del procedimiento y el ocultamiento del desacato a la sentencia absolutoria: "A principios de 1909 se arrestaron [sic] a algunos ciudadanos por estar complicados en una conjuración, y también fue detenido el señor Rufino Blanco-Fombona, por causas políticas que ignoro, habiendo a poco obtenido su libertad y ausentándose de la patria".

El caso es que, una vez conducido a la Gobernación, el prisionero quedó bajo la custodia del gobernador Carlos León. Pero su suerte cambió muy pronto, cuando este fue sustituido por un cuñado de Gómez, Francisco Antonio Colmenares Pacheco, quien lo hizo trasladar de inmediato a La Rotunda.

De la prisión **y del destierro**

De nada valieron las gestiones de Oscar Blanco-Fombona ante Gómez para lograr la libertad de su hermano, falsamente prometida para el 1 de enero de 1910.

En meses que se hicieron interminables, de septiembre a septiembre, de 1909 a 1910, Rufino Blanco-Fombona sufrirá la ruptura de planes personales y políticos, el alejamiento y desencanto respecto a los amigos que se adecuaron a los giros de la política venezolana y la fractura del puente hacia el futuro que aspiraba.

"Mi vida no iba a ser lo que ha sido", recuerda en 1932, al reconstruir su memoria sobre el inesperado giro vital.

Reconocerá luego, en el "Intermezzo necesario" con que complementa retrospectivamente *Camino de imperfección*, que en aquel momento las cárceles de Gómez no eran lo que fueron después –"el paraíso de los torcionarios y una larga antesala de la muerte"–, pero también registra que ya se atormentaba a los presos:

A mi calabozo llegaban de noche los lamentos de Gáfaro, Jara Colmenares y Nel Espina, torturados por el indio Marcial Padrón y asesinados luego en el Castillo de San Carlos, por Eustoquio Gómez, miembro de familia vesánica, cuyo representante más connotado es Juan Bisonte.

Los maltratos e injusticias convertirán en odio el recelo hacia Gómez y sus acólitos, quienes recibirán las más ofensivas descalificaciones e insultos. Estos aparecerán en textos tan diversos como el prólogo al poemario *Cantos de la prisión y del destierro* (1911), el libelo *Judas Capitolino* (1912) y novelas como *El hombre de oro* (1915), *La máscara heroica. Escenas de una barbarocracia* (1923), *La mitra en la mano* (1927) y *La bella y la fiera* (1931). De allí que un estudioso de nuestra literatura tan calificado como Mariano Picón Salas considere que, como novelista, Blanco-Fombona confunde "la novela con el reportaje político" a tal punto que "la alusión satírica, el constante recargo de las tintas para vengarse de los personajes odiados, disminuye y ofusca en estos libros la verdad artística".

No es menos cierto que, con *El Hombre de Hierro*, el aguerrido escritor iniciaba lo que en novelas posteriores se haría más deliberadamente evidente: la utilización de este género literario –y no sólo del artículo y el panfleto– como recurso para difundir los abusos de la tiranía y concitar el rechazo y movilización contra ella.

En todo caso, "el recargo de las tintas" está, en efecto, muy presente. Juan Vicente Gómez será en sus páginas "Juan Bisonte", "Caballo de Calígula", "Bestia Triunfante", "Judas Equino que ha convertido la República en los establos de Augias", "Judas Capitolino", "Gómez Iscariote", "Juan Vicente Judas", "Harpagón", "Peón de La Mulera", "Monstruo de Maracay", "Boves redivivo", "Barbarócrata", "Tiberio Borgia", "Tiberio Montaráz". A quienes colaboran con su Gobierno también les reserva descarnados epítetos. Entre los primeros está el cuñado de Gómez, Colmenares Pacheco: "Borrachín Pancho Bragueta", "Botocudo Salteador". Sigue el alcalde de La Rotunda, Marcial Padrón, que alistaba a espías y torturadores entre los mismos presos: "Indio bestial", "Asesino de alquiler", "Sparafusil de los Andes". También incluye al Ministro del Interior, Francisco Linares Alcántara: "Alcantarita", "Rufianesco y lardáceo". Descalificaciones particularmente hirientes dedicará a quienes le dieron la espalda y se engranaron con el nuevo régimen, de modo especial a los que consideró cómplices de su apresamiento –Rafael y Andrés Mata– o autores de papeles en su contra, de lo que acusa a César Zumeta y Delfín Aurelio Aguilera por el libelo *Leprosería Moral* (1911).

En La Rotunda

Al principio, no obstante la vigilancia y constantes provocaciones, el detenido tiene la posibilidad de comunicarse con la calle y estar al tanto de las diligencias para lograr su libertad. No había acusación concreta para retenerlo preso, pero el Gobierno intentaba inventarla reactivando el caso de Río Negro, para lo que había sido procurado en Ciudad Bolívar el expediente que finalmente no fue utilizado.

Sus condiciones de encierro empeoraron tras el enfrentamiento con otro preso, que significó su traslado a celda de aislamiento, casi sin luz ni ventilación. Vendrían después otras deliberadas medidas de presión que se leen en sus notas: el anuncio de un falso aneurisma en la aorta, la participación de que sería mudado al Castillo de Maracaibo y la trama que le costó cargar con grillos hasta el final de su presidio.

Se le excluye de la amnistía que el 19 de abril de 1910 concedió el Gobierno a los presos políticos.

Su refugio es la escritura. Trabaja a escondidas, en trozos de papel, con fragmentos de grafito. "Preferí lamer ladrillos de mazmorra a patas de tiranuelo bestial. Y en el ocio compuse versos. He vuelto a ser poeta. El odio me ha hecho cantar", escribe al año siguiente en París, en el largo prólogo a *Cantos de la prisión y del destierro*. Dedica ese poemario, publicado en 1911, a los ocho amigos que firmaron una carta dirigida a Gómez abogando por su libertad: Andrés de la Rosa, Domingo Martínez, Leopoldo Girón, Luis Yepes, Luis Correa, Emiliano Hernández, L. Silva Díaz y J.M. Butrón Olivares.

Las rimas de "El vuelo de Psiquis" nos transportan al tormento del encierro, pero también nos conmueven con los recursos imaginativos del poeta:

Pero al cerrar los ojos: (luz, campo cielo) miro
romperse las cadenas;
y al brazo de mi novia en el jardín respiro
magnolias y verbenas.

Gozo el aire, las nubes, y el chorro del estanque,
frescor como mi amada...
Alguna cosa es bueno que el Déspota no arranque
ni tenga encadenada.

En esos mismos *Cantos* se encuentra el poema "Némesis", revelador de los sentimientos de quien no deja de pensar en la "venganza homérica":

De viles inclementes
me acosa la jauría
y me clava los dientes.
¡No importa! Que algún día,
parando sus quehaceres, transidas de quebranto,
la almohada sus mujeres
empaparán en llanto.

Pocaterra se ocupó de Blanco-Fombona en sus *Memorias*. Lo consideró "espíritu de rebeldía y de renovación siempre, pero peligroso para los que dosifican la expansión de la protesta y quieren someter a tabulación los efectos del explosivo". También cuenta que "Un día harto de vejámenes, agarró una escoba, le quitó las barbas y le sacudió al primer verdugo una paliza terrible".

Esta violencia hubo de costarle una complicación mayor, que involucra a Benjamín Ruíz –viejo enemigo, ex presidente del estado Zulia–, quien lo denuncia por intento de envenenamiento, instigando a otro preso de nombre Ramón Quevedo Páez. Este muere en su enfrentamiento con el indómito prisionero, a quien se inculpa por las dos causas –atentado y crimen– y por escribir papeles contra el Gobierno.

El proceso judicial estuvo lleno de obstáculos y se hizo muy lento. El acusado nunca pudo hablar a solas con su abogado, Manuel A. Ponce, a quien describe como "jurisconsulto de gran valor y sabiduría, de una dialéctica de hierro, un estilo sarcástico, una clara visión jurídica y una cívica audacia a prueba de ocasiones".

El juicio fue presenciado por abundante y atenta concurrencia. El jurado contó con personalidades que el propio Blanco-Fombona, como aval de la calidad de la sentencia, identifica en detalle: Eleazar Urdaneta, hijo del General Rafael Urdaneta; Luis Razetti, ex rector de la Universidad de Caracas; Fernando Calzadilla Valdés; Meyer Flejel, médico; Abelardo Gorrochotegui, poeta y militar; Manuel Modesto Gallegos, ex ministro y ex presidente de estado y de la Cámara de dipu-

tados; Carlos Y. Capriles, doctor, yerno del presidente Joaquín Crespo; Ricardo Revenga, abogado, nieto del ministro de Bolívar, José Rafael Revenga; Manuel María Urbaneja; Luis Churión, poeta y diplomático, y Alberto González G., jurisconsulto.

En el curioso final de este caso, se conjugaron dos sistemas de justicia que caracteriza Rogelio Pérez Perdomo en su estudio "Estado y justicia en tiempos de Gómez": uno legalmente determinado y otro indeterminado y totalmente dependiente de la voluntad del "Jefe Único".

Cumpliendo todas las formalidades, el juez absolvió a Blanco-Fombona. Es de resaltar, siguiendo a Pérez Perdomo, que el "mal arreglo" de este muy concurrido juicio precipitó la decisión de eliminar los jurados.

Igual, el resultado fue pésimo para el reo inocente, que no fue puesto en libertad. El gobernador de Caracas lo mantuvo detenido y a los pocos días le hizo saber que tenía cuarenta y ocho horas para aprestarse, pues se le embarcaría al extranjero.

Corría el mes de septiembre de 1910.

El giro del destino

Fue muy apresurada la partida. No se permitió al expatriado atender ningún asunto, y escasamente pudo procurarse algunos medios para la mudanza al repentino e incierto destino.

Entre esbirros salió de La Rotunda y fue llevado a La Guaira. Allí embarcó en el "Antonio López" con destino a Puerto Rico. Ya a bordo, compra un pasaje a Barcelona, España. Desde allí viaja a Marsella y París, luego pasa por Bruselas y Ámsterdam, después va a Hamburgo y finalmente se instala en París. Difícilmente podía intuir lo que comenzaba con la triste despedida en el muelle: "La última visión que tuve de la patria, ya al zarpar el buque español que me conducía al destierro, fue un grupo de familia donde mi novia, vestida de blanco, lloraba; y tras del grupo familiar, deslizándose cautelosos, las figuras patibularias de los esbirros".

Estas líneas, del prólogo escrito en 1911 para los *Cantos*, no calibran aún la extensión del destierro, la inevitable diáspora familiar y las consecuencias del compromiso sentimental.

Detengámonos en esto último y hagamos memoria sobre aquel noviazgo hasta la fecha de su partida de Venezuela, con la discreción que en ciertos asuntos pone el autor en sus diarios.

A comienzos de 1906, como depuesto Gobernador y prisionero, había escrito un poema titulado "A la novia por venir". Así comienza:

¡Oh, tú, flor de esperanza,
Tú, la que has de venir para la alianza!
¿Qué tardas? ¿Dónde estás? ¿Cómo no vienes?

Ya en libertad, anota a finales de ese año:

Me contentaría con enamorarme y permanecer enamorado y de veras satisfecho en la ciudad donde habite, sólo un par de añitos. ¡Pero, demonios, para qué querré yo enamorarme! Esa nostalgia se deba acaso a que mis amores han sido, casi siempre, mero y voluntario contacto de epidermis, sin más complicaciones sentimentales sino las que yo forjo para torturarme.

No obstante sus incesantes afanes de actuación política, acentuados a medida que se derrumba el castrismo, deja pistas en su diario de algunos de sus enamoramientos.

En febrero de 1909, después de acumular líneas sueltas sobre "C Primera" y "C.D.", deja escrito que se compromete. De inmediato anota sus dudas: "La eterna historia de mis amores recomienza. Soy el autor de mi propia infelicidad". En las líneas siguientes reconoce grandes cualidades de la novia, Carmen Dolores Casanova Tovar, hija de una familia cercana, querida y respetada. Enseguida reflexiona: "Lo malo en mí, siempre, no es el razonamiento sino que, luego, al primer impulso de la pasión, lo olvido todo y doy el gran salto en las tinieblas". De allí, pasa a reafirmarse: "grandes pasiones como las fogatas de virutas, duran solo un momento, mientras que el afecto sosegado de una mujer joven, linda y agradable puede durar".

Parte el desterrado sin sospechar que la novia inspirará el *Cancionero del amor infeliz* que ha de publicar en 1918. Tampoco imagina cómo el país del que se aleja le irá dando la espalda.

Conserva buenos recuerdos. De los días de prisión en La Rotunda, queda en la memoria el valor del joven crítico Jesús Semprum, quien

envió una extensa nota titulada "Rufino Blanco-Fombona y su obra poética" a *El Cojo Ilustrado*, publicada el 1 de noviembre de 1909. De los últimos meses de ese año es también la referencia de Blanco-Fombona a su amigo, Alfredo Arvelo-Larriva, en el prólogo a un poemario de Andrés Eloy de La Rosa citado por Angulo Arvelo:

...con pluma delicada; porque es poeta de veras; porque yace y sufre en una prisión inmerecida; porque su corazón rebosa de amargura apurada; porque su alma es placer de líricas perlas; porque en su vida blanca se ha ensañado el negro Dolor; y porque de su dolor, que es su pan cotidiano, saca él, por obra y magia de la naturaleza, raudales de poesía.

No había vuelto a ver al poeta barinés que, de la cárcel de Ciudad Bolívar donde habían coincidido en 1905, había sido trasladado al Castillo de San Carlos en Zulia en abril de 1907 y al Cuartel de Policía de Caracas comenzando 1909. De allí, en mejores condiciones y con tiempo y libertad para escribir y conspirar, fue pasado a La Rotunda dos años después, pero ubicado en la sección de los presos comunes. Allí logró muy buen trato y libertades hasta para salir los fines de semana a partir de una muy buena relación con su carcelero, el mismo alcalde Padrón que atormentaba a Blanco-Fombona. Fue así como Arvelo Larriva, al "ridiculizar con su buida sátira de costumbre al piel roja de Alcalde que buscaba serpientes en un ramo de flores" –en prosa del prólogo de los *Cantos*–, logró la devolución de parte de los manuscritos cuyo autor no había logrado recuperar ni con su carta al Secretario General de la Presidencia, Francisco González Guinán.

Esos versos, muchos mutilados y trabajosamente reconstruidos, junto con algunos terminados ya en el destierro, dieron cuerpo al poemario de 1911. Según manifiesta en sus páginas iniciales, le habían arrebatado muchos otros de sus papeles de la cárcel: estudios sobre la influencia del mestizaje en nuestra vida nacional y la del genio en la evolución de las sociedades, una novela corta, apuntes para sus comentarios sobre historia americana, anotaciones personales y un diario de la prisión.

El mismo y otro en París

Al volver a la "Ciudad de las letras" se encuentra con antiguos y nuevos compañeros de las tertulias y trasnochos. Los verá ahora con menos frecuencia, en nuevas circunstancias espirituales y materiales.

En 1912 se distancia de Rubén Darío, sobre quien llega a escribir un ofensivo comentario que, con el tiempo, quedará diluido en la imborrable admiración profesada al poeta nicaragüense. Mientras, se mantiene cercano al peruano Francisco García Calderón –que ese mismo año publica en Francia su influyente libro *Las democracias latinas de América*– y al boliviano Alcides Arguedas. "La estimación de amigos como estos dos –escribe en junio de ese año– la cotizo muy alta y quisiera merecerla siempre".

Ya no son los tiempos ni la vida de comienzos de siglo. Al comparar su *Pequeña ópera lírica* con los *Cantos de la prisión y del destierro*, el autor descubre contrastes entre su pasado y presente, entre 1904 y 1911. En *Camino de imperfección*, así se nos presenta: "A la exuberancia de vida anterior, al paganismo de juventud, al goce de existir, al espíritu dionisíaco, ha sucedido el dolor de las persecuciones inmerecidas". Recuerda a José Enrique Rodó: "Cada uno de nosotros es sucesivamente, no uno sino muchos".

Ahora es distinta su existencia, es diferente el alma de su poesía, como lo son el Baco y el Bautista pintados por Leonardo. Los recuerda, uno cerca del otro, en el Louvre: físicamente parecidos e idénticos en juventud por la gracia y la atención que provocan. Sin embargo, se percibe en uno la juventud gentil sobre "paisaje riente de montañas azules"; en el otro, sobre la oscuridad, una sombra de cruz y una nueva luz en los ojos y la frente. Sus almas son tan distintas, sugiere, como la de él ahora respecto a la que estuvo en París al despuntar el siglo XX.

Se instala en un pequeño apartamento de quinto piso, en 27 Rue Gay-Lussac. La vida que lleva es de mucho estudio y cierta austeridad.

La pasión política no cesa: "Mis pocos haberes no son míos; son todos de Venezuela. Los economizo para entregarlos íntegros al primero que se levante contra Juan Bisonte", escribe en su cuaderno. Siente que hay que actuar de inmediato. No comparte lo que hasta 1914 sostendrán muchos de sus contemporáneos, los que ven en Gómez una inevitable transición. Él odia a "Juan Bisonte" y subestima la astucia del andino, a quien no logra ver sino como un primitivo y ambicioso segundón.

No es mera palabra lo de la disposición a financiar conspiraciones. En noviembre de 1911 escribe a José Manuel Hernández, alentándolo

a alzarse: "no se duerma general". Le asegura, equivocadamente, que prevalece en Venezuela una situación de unánime odio al sucesor de Castro y así lo aconseja: "Es mejor pensar un disparate y realizarlo que meditar gravemente planes magníficos que nunca se practican".

En diciembre vuelve a escribirle para insistir en que es el momento "para liberar el país de la barbarocracia que lo está deshonrando con su imperio despótico, arruinando con sus monopolios y vendiendo al extranjero, por medio de contratos con Francia e Inglaterra". Los Blanco-Fombona, precisa el desterrado a El Mocho Hernández, ya se han puesto en movimiento: Oscar tramita la compra de armas en Hamburgo, Héctor hace gestiones en el Caribe en busca de medios de transporte y otros "elementos", en tanto que él ha emprendido la que denomina "campaña de prensa" en Europa. Así se refiere a la serie de cartas públicas que envía al director de *La Revue Américaine*, D.A. Pietri Daudet, entre diciembre de 1910 y febrero de 1912.

El fracasado plan hace perder dinero a Rufino Blanco-Fombona y la libertad a su hermano Héctor, quien resulta preso en La Rotunda.

Leprosería moral y *Judas Capitolino*

En 1911 comenzó a circular en Caracas el panfleto *Leprosería moral*, firmado por José María Peinado, seudónimo bajo el cual se ocultaba la identidad de César Zumeta.

Contiene palabras de ofensa más que de argumentación contra Cipriano Castro, su régimen, funcionarios y partidarios. Se propone destruir la tesis del Castro nacionalista y del Gómez traidor. En cuanto al bloqueo, presenta dos secuencias en paralelo: la de las proclamas y el nacionalismo ("Castro farsante") y la de los arreglos sigilosos y admisión de compromisos ante las potencias ("Castro Abyecto"). También insiste en el generoso apoyo material y personal de Gómez a la Revolución Restauradora y a Castro. A lo largo de cincuenta páginas, no solo se encuentran descalificaciones políticas y personales contra "la leyenda cipriana", sino hacia algunos individuos que apoyaron al ex Presidente, todos con sobrenombres, adjetivaciones y relatos personalmente denigrantes que compiten con los empleados por Blanco-Fombona en el prólogo de sus *Cantos*. No es extraño que sea él, después de Castro,

el más insistentemente atacado, de quien lo menos que se dice es que "Ni en el cuerpo ni en el alma le cabe una profanación más".

La respuesta será la publicación de *Judas Capitolino* en 1912. Tras un extenso comentario inicial, el panfleto contiene copia de las citadas nueve cartas enviadas al director de *La Revue Américaine* y un apéndice que reproduce tanto el prólogo a los *Cantos de la prisión y del destierro* como tres cartas de José Manuel Hernández (dos dirigidas a Gómez y una a quienes las protestaron). Presenta, en conjunto, graves denuncias sobre la entrega de la soberanía y transferencia de recursos y negocios al gobernante, sus parientes y cortesanos. Pero tales acusaciones lucen debilitadas, no solo por la abundancia de adjetivaciones ofensivas, sino por la poca precisión de evidencias en un momento cuando apenas comenzaban los grandes repartos que, ciertamente, se multiplicarían groseramente en los largos años del gomecismo. Es explosivo su consejo: "Que se concrete, que se personifique el castigo en los culpables. Esa es la equidad. Prender la guerra civil para derrocar a un dictador vale como prender fuego a un palacio para matar un ratón".

No puede soslayarse el pesimismo personal y sociológico que impregna estas páginas desde sus primeras líneas: "la barbarocracia y la tiranía no son esporádicas en Venezuela sino constante y forzosa consecuencia de las condiciones étnicas y sociales de la nación". Llega a sostener que en los "embrollos étnicos" se encuentra la clave principal y casi exclusiva de la causa de los desórdenes, el secreto de las desgracias de Venezuela. Ese argumento racista, que propone blanquear la población "por constante cruzamiento" como "obra de salvación" a través de la inmigración europea, lo llega a atribuir a Simón Bolívar, no sólo como idea que el Libertador no habría podido materializar, sino como genealogía ideal. Con estas nociones aparece Blanco-Fombona en el estudio del historiador Germán Carrera Damas sobre *El culto a Bolívar*. Ese culto irá más allá de lo racial y lo racial se mantendrá como idea más allá de este libelo.

Leprosería moral y *Judas Capitolino*, dos panfletos semejantes en su estilo, revelan las posiciones opuestas de dos venezolanos que han compartido, como muchos intelectuales latinoamericanos desde finales del siglo XIX, ideas antiimperialistas que se van concentrando en el recelo hacia Estados Unidos.

Zumeta, sin duda, participa de lo que el historiador Elías Pino Iturrieta describe como "trayectoria del intelectual transformado en burócrata", que "patentiza el divorcio entre el pensar y el hacer que ha caracterizado a no pocos de nuestros 'ideólogos'". No es ese el caso de Blanco-Fombona, que tanto reprochó a la intelectualidad de su tiempo que se rindiera o adecuara al régimen de Gómez. Fue la suya una temprana y hasta prematura ruptura, cuando aún no había sido sofocado el espacio jurídico y político para reconstruir la institucionalidad perdida en el país que recién salía de casi un siglo de guerras y personalismos.

Alas **de huracán**

Los tres años y medio que pasa en París, con idas y venidas de otras ciudades, particularmente Madrid y Ámsterdam, son muy productivos para la escritura de Rufino Blanco-Fombona. Aparte de los *Cantos*, es publicado su libro *La evolución política y social de Hispanoamérica* (1911), que comenzó como un artículo, amplió para un ciclo de conferencias y transformó en un ensayo histórico. Diez años después vendrá *El Conquistador español del siglo XVI* (1922), que pone antecedentes al cuadro histórico hispanoamericano. Mientras tanto, continúa su estudio sobre la vida y obra de Simón Bolívar, que dará lugar a importantes compilaciones documentales, varias publicaciones y una ruidosa polémica.

Para estos estudios contó con documentos de cancillerías y archivos de Washington y Londres –obtenidos con ayuda de Ángel César Rivas, Carlos A. Villanueva y Jules Mancini– y con los que él mismo ubicó en Francia y España.

Comentemos dos ensayos históricos que le fueron muy significativos, en contenido e intención.

España e Hispanoamérica

El Conquistador español del siglo XVI, tres veces editado entre 1921 y 1935, fue uno de los escritos que Blanco-Fombona más valoró hasta

los últimos años de su vida. Es explícita en sus páginas la voluntad de contribuir al acercamiento entre las que fueron colonias y metrópoli –que tanto quiso estimular su abuelo Evaristo Fombona– a través de la revisión de las características, circunstancias y actuación de los conquistadores españoles. Al objetar que se les viera desde los extremos, como bandoleros o como santos, se pregunta: "¿Qué son, pues?". Así responde:

Son simplemente españoles, aventureros españoles del siglo XVI. En ellos vemos resplandecer virtudes del país y de la época a que pertenecen. También advertimos en ellos defectos nacionales contemporáneos, agravados tal vez por el teatro bárbaro y distante en el que actúan y por la casi completa irresponsabilidad con que manifiestan y expanden su personalidad.

Las páginas que así se inician están inspiradas en el panhispanismo de su autor, quien desde la crudeza del diagnóstico de la psicología de España y los conquistadores, invita a lo que en su conjunto de ensayos *La Espada del Samuray* (1924) formularía como "la comprensión, tolerancia y recíproco afecto" entre los emancipados y su antigua metrópoli.

El libro relativamente voluminoso –pensado como inicio de una serie que contendría otros dos volúmenes: *Los Virreyes* y *Los Libertadores*– se propone como "ensayo de interpretación" sustentado en fuentes documentales, que quedan evidenciadas en las numerosas y extensas notas al pie, así como en la observación de quien en 1922 ya sumaba ocho años consecutivos de vida en Madrid y muchos más de afinidad hacia la cultura española.

A tono con su cometido, el ensayo dedica una primera sección a la comprensión de España a través de lo que considera medular de su complejo carácter. Heroísmo, individualismo, fanatismo y fatalismo se traducen en actitudes de arrogancia, insumisión, dogmatismo, estoicismo y crueldad. Al tratar la incapacidad administrativa como uno de los rasgos que más argumentación le merece, el intérprete presenta un breve y sustantivo análisis del proceso de decadencia administrativa del imperio y su reflejo en el deterioro de las relaciones con las colonias. La segunda parte del libro coloca a los conquistadores en ese cuadro: "hombres maravillosos, muy de España, muy del siglo XVI",

marcados por el rezago del renacimiento en la península y por su origen mayoritariamente humilde, condiciones que profundizan los rasgos de fanatismo y fatalismo que derivan en arrojo, arbitrariedad, codicia y crueldad. Al hacer el balance, el autor nos deja una afirmación: "España, por su parte, dio lo que tenía"; también una pregunta: "¿Cómo culpar a los conquistadores de ser como por herencia, por educación, por tradición, por oficio, por época y por medio tenían que ser?".

Tal ensayo, como ya hemos advertido, es complemento natural de *La evolución política y social de Hispanoamérica* (1911). En este, el autor presenta un recorrido desde la época colonial hasta el presente, intentando un balance "material e intelectual" de una centuria de vida independiente. En su trayecto es evidente el empeño por mostrar al público europeo la importancia, originalidad y rasgos compartidos por Hispanoamérica a lo largo de su historia.

No se trata de un relato heroico; tampoco es un ejercicio de positivismo, ni por enfoque ni por método. Al tratar el problema de la organización de los nuevos estados, el ensayista se detiene especialmente en Bolívar, por su postura en el término medio entre la Monarquía y la República, pero también en virtud del impulso que imprime al Congreso de Panamá. Resume la evolución republicana –entre conservadores y liberales, centralismo y federación– marcada por guerras civiles y accidentadas relaciones internacionales que se transforman, desde la reacción ante las amenazas restauradoras de las monarquías europeas en Santa Alianza, hacia la desconfianza respecto a Estados Unidos. Luego identifica, entre mediados del siglo XIX e inicios del XX, la tendencia y oportunidad del reacercamiento de Hispanoamérica a Europa.

Es un bien hilvanado ensayo, no falto de emoción, que abunda en referencias bibliográficas en las que deliberadamente predominan autores latinoamericanos. Allí están los documentos recopilados por los venezolanos José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, la historia del también venezolano Rafael María Baralt, el estudio sobre San Martín del argentino Bartolomé Mitre, la comparación del prócer argentino con Bolívar por el peruano Francisco García Calderón, los conceptos sobre el Libertador del borinqueño Eugenio María de Hostos y el tex-

to del cubano Gonzalo de Quesada sobre las primeras propuestas de arbitraje de conflictos. También cita al brasileño Manuel de Oliveira Lima respecto a la naturaleza de la doctrina de Monroe. Las corrientes liberales y sus matices refieren a la obra del colombiano Carlos A. Torres, los proyectos de confederación y lo propio del Derecho Internacional americano remiten al chileno Alexandre Álvarez, mientras que el argentino Manuel Ugarte es fuente clave sobre los peligros de la expansión territorial y el imperialismo. Contra las tesis de la superioridad anglosajona, cita al argentino Carlos Octavio Bunge y también al venezolano José Gil Fortoul en *El hombre y la historia*: "Lo mismo que los individuos, cada pueblo tiene sus virtudes y sus vicios y cada sistema político sus excelencias y sus desventajas".

El trabajo de muchas horas al día y las limitaciones que impone a la vida bohemia rinden frutos. En 1912 sale de la imprenta en París una edición ampliada de *Cuentos americanos - Dramas mínimos*. Prepara prólogos y artículos para revistas europeas y americanas, incluso para *El Cojo Ilustrado*, a cuyas páginas vuelve con ensayos sobre historia en 1913.

Proyección de Bolívar

El Libertador, a quien considera personificación de la revolución y sólo comparable a César y Napoleón, había sido por mucho tiempo tema de sus indagaciones. En adelante, para quien se define "boliviano", por bolivariano, Bolívar será objeto de importantes selecciones documentales y ensayos.

En sus diarios lo define como genio que "lo revuelve, lo adelanta todo, imprimiendo a su obra un carácter de violenta renovación". Es el "superhombre" con quien:

> *...ya no existe evolución sino revolución (...) Lo que iba a ocurrir en un siglo, él lo realiza en un año (...) Las ideas, los sentimientos, las obras, todo se dramatiza al paso del genio (...) Las mayorías, arrastradas y seducidas contra su voluntad, terminan por seguir y endiosar al superhombre. Más tarde, por cansancio, reaccionan contra él y siguen el camino a mula y no en alas de huracán.*

Quiere contribuir a la proyección de Bolívar, más allá de América, como "guerrero, legislador, tribuno, diplomático, escritor, pensador

y fundador de pueblos", aprovechando la celebración de significativos centenarios de la lucha por la independencia, como leemos en el prefacio a su compilación *Bolívar pintado por sí mismo* (1913). La publicación se origina en la indignación que Blanco-Fombona expresa al director de la Casa Editorial Hispanoamericana por su edición de un libro que versa sobre el admirado prócer y "destila ponzoña frailuna". El editor respondió: "Si usted cree que ese libro es malo, haga uno bueno. ¡Yo se lo compro!". La obra fue entregada prontamente y publicada.

Sus páginas recorren la vida del Libertador desde 1799 hasta 1830, precedida la sucesión de papeles por un breve estudio, elaborado por el historiador francés Julio Humbert, sobre los orígenes la familia Bolívar en España. Blanco-Fombona haría luego el mismo recorrido que el profesor de Burdeos por las tierras de Vizcaya al encuentro de la "República de Bolívar".

El "autorretrato" del Libertador contiene ciento veinticuatro textos, con abundantes comentarios del compilador, quien los coloca en contexto histórico y les añade anotaciones explicativas que orientan su lectura. Incluye algunos documentos que, aunque no de la pluma de Bolívar –cartas y fragmentos del *Diario de Bucaramanga*–, complementan el cuadro. Organizados en orden cronológico y con subtítulos que muestran facetas del Libertador, ofrecen una panorámica que, a aspectos bien conocidos, agrega facetas que contribuyen a romper el tieso molde heroico. Se refiere a "Bolívar neurópata", "metafísico" y "nadador"; a "Bolívar y el juego" y "el baile"; también al jovencito de muy mala ortografía y redacción que produciría grandes discursos en su madurez.

De 1913 son también la traducción al español de *Bolívar en el Perú - Batallas de Junín y Ayacucho 1823-1824*, del inglés Francis Loraine Petre, la compilación de *Discursos y Proclamas de Simón Bolívar* y el primero de tres tomos de sus *Cartas de Bolívar*, abundantemente anotadas.

Vale recordar que entre los papeles que le fueron sustraídos en España al desterrado, según comenta en su "Nota Final" a *Camino de imperfección*, se encontraban casi todos los manuscritos para una historia de Bolívar y la revolución en América, a la que dedicó veintiséis años de trabajo:

Se trata nada menos que de un análisis de la psicología de Bolívar, y de un estudio global del Libertador dentro del marco de la política universal, no local, ni continental; se trata de la historia del Libertador y de toda la América boliviana, de toda la política europea y anglo-americana, relacionada con Bolívar y con la emancipación del Nuevo Mundo.

Mención aparte merece la polémica trasatlántica que más tarde quedará reunida en *La espada del Samuray* (1924).

Bolívar y San Martín

El lance verbal comenzó en abril de 1913 con la publicación de un artículo de Blanco-Fombona en la revista inglesa *Hispania*. Allí comparaba los proyectos que Bolívar y José de San Martín impulsaron en la década de 1820, de modo que contrariaba los escritos del historiador argentino Bartolomé Mitre.

Esas y sucesivas páginas fueron respondidas por el Cónsul en Londres, Arturo Parker, y por varios profesores, entre los que Alfredo Colmo, José Ingenieros, Roberto Levillier y Carlos Aldao, fueron los más frontalmente rebatidos por el polemista venezolano. El debate se divulga no sólo en periódicos argentinos –*La Prensa y La Nación*– sino de otras capitales americanas: *La Prensa* y *El Comercio*, en Perú; *El Norte*, en Bolivia; *El Republicano*, en Colombia; *El Guante*, en Ecuador; entre otros. El eco en Venezuela, que el duro polemista resiente, fue la descalificación del desterrado a la par de honores para San Martín y Mitre.

¿De qué trataba el debate cuyo objeto, para nuestro personaje, era "embestir, en la persona de un historiador, contra toda una escuela histórica"?

Blanco-Fombona contraría la tesis de Mitre según la cual el retiro de San Martín de la escena militar y política fue "en ara de destinos que consideró más altos que el suyo". Desde el texto del biógrafo del prócer argentino reconoce a este como "noble y austero paladín (...) moral y militarmente un grande hombre, un genuino grande hombre". Luego analiza las circunstancias que lo llevaron a hacer virtud de la imposibilidad de concretar sus planes para que Guayaquil pasase a Ecuador, Bolívar auxiliara a Perú y que este país se convirtiera en Monarquía con algún príncipe europeo como Rey. Asume comprensivamente la

caracterización que hace Mitre del momento de alejamiento político de San Martín a la vez que describe al prócer argentino rodeado por una opinión no propicia a su dominación y por un ejército cada vez más desligado de su mando. Así presenta su contraste entre dos seres muy desemejantes: "San Martín era un militar, como Fabio; Bolívar un guerrero, como César. San Martín era un soldado; Bolívar un caudillo. San Martín era un grande hombre; Bolívar era un gran genio".

Es ese el tono de la prolongada confrontación que el venezolano nutre con datos históricos y adorna con su filosa elocuencia. Con todo, aun disminuyendo el peso militar y político de San Martín ante la figura de Bolívar, no deja de considerarlo a la par de Washington y Sucre; sólo inferior al Libertador.

Más áspero es respecto a Mitre y "su escuela histórica", pues sostiene: "si (...) es pequeño como poeta, más pequeño aún como político y microscópico como militar, es, como historiador, un hombre sin escrúpulos que ha falsificado la historia de todo el Continente". Tampoco será escasa en adjetivaciones la refutación a los otros contendientes.

En suma, en cuanto a la naturaleza del debate y su iniciador, cabe trasladar lo que Gil Fortoul escribiera en su *Historia constitucional de Venezuela* al analizar la obra de Felipe Larrazábal sobre Bolívar: "Apenas se encontrará en la literatura americana otro ejemplo de tan sostenido entusiasmo, como no sea el del argentino Mitre, que aunque menos lírico, cayó en el mismo éxtasis ante la figura de San Martín".

Admiración, identificación

El interés del apasionado venezolano en dar a conocer a Bolívar no cede y se traducirá en nuevas publicaciones, como *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos: [Juan] Montalvo, [José] Martí, [Rufino] Blanco-Fombona, [Francisco] García Calderón, [Juan Bautista] Alberdi*, de 1914, con un trabajo de Unamuno sobre el admirado prócer que, a petición de Blanco-Fombona, hace de prólogo. A partir de ese mismo año, cuando se instala en Madrid, se propone proyectar al que considera "uno de los más grandes hombres de la raza española", con el afán más amplio de acercar a España e Hispanoamérica desde la historia, la política y la cultura.

Con esa intención prologa, corrige y anota abundantemente una nueva edición de la obra de Felipe Larrazábal, *Vida del Libertador Simón Bolívar,* en 1918. Además, publica el segundo y el tercer volumen de *Cartas de Bolívar*, en 1921 y 1922, así como el artículo "Alrededor de Simón Bolívar - El sollozo", en 1934.

De vuelta a Venezuela, persiste ese impulso y salen de la imprenta *Bolívar y la Guerra a Muerte*; *Mocedades de Bolívar - El héroe antes del heroísmo* y *El pensamiento vivo de Bolívar* en 1942; y al año siguiente *El espíritu de Bolívar - Ensayo de interpretación psicológica.*

Anticipemos que en 1939, su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia será sobre "La inteligencia en Bolívar". Entonces presenta a un hombre que "mantiene en perfecto equilibrio de exageración su inteligencia, su voluntad, su previsión, su ambición, su pugnacidad, su elocuencia y aun su mordacidad", en un texto que a partir de esos rasgos admira, comprende y justifica a Bolívar.

Obra **de combate**

Para el muy atento observador de la política mundial no pasan desapercibidos los hechos y reacciones que van anunciando, cada vez con mayor claridad, la vorágine guerrera europea.

Corre el mes de julio de 1914 cuando describe metafóricamente el frágil equilibrio que sostiene la paz entre "dos grupos de alianzas émulas" –Francia con Rusia y Alemania con Austria– que mantienen una suerte de cruce de espadas, un balance precario que se rompe "si alguna de estas espadas sale a la guerra de conquista". Anticipa que el enfrentamiento no dejará indiferentes a Italia e Inglaterra, que será un conflicto continental y catastrófico para Europa, el peor de su historia moderna, pues "aspectos íntegros de la civilización pueden desaparecer".

La guerra es inevitable y el 29 de julio escribe: *"ça y est"*. Sobre el Emperador y el Imperio Austro-Húngaro deja constancia de su predicción: "...no perderá la vida: lo que puede perder, si la guerra se continentaliza, es la corona y el trono. Su pueblo elegido, su imperio de mosaico, puede convertirse en un mosaico de pequeñas naciones independientes, tal vez republicanas...".

Los franceses, asegura, no quieren el enfrentamiento armado, aunque su Gobierno y el inglés se hubiesen estado preparando para la lucha. Ya en agosto, declarada la guerra por Francia, París se transforma: se llenan

las iglesias, las calles se van quedando solas y cesa el bullicio nocturno de Montmartre. Las tropas alemanas avanzan rápidamente.

Hay que irse de París

De sus días en París y Pornichet, Rufino Blanco-Fombona nos deja saber que ha conocido a una joven normanda, a quien identifica en su diario como "V.T.", por Vida Tranquila. Sobre ella, con quien se ha instalado en un piso cerca de la iglesia de San Sulpicio, escribe en julio de 1912: "Necesito de Vida Tranquila... Le he prometido matrimonio y me casaría al punto, si no fuese por el compromiso moral que tengo en Caracas y no quiero eludir. Conflicto entre dos deberes: drama".

Al año siguiente reitera en sus anotaciones su afección, respeto y gratitud por "la miel que tan discreta y desinteresadamente" ha puesto V.T. en su vida. La describe de carácter recto y noble, "buenamoza, alta, elegante", con "una juventud triunfal de veintitrés años". Reconoce que jamás tuvo "tan larga convivencia de carácter hogareño con persona de su condición social y moral" y aprecia la "economía normanda", que le ha enseñado a vivir mejor que nunca, gastando menos.

No deja de recibir cartas de la novia de Caracas, noticias de los parientes. En 1912 han muerto el tío Eduardo Blanco y la muy cercana tía Benigna Fombona. Es grande su resentimiento y tristeza por la diáspora familiar.

Ronda los cuarenta años y, como hemos visto, la vida más sosegada que logra en medio de sus inquietudes ha contribuido a que su estancia en Francia sea muy fructífera para la escritura y la publicación de libros y artículos.

También es etapa propicia para la lectura, de la que hace sus balances. Prefería leer diarios íntimos o memorias, particularmente las no políticas ni militares ("los soldados resultan prolijos y carecen de alma como las bestias", llegó a escribir); luego las biografías de hombres célebres; después las de "hombres corrientes" (las novelas modernas); los estudios de crítica y, por último, las lecturas de psicología, psiquiatría y "aun de lo que llaman ahora los alemanes y austríacos, psicoanálisis".

En el verano de 1913, mientras "la vida corre ociosa y grata entre un bosque de pinos y el mar" en la costa occidental francesa, inicia su

segunda novela. Se propone entregarla a la imprenta en menos de dos meses, que se transformarán en dos años.

En la capital había comenzado también su trabajo como editor. Entre 1912 y 1913 inicia la Biblioteca de Grandes Autores Americanos para la Casa Garnier, con Francisco y Ventura García Calderón, y la Biblioteca de Clásicos Americanos en la Casa Editorial Hispano Americana. Gran productividad, muchos proyectos, pero ha llegado la guerra y es inevitable salir de París.

A San Sebastián y Madrid

Mediando agosto de 1914, cruza en tren la frontera entre Francia y España para instalarse en San Sebastián. Lo hace con la esperanza de que las hostilidades no se prolonguen, a pesar de los graves indicios de lo contrario. Le preocupa que esta guerra pueda significar "retrovenir a la barbarie por exceso de civilización".

Tal vez recuerde entonces las deliberaciones y magros acuerdos de la Conferencia de Paz de La Haya, en 1907, que tan de cerca había podido seguir.

Quizá esté en su memoria el primer viaje a España, dieciocho años antes, cuando al escuchar "el rasgueo de una guitarra y el canto de un hombre" reconoció una melodía de su infancia. El sentimiento de familiaridad era el mismo, pero muy diversas las circunstancias de esta llegada. Por una parte, era ahora un desterrado al que la guerra recordaba su desarraigo; por otra, viajaba en especial compañía.

Sobre esto último, atengámonos a su escueta anotación del 21 de enero de 1914: "Gran día en mi vida". Es la fecha de nacimiento de su primer hijo con Vida Tranquila: Rufino Blanco-Fombona Millet.

Margarita, Margot Millet Duval, el nombre de la madre del pequeño Rufino y sus hermanos aparecerá pocas veces en otras páginas publicadas del diario. Tras la llegada del primogénito vendrán los nacimientos de Hugo (1916), Sila (1918) y Bolívar (1922).

De los años en España, se perdieron muchas páginas de las anotaciones diarias, casi doce años de registros (de 1915 a 1927) que su autor describe como "lo mejor de mi vida en España, la historia más o menos indiscreta, *au jour le jour*, de la generación española con la que he convivido ¡y lo más sincero y maduro de mi espíritu!".

Será, ciertamente, un período de actividad febril, de dilatada proyección, ya no solo del autor y polemista, sino del gran empresario editorial.

Editorial América, 1915-1933

Ya con la experiencia de las colecciones que había dirigido en París, una vez instalado en Madrid a finales de 1914, entró en tratos con el director de la Sociedad General Española de Librería, una importante distribuidora de libros que contaba con el respaldo económico de los Rothschild.

En abril de 1915 quedaba fundada la Editorial América, con la expresa intención de contribuir a la comprensión del Nuevo Mundo, desde España y desde Hispanoamérica, a la vez que para difundir autores clásicos y nuevos. La amplitud de intereses intelectuales de Rufino Blanco-Fombona le permitió trazar un ambicioso plan, que asumió "con el vigor y la potencia que siempre le acompañaron en todo lo que acometía, acaso sin percatarse de la importancia crucial de lo que hacía", para emplear las palabras con que Joaquín Marta Sosa ha caracterizado la poética de quien ahora inicia una empresa editorial de grandes dimensiones.

Era un vasto proyecto que, hasta hoy, se aprecia admirable. Resultó en trescientos ochenta y cinco libros publicados en 18 años, casi dos libros al mes –entre originales, traducciones y reediciones– usualmente comentados por el propio editor.

La empresa contaba con el compromiso de adquisición y distribución de la Sociedad General Española de Librería y, lo que es esencial, con un equipo de autores y traductores que enriquecieron esta impresionante aventura editorial.

El estudio de Yolanda Segnini, *La Editorial América de Rufino Blanco-Fombona* (2000), ofrece una bien documentada perspectiva sobre este proyecto, cuyo valor crece cuando se considera que se desarrolló en las incertidumbres del país que transitaba el final de la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura del general Miguel Primo de Rivera y el comienzo y crisis de la Segunda República Española.

A tales consideraciones, la investigadora añade acertadamente "la trascendencia cultural y el poder intelectual y personal que represen-

taba para un hispanoamericano ser dueño en España de una editorial tan dinámica (...), pero en especial para alguien procedente de un país donde el desarrollo de tal actividad era impensable".

En conjunto, se trata de un esfuerzo que fructifica en un cúmulo de obras que hasta hoy darían forma a una excelente biblioteca, organizada en torno a nueve series que vale la pena revisar.

Las colecciones

La Biblioteca Andrés Bello, con el subtítulo "Literatura", fue la primera de las series en salir a la venta y acumuló setenta y siete libros. En su promoción se lee: "...única en el mundo, es una colección de las mejores obras hispanoamericanas desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días". Entre sus autores, se encuentran los cubanos José Martí y Enrique José Varona; el nicaragüense Rubén Darío; los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, Carlos Pereyra y su esposa María Enriqueta Camarillo; el argentino Domingo Faustino Sarmiento, y los uruguayos Julio Herrera Reissig y José Enrique Rodó.

Mención especial merecen los venezolanos, entre quienes se incluyen personalidades políticamente adversadas por Blanco-Fombona –por su apoyo al régimen gomecista–, al igual que algunos escritores que se mantuvieron al margen o se opusieron abiertamente a Gómez. Son ellos: Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Manuel Vicente Romero García, José Rafael Pocaterra, Rafael Bolívar Coronado, el mismo Blanco-Fombona con tres de sus novelas, y los fallecidos Cecilio Acosta, Miguel Eduardo Pardo, Andrés Bello y Rafael María Baralt, este último parcialmente desvirtuado por Bolívar Coronado, a cuyas invenciones volveremos luego.

La Biblioteca Ayacucho, que se anuncia con el subtítulo "Historia", procuraba mantener viva en "las generaciones venideras" las referencias históricas de la lucha por la independencia y la valoración de la libertad conquistada. Memorias, biografías, correspondencia y estudios históricos dan forma a sesenta y tres títulos, entre cuyos autores se cuentan Fray Servando Teresa de Mier, Daniel Florencio O'Leary, José Antonio Páez y Rafael Urdaneta. La Biblioteca también ofrece la visión de realistas españoles como Rafael Sevilla, Andrés García Camba, el

Regente Heredia, Pedro de Urquinaona y Pardo; además de la perspectiva de oficiales extranjeros, como los británicos Richard Longeville Vawell, Lord Thomas Alexander Cochrane, el General William Miller y William Bennet Stevenson.

El trabajo de Blanco-Fombona en esta colección es particularmente arduo. En ocasiones interviene en las ediciones con amplios prólogos, comentarios y referencias. Valga citar el ya mencionado caso de la obra de Felipe Larrazábal, *Vida del Libertador Simón Bolívar*, originalmente publicada en 1865. Al introducirla como parte de la Biblioteca Ayacucho en 1918, el erudito empresario escribe: "La presente edición de la *Vida de Bolívar* por Larrazábal ha sido corregida y modernizada por el autor de estas líneas". En esas primeras páginas anuncia que ha hecho modificaciones de redacción y del plan de la obra, que ha suprimido "el tono polémico y ditirámbico", así como rectificado conceptos como "al eliminar, por ejemplo, anacrónicas declamaciones contra España". Lo que considera más importante es su incorporación de "nuevos puntos de vista y nuevos horizontes respecto a Bolívar en sí y de la Revolución Hispano Americana, en relación con la historia universal". Inserta veintiún notas, la mayoría muy extensa, a lo largo de los dos tomos de este título. En suma, una intervención mayor de la obra del autor a quien se asemeja en su bolivarianismo y estilo de exaltación poética.

En los treinta y dos volúmenes de la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, salvo por un estadounidense, los autores son todos hispanoamericanos. Una tercera parte comprende venezolanos como José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Ángel César Rivas, Julio César Salas y Cecilio Acosta. Por su parte, la Biblioteca de la Juventud Hispano Americana recoge en sus veintidós títulos estudios de historia política, social y diplomática, escritos con fines pedagógicos y de difusión. De la Biblioteca de Autores Varios, que irá subtitulada entre paréntesis "Españoles y americanos" o "Españoles e hispano-americanos", harán parte treinta y cuatro trabajos, la mayoría de autores españoles y solo siete de nacidos en Hispanoamérica.

La más amplia en volúmenes, con ciento dieciséis títulos, fue la Biblioteca de Autores Célebres, que publicaría al mes una o dos obras "de los más ilustres autores extranjeros" traducidos "escrupulosamente por

eminentes literatos americanos y españoles". La Biblioteca Porvenir y la Biblioteca para Todos, alcanzó veintiséis libros, orientados hacia propósitos diversos. La primera tiene en la mira el presente y futuro inmediato en un mundo removido por una guerra que llega a su fin, y donde ya asoman nuevas crisis; Lenin, Bujarín, Bauer y Engels son autores de esta serie. La segunda, en un conjunto en que prevalecen autores rusos y franceses, reúne obras de Tolstoi, Gorki y Dostoievski, entre otros.

Fuera de las colecciones, otros libros completaron la publicación de trescientos ochenta y cinco títulos en una empresa cuyos logros, por sí solos, eran un extraordinario balance de vida.

Un insólito engaño

Anécdota curiosa sobre la Editorial América, que hizo pasar malos ratos a su director, fue aquella que acompañó a la serie Historia Colonial, concebida como complemento a la revisión cronológica de la historia de la América Española.

El escritor venezolano Rafael Bolívar Coronado aportó obras a varias colecciones e introdujo los siete títulos que la Biblioteca Americana de Historia Colonial publicaría en tres volúmenes. Tales libros fueron armados a partir de documentos identificados con todos los detalles de un manuscrito, supuesta obra del cronista "Maestre de Ocampo". El investigador aseguró haber dado con estos papeles en la Biblioteca Nacional de Madrid, "curioseando en los empolvados anaqueles". Pero en realidad tales documentos no eran más que invenciones de Bolívar Coronado.

Cabe imaginar el resto del episodio. Ya publicados los libros, Blanco-Fombona, enfurecido, se dispuso a enfrentar al autor del fraude, colaborador y viejo conocido, pero este ya se había marchado de Madrid. La publicación de *Memorias de un semibárbaro* con la firma de Bolívar Coronado, y no bajo el seudónimo que había propuesto para protegerse (Oliverio Castro Gómez), fue la forma que encontró el editor para desquitarse del engaño.

El hombre de oro

Iniciada su escritura en Pornichet y concluida en Madrid, *El hombre de oro* comienza a circular en 1915. Sus páginas evidencian el impacto

del destierro sobre el autor. Ese "ver la realidad de la Patria desde lejos" que, en palabras de la profesora Maguy Blanco-Fombona, viene con "el dolor y la ira" de quien enjuicia al país y a los responsables de su decadencia política y moral.

La trama de la nueva novela descubre encantos y miserias de esa patria en el tránsito del siglo XIX al XX, con acento en la degradación del Gobierno y la sociedad en los años de Castro y a la llegada de Gómez. Algunos de quienes los rodearon, con sus nombres reales, pequeñas variantes o perfiles como el del "general Chicharra", son descritos en abyectas actitudes y conductas.

En cuanto a la sociedad, la presenta a través de contrastes. Así aparece el encanto de lo rural, en los alrededores de una bodega y granja en Chacao, y lo urbano, donde va desapareciendo la tradición de la Caracas del siglo XIX; la bondad de las tías Agualonga, de familia patricia venida a menos, abusadas por la falta de escrúpulos de la ambiciosa sobrina Olga; la generosidad e ingenuidad del curandero Matamoros, que termina preso, frente a la avaricia y cálculo del agiotista Irurtia, que llega a ser Ministro del Tesoro. Es él precisamente, esta suerte de Shylock, el desalmado y muy miserable "hombre de oro".

Viene a la memoria la ya citada crítica de Picón Salas sobre la extrema politización del argumento. Pero desde esa escritura también se comprende al exiliado, su manera de pensar el país y mantenerse vinculado a él, siempre con la idea de contribuir a cambiarlo.

Aunque frustrada, esa aspiración se mantiene visible en su escritura, de la que Rubén Darío había expresado años antes: "No sé por qué o sí sé por qué, toda la obra de este nervioso y brillante venezolano me parece obra de combate". Lo mismo podrá decirse de *La máscara heroica*, *La mitra en la mano*, *La bella y la fiera* y *El secreto de la felicidad*, novelas publicadas entre 1923 y 1933.

Tristezas, honores

En 1916 se realiza el matrimonio por poder entre Rufino Blanco-Fombona y Carmen Dolores Casanova, la novia caraqueña. Ni el diario –cuyas páginas de finales de 1914 hasta 1927, ya se ha dicho, desaparecieron junto con muchos otros papeles– ni la "Nota Final" de *Camino de*

imperfección registran el doloroso final de esa unión, que termina con la muerte de la joven esposa a comienzos de 1917 en Madrid. De la tristeza del viudo nacerá el *Cancionero del amor infeliz*, publicado en 1918.

Esto nos dicen algunos versos del poema "La tragedia":

Buscábamos, buscábamos
la puerta del hada munífica.
Huíamos, huíamos
De la negra Dama Desdicha.

¡Y qué correr! ¡No vuelan
tanto ni pájaros ni brisas!
¡Bebíamos el viento
con ansia trágica infinita!

Otras congojas lo esperan: la muerte del pequeño Sila, el tercero de los hijos, en 1923, y la de su hermano Oscar, en 1925, durante una "oscura exploración por la Cordillera Central" de República Dominicana, según registra brevemente en *Camino de imperfección*.

Honores y ocupaciones atenuarán las tristezas.

En 1918 es nombrado Cónsul de Paraguay en Toulouse, designación que mantiene hasta 1925. En representación de ese país asiste al Congreso Postal Internacional de Madrid en 1931.

No tiene descanso entre su escritura personal, la editorial y lo que publica en "una treintena de revistas y diarios madrileños", como registra Segnini. Destacan sus contribuciones a *El Sol* (a partir de 1918) y *La Voz* (a partir de 1920). Llega a ser uno de los cinco mejor pagados colaboradores de la prensa de Madrid, junto a firmas tan prestigiosas como las de Azorín (José Augusto Trinidad Martínez Ruíz), Gregorio Marañón, Ramón María del Valle-Inclán (Ramón José Simón Valle Peña) y Andrenio (Eduardo Gómez de Barquero).

Resiente la persecución de la que reitera ser objeto por agentes del régimen gomecista. Alega y documenta en sus notas que la dictadura de Primo de Rivera, instalada en España el 13 de septiembre de 1923, casi no lo dejaba escribir, que "de cada diez artículos (...) tachaba nueve y a veces nueve y medio", y añade, en buena síntesis de sus avatares políticos:

(...) el mismo dictador declaró –lo publicaron todos los diarios– que se tachaban mis trabajos porque yo era un detractor sistemático (o algo así); el gobierno anterior a la dictadura, me arrebató judicialmente una obra (...) y me procesó; la misma dictadura me tuvo preso, con un motivo fútil, por excesivo entusiasmo republicano (...); por último, se me han arrebatado, a ciencia y paciencia de la política española, y no de una vez sino sucesivamente, cartas, documentos y manuscritos inéditos de obras exclusivamente literarias.

No cesa la presión desde Caracas: lo intentan asociar al asesinato de Juancho Gómez, arrecia la presión diplomática para sofocarlo a través del gobierno del general Primo de Rivera y la Nunciatura, y bajo el título *Fombono* es publicada por encargo en Inglaterra, en 1923, una novela para descalificarlo.

Pero también hubo solidaridades y reconocimientos. Cuando fue prohibida y recogida de circulación *La máscara heroica*, el Ateneo de Madrid convocó una sesión solemne para leer páginas de la novela, que es a la vez reproducción levemente alterada y expediente de denuncia de la dictadura gomecista. Recibe del presidente Álvaro Obregón, a través del ministro José Vasconcelos, la invitación para residenciarse en México. Ese mismo año es incorporado como miembro a la Academia de la Historia de Cuba. Antes, en 1916, lo había sido a la Academia de la Historia de España.

Poco después, cuando cumple cincuenta años, ya suman más de treinta los autores que han escrito estudios sobre la obra del polígrafo venezolano, según recuentan Castellanos y Rivas Dugarte. Ese 17 de junio de 1924 es nuevamente homenajeado por el Ateneo de Madrid, donde acude a la muy concurrida celebración en su honor con sus dos hijos mayores, Rufino y Hugo, de diez y ocho años respectivamente. Dos años después será admitido como socio propietario del Círculo de Bellas Artes madrileño

De mayor significación fue su postulación para el Premio Nobel de Literatura, en 1928. Con el apoyo de ilustres nombres del Ateneo de Madrid y la Real Academia Española, 51 firmas de científicos, políticos, académicos, críticos y escritores lo postulan sobre la base de su producción literaria y su labor editorial. No tuvo apoyo venezolano. El Gobierno de su propio país hizo todo lo posible, incluido el envío

de un agente a Estocolmo, para evitar que la decisión de la Academia Sueca lo favoreciese.

Respecto a la candidatura, leemos en una nota fechada en 1933:

No puedo menos que recordar emocionado que en España se ha pedido para mí el Premio Nobel de Literatura. ¿Y cómo olvidar que la solicitud lleva algunas de las firmas más ilustres de España? (...) Esa generosidad mueve hasta los silos cuanto de reconocimiento puede caber en el alma de un hombre, que posee muy claro el sentido de las relatividades.

No todo es literatura y trabajo editorial, ya de suyo meritorio y exigente. El desterrado venezolano ha entrado de lleno en la política española, sin dejar de conspirar contra el régimen de Gómez.

Destino provisional **y ajeno**

No es difícil imaginar a nuestro personaje el 14 de abril de 1931, cuando se proclamaba la República en España, más que testigo de las celebraciones en las calles de Madrid. Del mismo modo, es imposible pensarlo distante de las agitaciones que a finales de la década de 1920 se sucedían en Venezuela, donde se sigue sintiendo destinado a hacer algo políticamente trascendente.

Luchas, esperanzas, decepciones

Movimientos militares, protestas estudiantiles e invasiones sacuden la paz impuesta por el régimen gomecista. En 1928, a los sucesos de la Semana del Estudiante del 5 al 14 de febrero, siguen los del 7 de abril, cuando algunos líderes estudiantiles se unen al alzamiento de militares en dos cuarteles de Caracas: Miraflores y San Carlos. Luego, en 1929, vendrán la invasión comandada por Gustavo Machado y Rafael Simón Urbina, en junio, y la del Falke, planeada en combinación con otros desembarcos y operaciones insurgentes, entre julio y agosto.

"A la memoria de los estudiantes universitarios de Venezuela" dedicará Blanco-Fombona su libro de cuentos *Tragedias grotescas - Novelines de la fe, del amor, de la maldad y de la estupidez* (1928). La figura de estu-

diantes reflexivos, críticos, está ya presente en *El Hombre de Hierro*. En este nuevo libro aparece la imagen del joven combativo que, por orden del general y presidente "Tiberio Borgia", es hecho prisionero en una redada en la que han caído muchos otros estudiantes y enviado a la fortaleza de San Carlos. "El déspota les tenía miedo y odio especiales", escribe en el relato "El rey del café", en el que a cambio de la libertad del muchacho se obliga a sus familiares a entregar la hacienda que les da sustento. Para añadir cinismo al atropello, el emisario "Antonio Py Mantel" ofrece a la madre un puesto para el joven en el Gobierno:

– *...¿Qué estudia? Es decir, ¿qué carrera va a seguir?*
– *La de abogado.*
– *¡Magnífico! Lo meteremos en la Administración de Justicia.*

En 1929, *La bella y la fiera* nos presenta de nuevo a dos estudiantes perseguidos, presos y torturados por el régimen de "Tiberio Borgia".

La indignación del desterrado no se queda en la escritura. En las páginas de *Dos años y medio de inquietud*, leemos la anotación del 15 de abril de 1928: "Se prepara, preparamos, una revolución –otra revolución– contra el asesino y expoliador de Venezuela, Juan Bisonte, el traidor". Se refiere al plan de invasión que se fragua desde 1927.

En carta de enero de 1929 al jefe del movimiento, Román Delgado Chalbaud, se adivina la complejidad de un movimiento que mezcla varias generaciones de antigomecistas. Blanco-Fombona es partidario de hacer la revolución "como siempre se han hecho las revoluciones", con claridad de propósito y corriendo grandes riesgos.

Costó mucho conseguir recursos adicionales a los que el inspirador y comandante de la invasión entregó de su propio patrimonio, y fue mucho más difícil coordinar personas e ideas muy diversas en torno a un plan de compleja ejecución.

El 5 de julio, en París, es firmado el Pacto de Unión, organizada la dirección de las campañas de oriente, centro y occidente, además de constituida la Junta Suprema de la Liberación Venezolana que asumiría el Gobierno revolucionario al llegar al país. La componen: Santos Dominici, Alberto Smith, Rafael Arévalo González, Rufino Blanco-Fombona, Pedro José Jugo Delgado, Néstor Luis Pérez, José Rafael Pocaterra, Pedro Elías Aristeguieta, Manuel Flores Cabrera y Atilano Carnevali.

A esa cita asistieron venezolanos exiliados, "aventados por el barbarócrata y su barbarocracia a los cuatro puntos del horizonte", como describe para ese día la anotación en *Dos años y medio de inquietud*. Como partícipe de un reencuentro muy extraño, escribe el autor del diario y miembro de la Junta: "He vuelto a ver caras de hace veinte y tantos años. Son las mismas y, sin embargo, son otras. Son como caricaturas de personas a quienes dejé de ver hace un cuarto de siglo". Además de los viejos protagonistas –como el propio Delgado Chalbaud, Francisco Linares Alcántara, Juan Pablo Peñalosa o Leopoldo Baptista–, está comprometida otra generación, las de jóvenes estudiantes como Rafael Vegas, Armando Zuloaga Blanco, Gustavo Machado y Samuel Mc Gill Sarría.

El plan fue concebido en dos etapas: la primera se dirigiría a oriente y la segunda partiría –con la Junta de civiles a bordo– con destino a Caracas, mientras avanzaban fuerzas desde occidente.

Aunque con muchas referencias compartidas –entre otras, la publicación de la novela *El doctor Bebé* (1917) en Editorial América– Pocaterra y Rufino Blanco-Fombona se encuentran por primera vez en París. "La impresión que me ha producido personalmente no puede ser mejor", leemos en el diario. La apreciación es mutua. Reconocen la semejanza de sus destinos, a la vez que respetan la energía y voluntad con que el uno y el otro mantienen su preocupación sobre lo que ocurre en Venezuela.

En medio de los preparativos para la segunda expedición y en trance de vender la Editorial, Blanco-Fombona llega a considerar irse en el primer barco. Escribe: "Si encuentro algo de dinero para dejar a mis hijos y a Margot me voy con Delgado". Pero luego el propio Pocaterra le confirmará por escrito desde Dantzig, el puerto de salida, que cuentan con él para la segunda etapa. Va arreglando todo para su partida, entre el 20 y el 25 de agosto.

Mientras llega el día, trabaja afanosamente en *La bella y la fiera*, suerte de secuela de *La mitra en la mano*, en tanto las dos novelas comparten algunos personajes y el explícito contenido e intención antigomecista. Ha comenzado a escribirla en Madrid, en febrero de 1926, y la terminará en Toulouse, en agosto de 1929. No es extraño que así la introduzca: "más que novela, es una acción de ciudadano".

En la trama son héroes indudables Florencio Palacios y Augusto Fajardo, nombres que recogen referencias familiares del autor. Son estudiantes universitarios en fuga, que acaban torturados y asesinados por el régimen tiránico de "Tiberio Borgia". El país novelado, de hermosa y temible naturaleza, se presenta también en la generosidad y miseria de la sociedad sobre la que se sostiene un gobierno arbitrario, la bella que se vende a la fiera. Pero otras bellezas y fierezas se descubren en el recorrido de personajes que se mueven entre sus afectos y los inevitables temores al poder opresivo.

Está allí la Venezuela que el exiliado no puede ni quiere olvidar. En ella, al lado de las sombras de presos y torturados, cuyos sacrificios son crudamente descritos con amplio auxilio de las *Memorias* de Pocaterra, se encuentra también la luz de jóvenes estudiantes con convicciones, prisioneros que no claudican y obreros petroleros que se atreven a protestar.

El 14 de agosto de 1929, quien cuenta los días para su viaje, se entera por la prensa del fracaso del desembarco del "Falke". Sabe que dos de sus jefes murieron en Cumaná, pero no hay precisiones. Una semana después se confirma la muerte de Román Delgado Chalbaud y, entre otras más, la del pariente Armando Zuloaga Blanco, nieto del tío Eduardo Blanco. Poco a poco va conociendo y analizando los desencuentros y el desenlace del fatídico día.

Así exculpa al responsable de haber echado al mar el parque de armas:

El caso de Pocaterra, aunque lamentable en sí, se explica. La oficialidad alemana del barco perdió la cabeza. ¿Cómo entrar en aguas de Granada, isla inglesa, con un parque a bordo y habiendo sido el buque declarado pirata? El capitán del barco, muerto de miedo, hablaba de entregar el buque, el parque y al mismo Pocaterra al Gobierno de Venezuela.

Fracasada la invasión, debió volver a Blanco-Fombona, con especial intensidad, un pensamiento recurrente que pocos días antes había manifestado en las páginas de su diario: "He ido creyendo, día por día, que todo iba a pasar, que iba a reintegrarme a mi destino; y lo que ha pasado es [que] mi vida y mi destino permanente y propio ha consistido en vivir un destino provisional y ajeno. Lo provisional he sido yo".

Esa provisionalidad es pieza clave en su drama personal y alimenta el profundo rechazo hacia Juan Vicente Gómez y su régimen. Con todo, es interesante y reveladora otra de sus posiciones irreductibles, que se lee en *Dos años y medio de inquietud*, en el registro del 7 de julio de 1930. Tras comentar que ha sabido de una conspiración para la que un grupo de venezolanos, encabezado por Jugo Delgado, busca apoyo de los Estados Unidos, afirma: "Si a ese precio debe caer Gómez que viva y gobierne cien años".

Gobernador en España

Aun con lo que conocemos hasta aquí, no deja de sorprender que un exiliado haya sido nombrado Gobernador en España. El ilustre venezolano lo fue para las provincias de Tenerife, Almería y Navarra entre septiembre de 1933 y mayo de 1934. Conviene precisar que no llegó a asumir en Tenerife, estuvo casi un mes en Almería y poco menos de cinco en Navarra. Datos precisos e interesantes reflexiones de Joan Serralonga y Urquidi evidencian que la brevedad en tales cargos fue signo característico de los años de la Segunda República Española: cincuenta provincias tuvieron seiscientos treinta y cinco gobernadores entre 1931 y 1939.

Los vínculos políticos de Blanco-Fombona con los republicanos debieron nacer en las tertulias del Ateneo de Madrid, que él mismo define como "hogar intelectual de las libertades españolas", del que los socios izquierdistas se retiraron cuando el gobierno dictatorial del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930) comenzó a espiar e interferir en sus actividades. Pero allí volvieron al caer la dictadura, reafirmando posiciones contra el Rey Alfonso XIII por amparar la traición del dictador a la constitución y las libertades.

A finales de enero de 1930, al conocerse la renuncia de Primo de Rivera, quien ya no puede escapar del vértigo de la política española, anota que los republicanos entrevén el principio del fin de la monarquía y los dinásticos el de la usurpación del régimen, mientras la mayoría "levanta los hombros". Luego advierte: "La aguja no marca hacia el norte sino hacia el caos".

El Ateneo, referencia intelectual de oposición política, lo elige vicepresidente de una de las secciones de la nueva directiva. Allí figuran

personalidades notables en sus disciplinas y por su posición política crítica: todos contra el monarca y algunos contra la monarquía.

El ateneísta venezolano participa de los entusiasmos que animan el foro y calientan las calles madrileñas. Así define su posición revolucionaria: "Los republicanos son la inteligencia; aunque los socialistas sean el número. Ambos se complementan. Nosotros sin ellos somos meras unidades. Ellos, sin nosotros, vanos ceros".

Admira los discursos de Indalecio Prieto y, de modo especial, el de don Miguel de Unamuno a su regreso del destierro impuesto por la dictadura. "Su discurso ha sido valiente, (...) este viejo de cabellos y barba blancos es más juvenil que muchos jóvenes". Comparte las acusaciones "concretas, de verdadero carácter revolucionario", el talante republicano, antialfonsino y antidinástico del expositor.

Serralonga y Urquidi extrae de los diarios de Manuel Azaña referencias a una visita de Blanco-Fombona a su despacho para "pedirle una cosa necesaria para la liberación de Venezuela (...) lo que pide es una locura y una extralimitación". Lo que aspiraba el visitante del ministro de Guerra era apoyo para una expedición: un vapor artillado, doce mil rifles, medio centenar de ametralladoras y una decena de cañones. Ni en aquellas circunstancias de incertidumbre el hombre del largo exilio abandona el afán de hacer algo por Venezuela, por él, por su retorno.

De los días de la revolución española escribe en nota de 1942 en *Dos años y medio de inquietud*: "...fui republicano ultraliberal. Pertenecí al Partido Radical, en servicio del cual serví de gobernador en varias Provincias".

Al jefe del radicalismo, Alejandro Lerroux, le correspondió formar Gobierno en 1933, tras la crisis que provocó la salida de Manuel Azaña de la presidencia del Consejo de Ministros. Así, a dos años de republicanismo reformista, siguieron dos años de radicalismo, pero en alianza con la derecha. Nunca como en este bienio, leemos en el estudio sobre el aparato provincial, fue tan esencial que en las provincias potencialmente conflictivas se designaran "los más adictos a las directrices del gobierno del señor Lerroux". Uno de los casos complicados era Almería, breve destino del desterrado venezolano. No había obstáculo para ello.

Blanco-Fombona, pensando en sus hijos, había sido activo promotor de una reforma que permitiese la doble nacionalidad. Una vez acordada, se contó entre los beneficiarios de la medida.

En sus líneas de 1942, el efímero gobernador se aproxima a las razones de su separación del Partido Radical y su distanciamiento de Lerroux. Copia al efecto su carta de petición de baja de las filas del Partido Radical, aún en el poder, cuyas primeros parrafos dan valiosas pistas sobre el origen de la ruptura:

Ilustre amigo. Una torpeza mía ha puesto a prueba, indeliberadamente, la confianza de usted en mí; y veo, con profunda pena, que he perdido esa confianza. ¿Por qué? Lo ignoro.

He podido cometer hasta errores garrafales, nunca acciones equívocas. He sido toda mi vida y espero seguir siéndolo, hombre diáfano y sincero, acaso demasiado. Mi actuación en Navarra tuvo por norte defender aquello que fui a representar y en nombre de lo cual ejercía funciones. ¿Puede reprochárseme?

Como gobernador de Navarra, donde no había partido republicano en que apoyarse, acudió a los socialistas, "los únicos antimonárquicos de toda la Provincia". Así se hizo, en su criterio sin verdadero fundamento, sospechoso de socialista entre los radicales.

Quizá intuyendo sus últimos tiempos de destierro, hará en 1933 un balance de sus años fuera de Venezuela.

La etapa más fértil de la vida

Ya roza los sesenta años cuando escribe: "La vida de un hombre se compone de cuatro etapas desemejantes de 18 años cada una". Se refiere a la infancia o mocedad, la juventud propiamente dicha, la madurez y la vejez, hasta cumplir 72 años: "Lo demás se llama sobrevivencia". Y hechas sus cuentas, es en España donde ha vivido casi toda su juventud y madurez. Llega a pensar que ese destino lo ha salvado: "De haber permanecido en mi país de origen, la política, la sífilis y el aguardiente me hubieran liquidado".

España se convirtió para él en otra patria, desde la que puso empeño en proyectar –a través de sus artículos, libros y con su empresa editorial– visiones de Bolívar, de la historia de Hispanoamérica y de la

evolución de sus pensadores y repúblicas. Piensa que su obra, a falta de otros méritos, tiene el del entusiasmo.

En su mirada retrospectiva, agradece la benevolencia con que favorecieron su trabajo la prensa y los círculos críticos profesionales. Valora las ediciones y reediciones de sus libros, los estudios de que han sido objeto él y sus páginas. Se identifica con España, como la percibe en aquella descripción de una tarde de toros del 8 de junio de 1905:

No se puede imaginar nada más viril, ni más bárbaro, ni, en su género, más hermoso. Toda España, lo más característico de su pueblo, acompaña, mudo o ruidoso testigo, la fiesta y le da sentido: el amor de la bravura, el desdén de la vida, la voluntaria ignorancia de su precio; la indiferencia para el dolor de los animales, el complacerse en lo dramático, el gusto por el color, por el ruido, por el sol, por la multitud, por el hierro, por el toro, por el caballo; la dureza, el estoicismo, la inquisición, el desafío, la fe, la guerra, la muerte, toda España, toda la psicología y la historia de los españoles alienta en la fiesta de toros, "la fiesta nacional". Nada puede compararse a esta fiesta deslumbrante y ensordecedora.

Pero Blanco-Fombona ya no se reconoce como el mismo que escribió tales líneas: "Cuando empezó a escribir, el autor era todavía joven: alrededor de treinta años. Desbordaba en ideas, sensaciones e intemperancias moceriles. No podemos censurarle que fuera impetuoso y un poco petulante".

En su balance preliminar de vida, se juzga con dureza: "He sido un aficionado en todo"; pero también con humana comprensión: "He vivido una vida de espera, una vida provisional, aguardando lo que no iba a llegar nunca".

Piensa en su historia familiar y la separación de los hermanos, luego en sus tres hijos, apenas adolescentes y en su propia familia: "Se ha levantado esta parvada de hijos, se ha fundado este hogar durante mi destierro, lejos de las tradiciones, del calor y la unión del antiguo hogar venezolano, único tesoro salvado (a medias) entre tanto y tanto naufragio".

Dentro y fuera de las letras

Vuelve a pesar en su ánimo que, desde comienzos de 1928, le han detectado una pequeña dilatación de la aorta que lo preocupó, aunque –ya hemos visto– no lo paralizó en absoluto. En los temores de

entonces, vertidos con gran franqueza en su diario, se inspira la novela corta "Nuestros hijos", incluida en *Tragedias grotescas*. Allí, un médico diagnostica al paciente el mismo padecimiento y le indica un régimen muy estricto, a pesar del cual el mal gana terreno y postra al enfermo. Al final, describe la escena de los hijos que se despiden para asistir a una competencia deportiva y la madre que los acompaña hasta la puerta, mientras el padre agoniza y fallece.

El autor del relato sigue viviendo y, a pesar de sus aprensiones, se mantiene activo, muy atento a todo lo que le interesa. Hasta finales de 1931 se mueve entre Madrid, y Toulouse, donde Margot y los hijos están instalados en una finca. Desde octubre de 1931 se encontrará con ellos en Barcelona. Pero su vida está en Madrid. Allí participa en la política española, continúa con su empresa editorial y se mantiene pendiente de la política venezolana.

De ese ánimo, con el que asume lo que considera el inicio de su vejez, está impregnada su última novela: *El secreto de la felicidad* (1933). En su trama, encontramos a un joven poeta que busca inspiración para su comedia mientras presencia la descomposición de su entorno familiar y su país, en el péndulo de una a otra revolución. Así concluye:

> *No tengo que buscar más para mi comedia. La vida me la da hecha. El Dolor, como siempre en todas las comedias o en todos los dramitas de la realidad, será el protagonista. También habrá un puesto para el Amor, que endulza las mayores amarguras. Solo me falta el título. La titularé* El secreto de la felicidad... *¿Y por qué El secreto de la felicidad? (...) ¿cuál es? ¿En qué consiste? ¿Quién lo conoce siquiera?*

En el fondo parece haber un soplo de "Explicaciones", aquel poema de tres décadas atrás sobre la inspiración del poeta en "cosas de llanto y cosas de bien".

En junio de 1930, en *El Heraldo de Madrid*, había sido publicada una entrevista que aproxima contornos de su insatisfacción. A la pregunta: "¿Qué destino hubiera querido imprimir a su labor?", responde: "Hubiera querido ser algo muy fuera de las letras: un caudillo".

No ha renunciado a su aspiración de acción política, al cumplimiento de una misión que siente le ha sido arrebatada. Pero también sabe que en Venezuela su obra ha sido silenciada. Allí, él apenas existe.

Pronto ha de celebrar el final del gobierno de Gómez y el inicio del de Eleazar López Contreras, coincidentes con la crisis de la Segunda República y cercanos al inicio de la Guerra Civil Española.

Partió a Venezuela el 3 de abril de 1936, habiéndose ya comunicado con el nuevo Presidente, quien le había requerido hacer contactos y arreglos en Madrid para el asesoramiento en la creación de la Guardia Nacional.

Llega al muelle de la Guaira el 14 de abril de 1936, veinticinco años y medio después de su partida al exilio.

La tierra, que amó, **le sea propicia**

Han transcurrido seis años desde el retorno del desterrado cuando, en 1942, lo visita Francisco Carmona Nenclares, escritor español ahora exiliado en Venezuela, que prepara un nuevo estudio sobre el amigo con quien conversara por primera vez en 1926. Lo encuentra semejante y distinto al que había conocido y entrevistado hacía tres lustros:

Volvemos a ver el mechón rebelde, ahora de plata, sobre la frente, más ancha y acusadora. Los ojos brillan, quizá, con el fulgor metálico de antaño. Tiene en el cuerpo la antigua y grávida madurez de arcilla... Sí. Parece el mismo Don Rufino; todo, empero, es distinto. No hay duda. Mirando dos veces es como se ve. Las erosiones del tiempo han aparecido ya. La piel está lisa, pulida y tirante sobre la enorme bóveda frontal, acantilado del rostro.

Muchos otros autores habían publicado para entonces estudios sobre Rufino Blanco-Fombona. Entre ellos, destacan Andrés González Blanco, también español; Georges Lafond, francés; Howard B. Mac Donald e Isaac Goldberg, estadounidenses; Elysio Carvalho, brasileño; Mario Puccini y Ezio Levi, italianos; Hellmutk Petriconi, alemán; Justo Manuel Aguiar, uruguayo; y Antonio Aramburu, argentino.

Estos estudios, su voluminosa obra, los significativos reconocimientos acumulados, parecían aumentar –antes que aligerar– el peso de su larga ausencia.

"La tristeza del águila"

No le faltaron quehaceres al regresar a Venezuela. Asumió en mayo de 1936 como gobernador del estado Miranda, con un programa modernizador del que destacó el esfuerzo por crear decenas de escuelas. En agosto del año siguiente, afectado por un primer ataque cardíaco, debió dejar el cargo.

En sus notas sobre el ejercicio en la gobernación, expresó su preocupación por el fermento de ideas comunistas y por los "jóvenes desterrados que las importaban del ostracismo" e intentaban "insolente e inocentemente, a base de audacia y sin apoyo firme" derrocar al gobierno de López Contreras. Por enfrentar a "cuatro periódicos gritones, cuatro oradores ampulosos y una huelga general prematura" el desterrado del gomecismo fue descalificado por la prensa como "pequeño Gómez".

Entre 1938 y 1939, se desempeñó como Administrador de la Aduana de Güiria, pero la soledad y un destino apenas "bueno para hacer dinero" no iban con su carácter.

En 1939 ingresa a la Academia Nacional de la Historia y a finales de ese año, tras declinar un destino diplomático en Holanda, asume en Montevideo las funciones de Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Uruguay. Es muy bien recibido y su posición lo estimula a desarrollar una intensa actividad como conferencista, a tal punto que Castellanos registra más de un centenar de charlas entre 1939 y 1941.

Desde su llegada a Caracas, había comenzado a escribir regularmente en *El Heraldo y La Esfera*, y entre 1937 y 1943 publicó un libro de ensayos, cinco textos sobre Bolívar, su diario *Dos años y medio de inquietud* y un libro de poemas.

Con todo, le pesa el largo destierro. El país poco o nada lo conoce, y a él le cuesta reconocer a Venezuela, moverse con los nuevos tiempos y generaciones.

Vale para él lo que Sanoja Hernández, en su prólogo a las *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1990), llamó "el delito del acaso": Blanco-Fombona era uno de los "hombres leyenda", nacidos en el último tercio del siglo XIX, que "habían llegado retrasados a la cita con el destino".

Cuando regresa de su misión en Uruguay, su cercano amigo, el poeta Jorge Schmidke, le dedica el poema "La tristeza del águila", cuyos primeros versos nos aproximan al ánimo de nuestro hombre leyenda:

El águila en su cresta de granito,
añora con heroica tristeza
sus victorias de ayer; la fortaleza
de sus alas, el reto de su grito.

Principio y fin

En 1943, Rufino Blanco-Fombona publicó en Caracas el que sería su último libro, *Mazorcas de oro*. Allí recoge una selección de versos, escritos entre 1898 y 1941, que sospecha desconocidos en Caracas. Sobre el título, escribe con su proverbial concisión y franqueza: "Maíz viejo y amarillento saca el agricultor o el comerciante para repartirlo y expenderlo cuando las nuevas cosechas aún no cuajan, o simplemente para que no lo devoren el tiempo y las ratas".

El más lejano poema que recoge este libro se titula "Siglo XVIII". El autor lo había proscrito "a fuer de frívolo y aun libertino", pero atribuye su resurrección a las palabras de un "severo Canciller". Se trata de Caracciolo Parra Pérez, quien se le acercó en una reunión social para recitarle al oído, de memoria, aquellos viejos versos. Una vez recordados por ese "hombre de memoria y de gusto", el poeta decide reincorporarlos a su libro. "¿Por qué no podría existir en lo futuro otro personaje del mismo gusto que nuestro Canciller? Y si se atribuye el recuerdo sólo a la frivolidad, ¿por qué no podía existir en lo futuro otro personaje tan frívolo?".

He aquí el poema modernista que, en 1898, había publicado por primera vez en *El Cojo Ilustrado*:

La fresca, amorosa,
y grácil duquesa,
de cutis de rosa
y labios de fresa,

Con la sierva linda,
de menudo paso,
y boca de guinda
y cutis de raso,

Ante uno de rosa
feliz tocador,
compara amorosa
sus senos en flor.

Escuchan un breve
y lánguido paso
que va al tocador...
se abrochan el leve
corpiño de raso,
y llenas de amor

muerden, la duquesa
y la sierva linda:
la humilde, la fresa,
la noble, la guinda.

Cáscara y almendra

Entre los versos más recientes publicados en *Mazorcas de oro* estaban los de "Autumnal", escritos en 1935: "Ni mis cabellos lucen blanco, ni se resigna el alma aún".

Con ese espíritu, su autor emprendió en 1943 un largo viaje que incluyó la búsqueda de tratamiento para su salud, el encuentro con académicos latinoamericanos y el proyecto de publicación de sus obras completas. El recorrido se inició en Estados Unidos y siguió a México, Cuba, Brasil y Argentina. A comienzos de octubre de 1944 llegó a Buenos Aires.

De sus últimos días en esa ciudad, Alejandro Rossi evocó con elocuencia un recuerdo infantil:

Había más o menos revisado nuestra biblioteca y había descalificado, con gruñidos semiamables, la mitad de ella. Contaba mi abuelo [Félix Guerrero] que en los paseos comunes por la ciudad se detenía de pronto ante la estatua de algún prócer, local o hispanoamericano y lo increpaba con sorprendente ardor polémico. Discutir con estatuas no es un mal oficio. Mientras contemplaba la Avenida Alvear frente al Bosque de Palermo, el antiguo modernista le susurró a mi abuelo: "Félix, esto es París, no me lo imaginaba así". Buenos Aires, la ciudad que editó Prosas profanas. Ese día, por desgracia, tuvo los

primeros avisos de la muerte inminente. Cuando falleció, mi madre encontró, debajo de la almohada en el cuarto del City Hotel, un pesado revólver y también huellas imprevistas de que se teñía el pelo. El arma y el disfraz.

Murió el 16 de octubre de 1944. El 8 de diciembre, sus restos fueron sepultados en Caracas tras recibir honores en la sede de la Academia Nacional de la Historia y en la Plaza Bolívar, acompañados por significativa concurrencia. En 1974, en el centenario de su nacimiento y a tres décadas de su fallecimiento, fue acordado su traslado al Panteón Nacional.

Muchos años antes, en el afán por dejar testimonio escrito de sus días, nuestro personaje había redactado las palabras que quería inspirar al morir. En apenas un fragmento, las encontramos hechas del contraste y la polémica que nunca lo abandonaron:

Este hombre como amado de los dioses, murió joven. Supo querer y odiar con todo su corazón. Amó campos, ríos, fuentes; amó el buen vino, el mármol, el acero, el oro; amó las núbiles mujeres y los bellos versos. Despreció a los timoratos, a los presuntuosos y a los mediocres. Odió a los pérfidos, a los hipócritas, a los calumniadores, a los venales, a los eunucos y a los serviles.

Entonces, desde su largo exilio, también dejó expresión anticipada de una sentida aspiración, seguramente no sólo para él, sino para su obra, para su cáscara y almendra: "La tierra, que amó, le sea propicia".

De Rufino Blanco-Fombona

Diarios y notas autobiográficas

- Agosto, 1901 - abril, 1903: *Viéndome vivir. Primer diario inédito*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1998.
- Febrero, 1904 - diciembre, 1905: *Diario de mi vida. La novela de dos años*. Madrid: Ibero-Americana de Publicaciones, 1929.
- Enero, 1906 - octubre, 1914: *Camino de imperfección: diario de mi vida*. Madrid: Editorial América, S.F.
- Enero, 1928 - agosto,1930: *Dos años y medio de inquietud*. Caracas: Impresores Unidos, 1942.
- "Prólogo". *"Cantos de la prisión y del destierro"* París: Ollendorf-Garnier, 1911.
- 1932: "Intermezzo Necesario". En *Camino de imperfección: diario de mi vida*. Madrid : Editorial América, S.F.
- 1933: "Nota final". En *Camino de imperfección: diario de mi vida*. Madrid: Editorial América, S.F.
- "Historia de libros". En Rufino Blanco-Fombona, *Obras Selectas*. Madrid-Caracas: Edime, 1958

Novelas

- *El hombre de hierro*. Caracas: Tipografía Americana, 1907 (cinco ediciones, traducida al italiano).
- *El hombre de oro*. Madrid: Editorial Renacimiento, 1915 (tres ediciones hasta 1972, traducida al inglés, italiano, sueco y ruso).
- *La máscara heroica. Escenas de una barbarocracia*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1923 (reeditada en 1935).
- *La mitra en la mano*, Madrid: 1923 (Reeditada en 1927).
- *La bella y la fiera*. Madrid: Editorial Renacimiento, 1931.
- *El secreto de la felicidad*. Madrid: Editorial América, 1933.

Cuentos

- *Cuentos de poeta*. Maracaibo: Imprenta Americana, 1900.
- *Cuentos Americanos. Dramas mínimos*. París: Garnier Hermanos, 1901 (cuatro ediciones hasta 1914, traducida al francés).
- "Juanito" y "Alma enferma". En *El Cojo Ilustrado* (nros. 145 y 161). Caracas: 1 de enero de 1898 y 1 de septiembre de 1898.

- *Tragedias grotescas. Novelines de la fe, del amor, de la maldad y de la estupidez.* Madrid: Editorial América, 1928.

Poemas:

- *Patria.* Caracas: Imprenta Colón, 1895.
- "En el Polo","Medio-eval", "Del siglo XVIII", "De la Mazmorra", "A la novia por venir", "La Guerra a muerte (1813)". En *El Cojo Ilustrado* (nros. 90, 92, 145, 347, 349, 393) entre 1895 y 1908.
- *Trovadores y trovas.* Caracas: Tipografía J.M. Herrera Irigoyen, 1899
- *Pequeña ópera lírica.* Madrid: Librería de Fernando Fe, 1904 (Traducida al francés en 1908).
- *Cantos de la prisión y del Destierro.* París: Ollendorf-Garnier, 1911.
- *Cancionero del amor infeliz.* Madrid: Editorial América, Biblioteca Andrés Bello, 1918.
- *Mazorcas de oro.* Caracas: Impresores Unidos, 1943.

Estudios y ensayos históricos

- *La Americanización del Mundo.* Ámsterdam: Imprimerie Électrique, 1902.
- *La evolución política y social de Hispanoamérica.* Madrid: Editorial Bernardo Rodríguez, 1911 (traducida al inglés).
- *El conquistador español del siglo XVI.* Ensayo de interpretación. Madrid: Mundo Latino, 1921 (tres reediciones, traducida al italiano).
- *Bolívar pintado por sí mismo.* París: Editorial Hispanoamericana, 1913.
- *La espada del Samuray.* Madrid: Editorial Mundo Latino, 1924.

Libelos y escritos políticos

- *Ignacio Andrade y su Gobierno.* Caracas: S.E., 1900.
- *De cuerpo entero. El negro Benjamín Ruiz.* Ámsterdam: Imprimerie Electrique, 1900.
- *Judas Capitolino.* Chartres: Imprenta de E. Garnier, 1912.

Crítica y semblanzas

- "Un suicidio fantástico. Vargas Vila y Rubén Darío", "Una visita a Arturo Michelena", "José Antonio Calcaño" y "Juan Antonio Pérez Bonalde". En *El Cojo Ilustrado* (nros. 130, 141, 148, 158), entre 1897 y 1898.
- *Alfredo de Musset.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1897.

Notas de viajes, ensayos y crónicas

- *Más allá de los horizontes*, Madrid: Casa Editorial de la Vda. De Rodríguez Serra, XXII, 1903 (Publicada en francés en 1908).
- *La Lámpara de Aladino*. Madrid-Buenos Aires: Editorial Renacimiento, 1915.

Correspondencia:

- Falcón Briceño, Marcos. *Cartas de Blanco-Fombona a Unamuno*. Caracas: Inciba (Colección Ensayo, 2), S.F.
- Carta a Cipriano Castro. París 19 de diciembre de 1902. *En Viéndome vivir. Primer diario inédito*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1998
- Carta a Juan Vicente Gómez. Caracas 5 de marzo de 1909. E*n Camino de imperfección: diario de mi vida*. Madrid : Editorial América, S.F.
- Carta de Gabriela Mistral. Cavi, Génova, 1 de febrero de 1930. Biblioteca Nacional, Manuscritos y documentos de Rufino Blanco-Fombona, Caja 3.
- Carta a Alejandro Lerroux. Madrid, 1933. En Nota de 1942 a *Dos años y medio de inquietud*. Caracas: Impresores Unidos, 1942.

Sobre Rufino Blanco-Fombona

- Blanco-Fombona, Maguy. "Rufino Blanco-Fombona. Del exilio impuesto al exilio transfigurado". En *Viéndome vivir*. Primer diario inédito (1901-1903). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1998.
- Boersner, Andrés. *Rufino Blanco-Fombona, entre la pluma y la espada*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2009.
- Carmona Nenclares, F. *Vida y Literatura de R. Blanco-Fombona*. Madrid: Mundo Latino, 1928.
- Carmona Nenclares, F., Geroges Lafond, Isaac Goldberg, Elysio de Carvalho, Andrés González-Blanco y Mario Puccini. *R. Blanco-Fombona. Su vida y su obra*. Caracas: Impresores Unidos, 1944.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar* (5ª edición). Caracas: Alfadil Editores, 2003.
- Castellanos, Rafael Ramón. "Cronología". En Rufino Blanco-Fombona. E*nsayos Históricos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (nro. 36), 1992.
- Castellanos, Rafael Ramón. *Rufino Blanco-Fombona: ensayo bibliográfico*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1975
- Castellanos, Rafael Ramón. "Rufino Blanco-Fombona y la Editorial América", *Boletín de la Academia Venezolana de la Historia* (Tomo LXV, nro. 257), enero-marzo, 1982.

- Castellanos, Rafael Ramón. *Biografía de Rufino Blanco-Fombona*. Caracas: Cromotip, 1983.
- De Carvalho Elysio. *Principes del espíritu americano*. Madrid: Editorial América, S.F.
- Gabaldón Márquez, Joaquín, "Prólogo". En Rufino Blanco-Fombona. *El Conquistador Español del siglo XVI*. Caracas-Madrid: Edime, 1956.
- Gabaldón Márquez, Edgar. "Estudio bilbiográfico". En Rufino Blanco-Fombona, *Obras Selectas*. Madrid-Caracas: Edime, 1958.
- Galasso, Norberto. *Rufino Blanco-Fombona*. Caracas: El Cid Editor, 1977.
- González-Blanco, Andrés. *Escritores representativos de América*. Madrid: Mundo Latino, 1927.
- González Guinán, Francisco. *Memorias*. Caracas: Ediciones de la Presidencia, 1964.
- Lee Cozad, Mary. "Los prólogos de Rubén Darío: estudio bibliográfico". Revista *Thesaurus* (tomo XXXIX, Nro. 3), 1974.
- Marta Sosa, Joaquín. *Rufino Blanco-Fombona: Una conciencia ética y estética de la poesía*. Ponencia en la Jornada de Estudio Internacional "Rufino Blanco-Fombona y su obra". Francia: Centro de Investigaciones Latinoamericanas, Universidad de Poitiers, 2011.
- Mata, Andrés A. "Rufino Blanco-Fombona". *El Cojo Ilustrado* (año VI, nro. 124). Caracas: 15 de febrero de 1897.
- Pérez Delgado, Guillermo Servando. "Rufino Blanco-Fombona". En *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (tomo I). Caracas: Monte Ávila – Biblioteca Ayacucho, 1995.
- Rama, Ángel, "Prólogo". En *Rufino Blanco-Fombona íntimo*. Caracas : Monte Ávila Editores, 1975.
- Rivas Dugarte, Rafael Ángel. *Fuentes para el estudio de Rufino Blanco-Fombona* (1874-1944). Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1979.
- Rossi, Alejandro. *Cartas credenciales*. Caracas: Fundación Bigott, 2004.
- Sanoja Hernández, Jesús. "Blanco-Fombona y el país sin memoria". En *Rufino Blanco-Fombona. Ensayos Históricos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (nro. 36), 1981.
- Segnini, Yolanda, *La Editorial América de Rufino Blanco-Fombona*. Madrid 1915-1933. Madrid: Libris, 2000.

- Semprum, Jesús. "Rufino Blanco-Fombona y su obra poética". En *El Cojo Ilustrado* (año XVIII, nro. 429). Caracas: 1 de noviembre de 1909.
- Schmidke, Jorge. *Urna votiva*. Caracas: S.E., 1949.

Sobre su tiempo

- Angulo Arvelo, Luis Alejandro. *El Fauno Cautivo. Biografía de Alfredo Arvelo Larriva*. Caracas: Grandes Biografías, Monte Ávila Editores, 1986.
- Consalvi, Simón Alberto *Groover Cleveland y la Controversia Venezuela-Gran Bretaña*. Virginia, Estados Unidos: Tierra de Gracia Editores, 1992.
- Consalvi, Simón Alberto, "Una fascinación que no cesa". En Asdrúbal Baptista (coordinador), *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios* (tomo 3). Caracas: Fundación Polar, 2000.
- Consalvi, Simón Alberto. *La guerra de los compadres*. Caracas: Los Libros de El Nacional (Colección Huellas, Serie Historia), 2009.
- *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho - Monte Ávila Editores, 1995.
- Gil Fortoul, José. *Historia Constitucional de Venezuela* (4ª edición). México: Editorial Cumbre, S.A., 1979.
- Hood, Miriam. *Diplomacia con cañones 1895-1905*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1975.
- Pérez Perdomo, Rogelio. "Estado y justicia en tiempos de Gómez (Venezuela 1909-1935)". Revista *Politeia* (Nro. 39, vol 30). Caracas: UCV, diciembre, 2007.
- Picón Salas, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- Pino Iturrieta, Elías. *Ideas y mentalidades de Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa, 2008.
- Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia* (tomos 1 y 2). Caracas: Biblioteca Ayacucho (nros. 127 y 128), 1990.
- Revenga, Manuel. "Prospecto". *El Cojo Ilustrado* (año I, nro. 1). Caracas: 1 de enero de 1892.
- Rubén Darío. *Peregrinaciones*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1901.
- Sanoja Hernández, Jesús. "Prólogo". José Rafael Pocaterra. *Memorias de un venezolano de la decadencia* (tomo 1). Caracas: Biblioteca Ayacucho (nro. 127), 1990.

- Serralonga y Urquidi, Joan, "El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939". *Hispana Nova. Revista de Historia Contemporánea* (Nro. 7), 2007.
- Torres, Edelberto. *La dramática vida de Rubén Darío*. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1980.

Espíritu que fluye en cascadas 9

Un magnífico desorden, un drama 12
Entre Caracas y La Victoria 12
La ascendencia, el destino 16
El estudio y la tentación política 17
Viajes, misiones, escritura 18

En el trópico se madruga mucho 21
La generación de 1895 21
Poemas modernistas 23
Crítica y semblanzas 25
Los dos primeros libros 26
Enfrentamientos y libelos 27
Movimiento de tierra 30

Finas rimas, finas dagas 32
En la capital de la *Belle Époque* 33
Don Juan y poeta 36
El prólogo de Darío 37
Lances de honor 39
Ante el bloqueo 41

Orinoco arriba, contra la corriente 46
De Caracas a Ciudad Bolívar 47
Por el río inmenso 49
La blanca capital 52
El hombre de hierro 53

Traicionar al traidor 57
La Restauración hace política bailable 58
Los hermanos, las conspiraciones 61
En La Haya 62
De nuevo a París 64
Caracas: el poder es una fruta 66

La oferta de Gómez, la carta 67
Congreso, planes políticos y prisión 69

De la prisión y del destierro 71
En La Rotunda 73
El giro del destino 75
El mismo y otro en París 77
Leprosería moral y *Judas Capitolino* 79

Alas de huracán 82
España e Hispanoamérica 82
Proyección de Bolívar 85
Bolívar y San Martín 87
Admiración, identificación 88

Obra de combate 90
Hay que irse de París 91
A San Sebastián y Madrid 92
Editorial América, 1915-1933 93
Las colecciones 94
Un insólito engaño 96
El hombre de oro 96
Tristezas, honores 97

Destino provisional y ajeno 101
Luchas, esperanzas, decepciones 101
Gobernador en España 105
La etapa más fértil de la vida 107
Dentro y fuera de las letras 108

La tierra, que amó, le sea propicia 111
"La tristeza del águila" 112
Principio y fin 113
Cáscara y almendra 114

Bibliografía 116

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados
Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal *Quintero* / *Miguel Ángel* Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / *Mirela Quero de Trinca*
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / *Ocarina Castillo* D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera

36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés
59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá

Cuarta etapa / 2008-2009

76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez
77. Juan Germán Roscio / Carlos Pernalete
78. Armando Zuloaga Blanco / Ignacia Fombona de Certad
79. Jóvito Villalba / Omar Pérez
80. Miyó Vestrini / Mariela Díaz
81. Francisco González Guinán / Luis Zuccato
82. Emilio Boggio / Beatriz Sogbe
83. Jesús Muñoz Tébar / José Alberto Olivar
84. Fermín Toro / Rafael Fernández Heres
85. Antonio Arráiz / Alexis Márquez Rodríguez
86. Manuel Felipe de Tovar / Miguel Hurtado Leña
87. Wolfgang Larrazábal / Omar Pérez
88. Mariano Picón Salas / Gregory Zambrano
89. Victorino Márquez Bustillos / Antonio García Ponce
90. Miguel Acosta Saignes / Rafael Strauss K.
91. Juan Crisóstomo Falcón / Tomás Straka
92. Caracciolo Parra Pérez / Edmundo González Urrutia
93. Cristóbal Rojas / Francisco Javier Duplá
94. Alberto Adriani / Luis Xavier Grisanti
95. Tulio Chiossone / Juvenal Salcedo Cárdenas
96. Luisa "la Nena" Palacios / Diego Arroyo Gil
97. Juana Sujo / Miriam Dembo
98. Jeannette Abouhamad / Elsa Cardozo
99. José Rafael Pocaterra / Simón Alberto Consalvi
100. Simón Bolívar / Elías Pino Iturrieta

Quinta etapa / 2009-2010

101. Doris Wells / Ocarina Castillo D'Imperio
102. Edgar Sanabria / Adolfo Borges
103. José Gil Fortoul / Lucía Raynero
104. Rafael Vegas / Eduardo Casanova
105. Cecilia Pimentel / Aurora Pinto
106. Santiago Mariño / Manuel Donís Ríos
107. Román Cárdenas / José Alberto Olivar
108. Carlos Raúl Villanueva / Juan José Pérez Rancel
109. Aldemaro Romero / Federico Pacanins
110. José Antonio Mayobre / Eduardo Mayobre
111. Julio Calcaño / Francisco Javier Pérez
112. Marcos Pérez Jiménez / Manuel Felipe Sierra
113. Carlos Brandt / Mirla Alcibíades

114. Vicente Nebreda / Carlos Paolillo
115. Enrique Bernardo Núñez / Eloi Yagüe Jarque
116. Vicente Emilio Sojo / Yellice Virgüez Márquez
117. Luis Razetti / Manuel Guevara Baro
118. Eustoquio Gómez / Temístocles Salazar
119. Diego Carbonell / Claudio Bifano
120. Lya Imber de Coronil / Ana Teresa Torres
121. Manuel Palacio Fajardo / Elsa Cardozo
122. José Agustín Silva Michelena / Heinz R. Sonntag
123. Jesús Semprum / Víctor Bravo
124. Cristóbal Mendoza / Eduardo García Peña
125. Ida Gramcko / Gabriela Kizer

Sexta etapa / 2010-2011
126. Luis María "Billo" Frómeta / Federico Pacanins
127. Miguel Peña / Antonio Ecarri Bolívar
128. Tomás Lander / Migdalia Lezama
129. Miguel José Sanz / David Ruiz Chataing
130. Arnoldo Gabaldón / Roberto Briceño-León
131. Bárbaro Rivas / Eddy Reyes Torres
132. Luis Herrera Campíns / Ramón Guillermo Aveledo
133. Rafael Urdaneta / Arlene Urdaneta Quintero
134. Luis López Méndez / Edgardo Mondolfi Gudat
135. Pedro Gual / José Alberto Olivar
136. Humberto Fernández Morán / Jaime Requena
137. Salvador de la Plaza / Alfonso Molina
138. César Girón / Víctor José López "El Vito"
139. Rafael Caldera / Mercedes Pulido de Briceño
140. Armando Reverón / Simón Alberto Consalvi
141. N.D. Dao / Omar Pérez
142. Rufino Blanco-Fombona / Elsa Cardozo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana
se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2011,
en los talleres de Editorial Arte, S.A., Caracas,
Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light,
negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica
Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos.
En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.
Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.
Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.
Eugenio Montejo

Rufino Blanco-Fombona

Biblioteca Biográfica Venezolana

Elsa Cardozo

Rufino Blanco Fombona fue uno de los escritores venezolanos más prominentes del siglo XX. Por la variedad y abundancia de su obra, dijo Mariano Picón-Salas, fue el polígrafo de la generación modernista, y "su obra se identifica con su personalidad bizarra, aventurera y violenta". Fue novelista, cuentista, poeta, ensayista, historiador, biógrafo, editor singular, viajero impenitente, político impolítico, panfletista osado, duelista impulsivo, prisionero político, galán poco romántico, conspirador audaz, pero, por sobre todo, un venezolano que no escapó de la barbarie de su tiempo y circunstancias.

Elsa Cardozo se aproximó al personaje a través de sus papeles más íntimos, *los diarios* que llevó en distintos momentos, desde *Viéndome vivir*, *La novela de dos años*, *Camino de imperfección*, y *Dos años y medio de inquietud*. Quizás no había mejor método para explorar una personalidad tempestuosa y al propio tiempo franca. Confesó que pudo haber escrito otro diario con lo que dejó en el tintero, y esa fue la tarea de Cardozo, ir más allá de las palabras y los gestos, y en no pocas ocasiones, leer entrelíneas para descifrar personalidad de tan enorme riqueza y complejidad. Así también fue su obra, diversa y vasta, como un gran mural de Venezuela.
Por su incompatibilidad con la dictadura, como se lee en esta biografía ejemplar, de los setenta años de su vida, el escritor estuvo alejado del país desde los 19 a los 61 años. El exilio fue el signo de varias generaciones en la primera mitad del siglo. No obstante, ninguna obra es más obstinadamente venezolana que la suya. Vivió el París de la *Belle Époque*, junto a Rubén Darío, pero también se sumergió en la barbarie de las selvas amazónicas. Quiso que los venezolanos lo recordaran como había sido, el hombre que probó el amor y el odio, como escribió en su propio epitafio. Tal cual lo retrató Elsa Cardozo.

Simón Alberto Consalvi

9 789803 886134

EL NACIONAL
J-00012242-3

Fundación BANCARIBE
J-29439649-6